

ARMANDO FUENTES AGUIRRE

CATÓN

DON ABUNDIO el del Potrero

Sabiduría para la vida.
Humor del campo mexicano



ARMANDO FUENTES AGUIRRE

CATÓN

DON ABUNDIO el del Potrero

Sabiduría para la vida.
Humor del campo mexicano



ARMANDO FUENTES AGUIRRE

CATÓN

DON ABUNDIO el del Potrero

Sabiduría para la vida
Humor del campo mexicano



Índice

Primeras palabras
Acerca del autor
Créditos
Planeta de libros

*A la memoria de
don Jesús de la Peña de la Peña
y
doña María Valdés de De la Peña,
padres de mi esposa y segundos padres míos.
Vivieron en el Potrero.
Por ellos el Potrero vive en nosotros.*

PRIMERAS PALABRAS

P

El campo de México ha sido siempre pródigo en frutos. También ha rendido abundantísima cosecha de personajes sabios, sapientes dichos y galanas ocurrencias.

Don Abundio es prototipo del ranchero mexicano. Tan apegado está a la tierra que parece hecho de tierra. Posee al mismo tiempo su humildad y su grandeza. Es dueño, entonces, de una sabiduría innata heredada de sus antepasados y que heredará a sus hijos y nietos.

Socarrón es don Abundio y socarrón es su saber, tan práctico y positivo como él. Su filosofía es parda —del mismo color es la tierra que pisa—, y se basa en el uso de ese recio sentido, el común, tan poco usado comúnmente. El genio y el ingenio de este viejo son muy viejos. Tienen edad de siglos. En sus palabras y sus obras hallo trazos y trazas de Berceo, de Timoneda, del conde Lucanor.

Don Abundio vive en el Potrero. Ahí ha vivido siempre. Ahí siempre vivirá. En él viven todos los que han vivido ahí. Él es don Santos, don Vicente, don Sixto, don Odilón, don Severiano; todos los hombres de ayer. Y es Alberto, Macario, Luisito, Candelario, Juan; todos los hombres de hoy.

Algunos piensan que don Abundio es invención mía. Otros afirman que él me inventó a mí. Si don Abundio fuera real no tendría la realidad que tiene. Si fuera imaginario carecería de su imaginación. Digamos entonces que tiene la realidad de lo fantástico. Digamos que tiene la fantasía de la realidad.

En este libro están sus hechos y sus dichos. Les he añadido cuentos que se cuentan en el rancho. El Potrero es el retrato de todas las rancherías mexicanas. Es imagen y síntesis del campo, la más radical raíz de México. He puesto aquí un florilegio de refranes campiranos recogidos de labios de rancheros. Junto a esas cosas de la vida puse también otras de la muerte, su inseparable compañera. Son las que se refieren al cementerio de Ábrego y a quienes están ahí después de haber estado acá; de quienes estarán aquí después de haber estado allá.

Tú que lees esto, y yo que esto escribo, tenemos la desdicha de vivir en la ciudad. En ella hay tantas cosas que casi somos una más entre ellas. Hemos perdido el contacto con la tierra. Eso nos quita fuerza de alma y cuerpo. Vive en nosotros el mito del gigante Anteo, invencible hasta que Hércules lo levantó en sus brazos para separarlo de la tierra,

de donde provenía su fuerza.

Quizás estas páginas sirvan para volver a recordar nuestros orígenes. Esos principios —ese principio— están en la tierra. Están en nuestra tierra. Si regresamos a ella, siquiera sea en la lectura, regresaremos a nosotros mismos.

*Armando Fuentes Aguirre, Catón
En el Potrero de Ábrego,
municipio de Arteaga, Coahuila.
Verano de 2017*

P

Este retrato es el de don Ignacio de la Peña. Fue él quien construyó la casa. La levantó con altos y gruesos muros como de fortaleza, e hizo cavar un sótano cuya puerta se oculta bajo una alfombra en el piso de madera. Por esa puerta bajarán las mujeres para ocultarse en caso de ataque de indios o bandoleros.

La hacienda se llama Potrero de Ábrego. Es rica en caballos, reses y ovejas. Y es pródiga la tierra: aquí se da lo mismo la manzana que el tabaco. Hay un generoso manantial que nunca se ha secado; sus aguas corren siempre con un sonar como de campanitas. Se llaman estas aguas *del arco*, pues don Ignacio mandó hacer un acueducto para conducir las. Su esposa lo reprende por esa obra ya que los hijos —son jóvenes y arrebatados— entran al acueducto galopando en sus caballos y, a medio camino, ahí donde el arco tiene quince metros de alto, hacen que los animales giren sobre sus patas traseras para salir, otra vez galopando, por donde habían venido.

Hay noticias de guerra. Un día llegan tropas de la Federación y hacen cautivos a todos los peones de la hacienda. De los quince años hasta los sesenta son apresados y llevados en la leva. Ni tiempo les dan de recoger sus cosas. Los alcanzan llorando las mujeres —las madres, las hijas, las esposas— y les dan, envueltas en un trapo, las escasas ropas.

Se opuso al atropello don Ignacio, el dueño de la hacienda, pero de nada valieron sus palabras. Había que defender a la patria contra los franceses, le dijo un adusto capitán, y se necesitaban hombres. Bastante favor le hacían con no llevarse también a sus hijos. En un repecho del camino se perdió la larga y doliente fila de levados.

Esa noche el Potrero fue un llanto. Hasta los perros aullaban, contarían después los viejos. Cuando llegó la mañana parecía que el rancho se había muerto. Las bestias mismas estaban mudas, como si entendieran lo que había sucedido. Pesaba el dolor igual que lápida de plomo.

No habló ya don Ignacio de la Peña. Nada dijo. Esa tarde sacó todo el dinero de las arcas que tenía en su despacho, donde solamente él podía entrar. Ensilló su caballo, llenó las alforjas de su montura con monedas de oro y plata, le dio un abrazo a su mujer y bendijo a sus hijos, que en vano le pedían ir con él. Salió del Potrero don Ignacio con las primeras sombras de la noche.

En el Saltillo se dio de alta en el ejército. Le reconocieron el grado de coronel que había alcanzado en la guerra contra el indio. Hizo agencias para que lo nombraran jefe de

sus propios hombres, los sacados por leva del Potrero. Fue por tierras de San Luis Potosí rumbo a Querétaro. Conforme iba avanzando buscaba hombres en los poblados y en el campo y los contrataba como soldados. Les pagaba con largueza la contratación y les ofrecía una soldada generosa. Hombre que contrataba don Ignacio, hombre suyo del rancho que mandaba de regreso. Llegó a Querétaro con el mismo número de hombres con que salió del Saltillo. Pero eran otros hombres. Los suyos, todos, habían regresado ya sanos y salvos al Potrero, es decir, a su hogar y a su familia, por las ocultas veredas de la sierra.

Acabada la guerra volvió don Ignacio. Seis condecoraciones recibió de la República. Una de ellas se la impuso Juárez. Cuando llegó, jinete en su caballo, las mujeres le besaban los pies en el estribo. Ahora está su retrato en la sala de la fornida casa que fundó. Entran los niños del Potrero en esa sala —son los nietos de los tataranietos de aquellos hombres— y se quitan frente al retrato su sombrero.

P

De dónde saca don Abundio su sabiduría? Es viejo en años, sí, y es hombre de prudencias, pero ese saber que tiene parece de muchos siglos y de muchas gentes. Lo oigo hablar y escucho en sus palabras resonancias de antiguos libros del Arcipreste de Hita, de Espinel, del conde Lucanor...

Se quejan en las cocinas del Potrero las mujeres, y en el patio mascullan pesias los muchachos. Hablan de la sequía; de lo caro que está todo... Alguien pregunta:

—¿Qué iremos a hacer?

Don Abundio le da un trago a su taza de té de yerbanís y dice con sosegada voz:

—Al borrego trasquilado Diosito le mide el frío.

Quiere decir que cuando Dios no da, o cuando quita Dios, al mismo tiempo ve por sus criaturas de modo que puedan llevar su carga de sufrimiento o de necesidad. Es cierto: *Al borrego trasquilado Diosito le mide el frío.*

P

El caballo y la guitarra, según quien los agarra.

P

Mi amigo es del trópico, pero no es tropical. Quiero decir que nació en tierras cálidas, pero su temperamento es más bien dado a la melancolía. Siente nostalgia hasta del día de mañana; se debate en dudas que hacen que, comparado con él, Hamlet sea un motivador.

Invité a mi amigo a pasar unos días en la cabaña que tengo en la sierra de Arteaga. Trajo una balumba de libros entre los cuales vi cosas sombrías de Unamuno y Kierkegaard. Yo le mostré otro libro: el de la sierra. Le hice ver los empinados pinos, el celestial cielo de color celeste, los pájaros azules, las florecillas franciscanas, el caserío tendido a los pies del paisaje igual que un manso perro blanco. La profesional tristeza de mi amigo pareció licuarse en el aire que venía de la montaña. Lo miró todo con deleitación y exclamó luego entusiasmado:

—¡No cabe duda! ¡La sierra de Arteaga es la Suiza de México!

Yo, por modestia, me callé. No le dije que la última vez que estuve en Suiza vi un letrero que decía: «Suiza: la Arteaga de Europa».

P

*El que presta la mujer pa' bailar
o el caballo pa' torear, no tiene derecho a reclamar.*

P

El cementerio de Ábrego, municipio de Arteaga, en Coahuila... Bardas de adobe gris, tosca puerta de maderos, una tumba grande —la de los dueños de la antigua hacienda— y muchas tumbas pequeñas de esos hombres que ni siquiera en la muerte tienen nombre.

Ahí está sepultado Bernabé Gaona. Si tuviera una lápida diría esto:

«Nací a quinientos metros de aquí. Viví a mil metros de aquí. Una vez viajé a diez mil metros de aquí. El hombre que viaje más no irá mucho más lejos de lo que yo fui.

»Me levantaba cuando asomaba el sol por el picacho de Las Ánimas; comía cuando mi cuerpo no arrojaba sombra; me tendía en mi camastro cuando dejaba de ver el perfil de la sierra que llaman Coahuilón. Tuve mujer e hijos y luego me morí. El hombre que más haga no hará mucho más de lo que hice yo.

»Mi cuerpo estuvo sepultado aquí. Después me volví polvo, y ahora soy la tierra que cubre a quienes han venido después que vine yo. El hombre que más sea no será mucho más de lo que soy».

Eso diría la tumba de Bernabé Gaona si tuviera una lápida.

P

Muy cerca del Potrero nace un río. Cada vez que puedo voy a su fuente —cada vez que puedo voy a mis fuentes— y veo el río cuando es apenas un arroyo que luego se convierte en sonoro caudal de aguas plateadas.

Me acerco descalzo a la orilla. El agua del río que moja mi pie no es el agua del río que moja mi pie. Esto lo dijo Heráclito y es cierto. Sin embargo, más cierto aún es que el hombre cuyo pie moja el agua del río no es el hombre cuyo pie moja el agua del río. Pasa el río con premura, pero con más premura voy pasando yo.

No obstante, aunque vayamos de paso el río es el río y yo soy yo. Somos aquí y ahora. Estamos en esto que es la vida. El río fecunda la tierra; a su paso crecen las plantas y los árboles. Ojalá mi paso sea fecundo también. Algo queda del río, aunque se vaya. Que algo quede de mí cuando me vaya yo.

La iglesia del Potrero es pequeñita. ¿Cuántas almas cabrán en ella? No lo sé. Cuerpos caben muy pocos, unos cien. El mismo carpintero que trabajó en el templo de San Francisco hizo el altar, y él mismo fabricó el retablo donde está el viejo cuadro de la Virgen. Es la Virgen de la Luz. Más de la mitad de las mujeres del Potrero se llaman así: Luz. Mi hija lleva ese nombre; mi esposa así se llama; así se llamaba también la madre de ella: Luz.

Es una hermosa Virgen esta Virgen. Aparece en la forma de una bella mujer que sostiene a su hijo con un brazo mientras extiende el otro a un pecador para salvarlo del Maligno. Yo miro esa pintura y me conmuevo. Tiene la sencillez de la verdad: el relato bíblico dice que por una mujer se perdió el hombre, pero siempre es una mujer la que nos salva. El cuadro de la Virgen de la Luz proclama esa enseñanza.

La iglesia del Potrero es pobrecita. No tiene adornos. El altar se cubre con una sencilla tela bordada por las muchachas lugareñas. Hay cuatro candelabros; son de bronce manchado por el tiempo. El *Via Crucis* lo traje de Huejutla, estado de Hidalgo. Lo encontré en el mercado; la madera de los marcos está pintada con tinte vegetal color naranja. Al pie de uno de los cromos se lee esto: *Jesus cai por tersera ves*. Hay una imagen de bulto de San Judas Tadeo, y un lienzo de terciopelo negro con la Virgen de Guadalupe. Lo llevaron unas monjitas que dieron catecismo. También está la imagen de San Juan Bautista de la Salle: cada año los muchachos del Colegio Zaragoza hacen trabajo misional en el Potrero.

Todo en esa capilla es humilde. Las ofrendas de los campesinos son manzanas y flores de durazno. Un lujo, sin embargo, tiene la iglesia del Potrero: el precioso ropaje sacerdotal que usan los padres cuando offician misa. Es un regalo de monseñor Francisco Villalobos. Fue al rancho un día y dejó como recuerdo de su visita ese ornamento que enorgullece a los humildes fieles. Lo muestran a los visitantes como su mejor presea, y evocan otra vez la figura del pastor que llegó a ellos, les dijo palabras de consuelo y les habló a sus hijos en modo que todos pudieron entender.

Hace unos días estuve en el Potrero y platicué con don Abundio. Le dije que el obispo que él conoció terminó ya su labor.

—También la terminó mi padre —dijo él— pero los nogales que plantó siguen dando nueces.

Es viejo don Abundio, y campesino. Por eso quizás es sabio. Con sus palabras aprendí que la obra del sembrador no acaba nunca ni deja de dar frutos.

Medía esa ciudad doscientos cincuenta millas de largo por cien de ancho, y se calcula que tenía una población de más de mil millones de habitantes. La conocieron los viajeros que atravesaban a mediados del siglo diecinueve las vastas planicies de Wyoming. Era una inmensa colonia de perrillos de las praderas. El paso del

tiempo y el acoso de los hombres hicieron que aquellos animalitos desaparecieran.

Los llanos de la sierra de Arteaga, cerca de mi ciudad, tenían también colonias muy extensas de perritos llaneros. Algunas quedaban todavía. Desde la carretera podíamos ver a esas inquietas criaturas, erguidas sobre las patas traseras en el montículo que forman a la entrada de sus túneles. Cada vez hay menos perritos llaneros. Ahora, cuando paso por ahí, debo descender del vehículo y otear con catalejos a ver si miro alguno.

Todas las criaturas de la tierra somos una sola. Cuando a una destruimos nos destruimos a nosotros mismos.

P

Cuando se revuelve l'agua, cualquier ajolote es bagre.

P

Ni siquiera se mira aún la claridad del sol sobre los picos gemelos de Las Ánimas y ya este frágil trovador ha empezado a poner en la incierta luz del alba el tema y variaciones de sus trinos.

Yo estoy despierto ya, como él. También yo soy madrugador. En el Potrero aquel que no madruga es muy mal visto. Es cierto: las mujeres se levantan primero que los hombres, pero es que ellos necesitan un breve descanso adicional. Sin embargo, ya nadie está en la cama cuando la voz del radio en la cocina dice que son las seis de la mañana.

Todavía no llega esa hora y ya está cantando el pájaro madrugador. Suspendo la lectura de mi libro y escucho sus gorjeos, que son como gotas de música en el aire. Si yo pudiera recogería los trinos en el hueco de mi mano y los pondría en esta cajita de Olinálá que huele a limón y huele a azahar. En los días de la tristeza la abriría. Saldría de ella la canción del pájaro madrugador y pondría en la oscuridad de mis penas la luz de la mañana.

P

¿Quién hizo este sendero que sube por la sierra? Fue alguien que sabía de caminos, pero también de belleza. No buscó la vía más corta, sino la más hermosa. La vereda hace una larga curva para pasar por el medio de un prado pequeñito donde crece la grama que buscan los venados. Luego parece volver sobre sí misma, como si recordara que más allá brota un manantial de agua cantarina. Después nos lleva a un sitio donde se alcanza a ver toda la inmensidad del valle abajo y toda la inmensidad del cielo arriba.

Le pregunto a don Abundio de cuándo es el camino, y él me dice: «De siempre». Ya no pregunto más: me ha sido dada la respuesta. En silencio continúo la marcha por este camino que es de siempre, como de siempre es también el caminar.

P

El yo, yo, el diablo lo inventó.

P

La sierra de Arteaga, en mi natal Coahuila, es una de las más bellas regiones mexicanas. Sus elevados montes cubiertos de encinas, robles, pinos; sus anchurosos valles con huertos de manzanos, ciruelos y duraznos; sus pintorescos poblados de sonoros nombres: Los Lirios, Sierra Hermosa, Jamé, San Antonio de las Alazanas; sus sitios para el descanso y la recreación —Monterreal tiene ya fama internacional—, son bellezas que encantan los sentidos del cuerpo y los del alma. (Así como en nuestra parte corporal está el espíritu, algo corpóreo debe haber igualmente en esa *Animula, vagula, blandula, hospes comesque corporis*, «Almita inconstante y frágil, habitante y compañera del cuerpo», que dijo en su *Historia Augusta* el latino Elio Esparciano). Pero iba a hablar de la sierra de Arteaga y ya ando por los cerros de Úbeda. Los arteaguenses son casi todos rubios, de tez blanca y ojos claros. Así es la gente de Potrero de Ábrego, mi paraíso personal, adonde asisto para irme acostumbrando por si me voy al Cielo.

P

En el pequeño cementerio de Ábrego hay una tumba sin nombre. Los que en las tumbas saben leer —todos debemos aprender ese alfabeto— leen ahí estas palabras:

«Nací. Fui el tonto del pueblo. No asistí a la escuela nunca: mientras los otros niños decían que dos por dos son cuatro y otras tonterías, yo, el tonto, iba libre por el campo, veía cómo las nubes ven pasar a los hombres, escuchaba las voces de todo lo que no tiene voz.

»Crecí. También entonces iba a todas partes sin llegar jamás a ninguna. Es decir, hacía lo mismo que hacen los demás. Los aldeanos se reían de mí, pues ignoraban que sus mujeres, cuando me hallaban en las eras, se reían conmigo de otro modo. Se había corrido entre ellas la voz de que para eso no era yo tan tonto.

»Morí. Contento, porque en mi locura supe que siempre fui más feliz que aquellos que se reían de mí, y que estuvieron sometidos toda la vida a la dura esclavitud de no parecer tontos. Ahora, en esta tumba mía que no tiene nombre, me pregunto si en verdad yo fui el tonto del pueblo».

Esas palabras pueden leerse en aquella tumba innombrada. Pero nadie las lee. ¡Tontos!

Al cabo p'al santo qu'es, con un repique le basta.

P

Si en la sierra de Arteaga alguno dice: «Soy de la Laguna», nadie pensará en Torreón, en Lerdo o Gómez; todos sabrán que se habla de la Laguna de Sánchez.

Sitio famoso es ese, de mucha tradición. Está a un kilómetro de Potrero de Ábrego, en tierras ya de Nuevo León, pero para recorrer ese kilómetro se necesitan muchas horas, pues entre la Laguna y el Potrero se alza una elevadísima montaña. El viaje se hace por camino de herradura. A caballo he ido yo, y también a pie. Sale uno a las cuatro de la mañana del Potrero y llega a la Laguna a la hora de comer. Nadie me cree que hasta hace unos treinta o cuarenta años la gente de la Laguna iba a enterrar a sus muertos en el cementerio de Ábrego, pues esa era la única tierra consagrada en muchos kilómetros a la redonda. Subían los dolientes con el muerto a cuestras, descansando de tramo en tramo, y bajaban después con él por la empinadísima pendiente. Llegaban ya de noche, velaban al difuntito y lo enterraban al día siguiente. Descansaban, dormían esa noche y regresaban después a su lugar.

Yo tuve familia en la Laguna. De ahí era mi tía Crucita, que así se apellidaba: Sánchez. Era una santa, y hacía los mejores frijoles de este mundo. Yo se los encomiaba, y ella me decía con humildad de terciaria franciscana:

—Es que están guisados con salsita de hambre.

Su hermano mayor, Andrés, no era tan santo. Un día lo vi tomarse una botella entera de mezcal. Se puso más borracho que Noé y se sentó en una piedra, porque el mundo le daba vueltas todo. Luchaba el malsinado para no desbeber lo ya bebido, pues buen dinero que le había costado, y decía una y otra vez, entre amagos de vómitos y bascas, refiriéndose a su borrachera:

—¡Ay, Diosito santo! ¡Ay, Rey santo! ¡Qué cosa tan linda y tan jija de la chingada!

P

Las ramas de los manzanos se doblaban con los frutos de púrpura, o las espigas se inclinaban con la carga de sus trigos. La cosecha se ofrecía, cercana y abundante. Pero un día apareció un nubarrón sobre el monte y dejó caer sobre los huertos y las mieses la inexorable artillería del granizo. Todo quedó arruinado, y el futuro se volvió incertidumbre en todo, menos en la pobreza cierta. Se desesperaron los hombres, lloraron las mujeres.

Don Abundio, el más viejo del rancho, apuntó con el dedo hacia el cielo y dijo con reposada voz:

—Lo hizo quien puede.

Luego, al otro año, los árboles volvieron a echar sus flores y sus frutos, y otra vez el trigal se hizo olas doradas bajo el sol. Y entonces sí, los hombres recogieron el premio a sus fatigas, y en el corro se jactaron de su acierto en la poda, en la lucha contra las plagas, en la labor constante de las tierras.

Don Abundio apuntó otra vez con el dedo hacia el cielo, y dijo con su voz de reposo:

—Lo hizo quien puede.

Quisiera ser dueño de esa sabiduría, la única que vale, que ante el infortunio lo mismo que en el tiempo feliz se alza al cielo y dice con el manso sosiego de la serenidad:

—Lo hizo quien puede.

Entre santos seré santo, y entre diablos otro tanto.

P

Va con su perro el hombre por el campo. El hombre es viejo ya, como su perro. Por eso los dos caminan lentamente, aun más lentamente que las nubes.

El hombre se detiene de pronto, y escucha. ¿Qué canto es ese que ha oído de repente? Es la canción del tildío, que cuando canta dice su nombre al aire. Presurosa avecilla, cuando vuela parece una raya en el paisaje, y cuando camina semeja un diminuto bicicleta a la carrera.

Hace mucho que el hombre no escuchaba el canto del tildío. Lo oyó de niño, en otra parte. Ahora lo oye de nuevo, repentinamente, y todo vuelve a ser como antes. Y todo es lo mismo, también, que habrá de ser mañana: otro hombre llegará con otro perro, y se oirá otra canción. Pero serán la misma canción y el mismo perro y el mismo hombre. Todo cambia. Pero al final —o al principio— nada cambia.

P

Sobre la mesa de la cocina hay un canastillo con rojas ciruelas del Potrero. Parece que alguien hubiera olvidado ahí un cuadro de Cézanne.

Yo tomo una y la muerdo con avidez golosa. Así debe morder uno la vida. Su jugo desborda de mis labios y me dibuja en la camisa una mancha que tiene la vaga forma de un encendido corazón.

Las ciruelas que se dan en el Potrero son la síntesis de toda la tierra, todo el sol y toda el agua del mundo. Cabe en su redondeada perfección la vida. Su piel y su carne son femeninas; su dulcedumbre también es de mujer. Con una sola se puede perfumar toda la casa, igual que con una sola mujer se puede perfumar toda la vida.

Ciruela, pequeño fruto que se salvó del cierzo y la sequía y llega a mí como un milagro diminuto: tienes la misma fuerza de la vida, amenazada siempre y siempre victoriosa.

«Están ustedes para bien saber y yo para mal contar; y si fuere mentira pura harina; y si fuere verdad pan será; el pan para los muchachos y el vino para los borrachos...».

Así empezaban nuestras abuelas a contar los cuentos, que terminaban siempre con otra fórmula ritual: «Y colorín colorado, este cuento está acabado, y el que no se levante se queda pegado».

Pues bien: están ustedes para bien saber y yo para mal contar que a don Abundio se le perdió un marrano. Solo vivía don Abundio en su jacal, retirado del rancho un par de leguas. Entonces no tenía mujer. Decía:

—Pa' oír gruñidos con marrano tengo.

Y vaya que tenía marrano don Abundio. Era el suyo un cochino grande, forrado de manteca por todos los puntos cardinales, con lucia panza de canónigo, dicho sea sin agraviar. Estaba orgulloso de su cochi don Abundio. Era la gala mayor de su existencia: en ningún rancho de todo el cañón ni en los vecinos había otro marrano como el de él.

Un día don Abundio tuvo que hacer una salida. Debía ir a Casillas a recoger el aguacate. Se dispuso para el viaje, que duraría nomás veinticuatro horas. Dio de almorzar a la yunta, al burro y a la vaca; les echó *máiz* a las gallinas; a su marrano le dejó harta comida, y hasta le formó un pequeño charco de lodo a fin de que se revolcara a su sabor si calentaba el día. Luego, en su viejo caballo de andar cansino y filosófico, don Abundio se fue por el camino.

Volvió al día siguiente. ¡Oh, dolor! El cochino había desaparecido. Una breve observación le bastó al viejo ranchero para apreciar el hecho: alguien le había robado su marrano.

No dijo nada a nadie. Se tragó lo del robo como una dura oblea. No dio parte a la autoridad; absolutamente a nadie le contó lo que le había pasado. Iba y venía don Abundio, de su jacal al rancho y del rancho a su jacal, como si nada hubiera sucedido. Cuando alguien le preguntaba cómo estaba respondía:

—Muy bien. Sin novedad.

Pasó una semana. Un mes pasó. Pasaron dos y tres meses, cuatro y cinco. Nadie en el rancho se enteró de que a don Abundio le habían robado su marrano. Un buen día estaba don Abundio con su compadre Locho. De pronto, este le preguntó como si nada:

—Oiga, compadre: y aquel marrano tan bueno que le robaron, ¿ya nunca lo encontró?

—Lo acabo de encontrar —replicó al punto don Abundio.

Agarró a su compadre por el pescuezo, le colocó en la trompa dos trompadas, y en forma expeditiva lo hizo confesar que él había cometido el robo. En tres patadas (en el trasero las tres) lo puso ante la autoridad, y ahí el desleal ladrón se obligó a pagar el

precio de lo hurtado.

Yo le preguntaba después a don Abundio que cómo supo quién le había robado su marrano.

—Callando, licenciado —me respondió él—. Así es como se aprende todo.

P

No me lo va usted a creer, pero el pasado lunes me comí un bosque.

Fui a la sierra amadísima de Arteaga, en mi natal Coahuila. En ella me hallo cada vez que no me hallo. Se me abren ahí los ojos, cerrados de rutina, y veo muchas cosas. Esta vez vi una bandada de loros que pasó dejando caer su algarabía. Vi dos conejos como los de la fábula. Vi un camaleón que seguramente era más artista que camaleón, rojo sobre una piedra gris... Y vi un piñón.

Estaba el piñón en la piña, y estaba la piña en el pino. Lo saqué de su escondite, lo quebré, y tuve entre los dedos el milagro, tan pequeño y tan grande como el evangélico grano de mostaza. ¡Qué hermoso color el del piñón! No hay otro igual. De una morena clara se dice que tiene la tez «apiñonada». Debí haber hecho un pedestal y poner en él aquella diminuta maravilla, pero la verdad es que me comí el piñón. Me supo al bosque todo: a la resina de los pinos, a la fragancia del aire claro y limpio, a la frescura de los hilillos de agua subterránea que el árbol en muchos años absorbió.

Por eso digo que me comí un bosque. Todo el bosque está en un piñón, igual que en cada hombre están todos los hombres.

*Mejor un “¡cabrón!” a tiempo
que un sermón mal deletreado.*

P

En el pequeño cementerio de Ábrego está la tumba del cura de la aldea. La gente lleva flores a la tumba, pues dice que el señor cura fue un santo. Pero si la tumba del señor cura pudiera hablar callaría esto:

«Sentí el llamado de Dios y lo seguí. Me hice sacerdote. Creía, claro, en Dios, y sentía que Dios creía en mí. Pero luego el tedio de la vida y los pequeños fracasos cotidianos me hicieron dudar de que Dios estuviera conmigo, y entonces comencé a dejar de estar con Dios. Dejé de creer en Él, no sé si porque leí algunos libros o porque no leí los suficientes. Solamente los que saben mucho y los que no saben nada tienen a su alcance a Dios.

»Así, perdí la fe. Pero a nadie se lo dije. No importaba que yo no creyera en Dios; lo importante era que las gentes a quienes yo amaba sí creían en Él. Por amor a ellos seguí amando a Dios. Le rezaba por las noches reclamándole que no existiese.

»Todos me tenían por un buen sacerdote. El obispo me proponía como ejemplo a los demás. A mí, que me dolía ser ateo porque no tenía a quién dar las gracias por los dones que de la vida recibía.

»Uno de los dones que de la vida recibí fue el de la muerte. La tuve tranquila. Mis últimas palabras fueron para los pobres que rodeaban mi lecho de agonía: “Dios los bendiga”. En sus lágrimas vi que mi vida no había sido inútil. Y dije para mí: “Gracias a Dios”. Porque no había nadie más a quién darle las gracias.

»Ahora sé que...».

Otras palabras salen de la tumba de aquel santo sacerdote que no creía en Dios. Pero el viento que sopla en lo alto no deja que se escuchen bien.

P

Llegó la Muerte a buscar a doña Matildita. Ciertamente era tiempo de que la buscara, pues doña Matildita había llegado ya a la ancianidad.

Llamó a su puerta y nadie abrió.

—¿En dónde está Matilde? —le preguntó la Muerte a una vecina.

—Anda con las cabras —le respondió ella.

Se fue la Muerte y regresó al cabo de algún tiempo. Tampoco esa vez halló a Matilde en su jacal.

—¿Adónde fue? —preguntó.

—Está ordeñando la vaca —le dijeron.

Pasaron unos meses y volvió la Muerte. Matilde había salido.

—¿Dónde anda? —preguntó la Muerte.

—Llevó a los animales a tomar agua.

—Me doy por vencida —masculló la Muerte—. Esta mujer siempre anda haciendo algo.

Y así diciendo fue y se llevó a otra mujer que nunca hacía nada.

Este cuento se narra por las noches en las cocinas del Potrero. Doña Matilde lo oye y ríe por lo bajo mientras atiza con un palo las brasas del fogón.

*El pobre puede morir.
Lo que no puede hacer es enfermarse.*

P

Han hecho las abejas sus panales en lo más alto de este risco, de modo que ni animales ni hombres puedan llegar hasta ellos. Colmadas las celdillas, la miel escurre por la peña en dorados chorros que el sol de la mañana hace brillar.

No se pierden las mieles, sin embargo. Aquí nada se pierde. Llegan los colibríes en bandadas y liban el sabrosísimo manjar. Yo miro el ir y venir de las abejas, veo el venir y los ires del colibrí, y adivino en sus giros el ritmo de la vida. El viejo don Abundio conoció estos panales cuando niño; los verán otra vez los hijos de mis hijos, y sus hijos. El instantáneo colibrí y la efímera abeja son eternos. Pequeñitos, en ellos vive toda la eternidad.

Nosotros ahora somos y luego no seremos. No seremos, y luego seremos otra vez. Aquí nada se pierde. Ni nosotros.

P

Cuando la tarde empieza a convertirse en noche se oye en el llano la canción de la calandria.

Es triste esa canción, como el paisaje. Parece que el ave anuncia las sombras de la noche. Yo la escucho y apresuro sin darme cuenta el paso para llegar al rancho y a la casa.

No hay tristeza ni hay alegría en la naturaleza. Ella tiene la indiferencia de la vida y la muerte. Nosotros damos a las cosas un sentido que es puramente humano, y que en verdad no existe.

Aun así, me posee un vago sentimiento de pesar cuando oigo el largo trino que la calandria dice posada en el alambre de la cerca. Se ha ido el sol, y es gris ahora el cielo, y la montaña es gris. Y es gris también el alma, donde ha quedado la canción de la calandria como una flor marchita en un búcaro sin agua.

P

Cura, abogado y doctor, mientras más lejos, mejor.

P

Tras el incendio que devastó la sierra llevamos al Potrero estos pequeños árboles. Tan pequeñitos eran que me cabían en el hueco de la mano. Eran tan solo una promesa de árboles.

De rodillas, como en oración, los fuimos plantando. A cada uno lo bautizamos con un poquito de agua. Después nos fuimos y quedaron los arbolitos a cargo de un buen jardinero que se llama Dios.

Ayer volví a mirarlos. Algunos son ya tan altos como yo. Eso no es ser muy alto, ciertamente, pero como son muchos parecen un verde batallón de infantería. El tiempo pasará —tal es su oficio—, y crecerán los pinos, y serán tan altos como el aire, y tan airosos.

Yo ya no los veré, naturalmente... Esperen un momento. ¿Yo ya no los veré? Quién sabe... A veces me gusta imaginar que lo primero que dice un niño al nacer es:

—Juraría que he estado antes aquí.

Quién sabe...

P

Doña Rosa tortea las tortillas. Quiero decir, las hace a mano. En toda la casa se oye su palmoteo como una alegre música. Cuando hace las tortillas doña Rosa le aplaude a Dios, que nos manda este maíz convertido por la sabia labor de la mujer en la hostia nuestra de cada día.

En una tortilla de doña Rosa cabe toda la redondez del mundo. Pone ella sobre el comal el círculo perfecto de la masa, igual que luna llena en noche oscura, y de pronto el prodigio se consuma: la tortilla se esponja, como mujer embarazada, y es un canto a la vida, y es una acción de gracias en la mesa.

Tortillas de doña Rosa, lujo humilde, humildad lujosísima... Cuán rico es el pobre que las come; cuán pobre es el rico que no sabe que en esta pequeñez residen todas las grandezas.

P

El que peca y reza, empata.

P

Es como si al aire le hubiesen nacido alas de repente; como si el sol se hubiera vuelto gotas de sol y el día se tornara instantes volanderos que pasan frente a mí.

No es aire esto que veo, ni sol, ni instantes fugitivos. Son mariposas que vuelan hacia el sur en una eterna peregrinación de vida que cada año se repite y cada año se inaugura. Son mariposas blancas, y amarillas, y de color de cobre, y aleonadas. Son mariposas humildes y monarcas en procesión que miro con admirada reverencia.

Las mismas mariposas son de siempre, y son distintas mariposas de nunca. Yo quisiera ponerle nombre a cada una; alado nombre de flor o de arco iris. Pero no necesitan nombre, pues son muchas. Nombre no necesitan, pues son una sola. Como la vida son: la misma siempre y siempre diferente. Como nosotros son, que nos vamos también. Y que también, como ellas, volveremos.

P

Hay en el cementerio de Ábrego una tumba. Si en las tumbas supiéramos leer, esto es lo que leeríamos:

«De espíritu y materia está hecho el hombre. Ni el uno ni la otra mueren nunca. Así, somos inmortales, aunque no sepamos cuál es la forma que adopta nuestra inmortalidad.

»Solo cree en la muerte quien no conoce la vida. El que es muy sabio y el que tiene mucha fe, que es otra forma de la sabiduría, adquieren la certidumbre de que la vida no se acaba. Lo saben por la sucesión de los días y las noches, por el ritmo de las estaciones, por el eterno renacer que vemos en la Naturaleza.

»Por eso, cuando celebramos los ritos de la muerte estamos celebrando también el rito de la vida. Afirman desolados los filósofos que nacer es comenzar a morir. Digamos nosotros, llenos de esperanza, que morir es comenzar a nacer. Tras esto que llamamos muerte nos aguarda nueva vida. Todos vamos a morir... Todos vamos a nacer...».

*Si las mujeres son tan buenas,
¿por qué Diosito no dejó una pa' Él?*

P

Llegaron ayer los vareadores. Subía el sol por el pico de Las Ánimas y ellos subían a los nogales para golpear las ramas con sus varas y hacer caer las nueces.

Nos llevarán después los frutos a la casa; las mujeres les sacarán los corazones y harán con ellos la sabrosísima «nogada de nuez», gala de la cocina lugareña. En la ciudad mis invitados paladearán el inefable dulce y harán de él encomios hiperbólicos. No les diré que en cada nuez va la labor de Dios y de los hombres durante todo un año, y van la tierra, y el sol y el agua del Potrero, y va el lento trabajo de estos árboles que ayer los abuelos vieron y que hoy mis nietos ven.

Toda la creación cabe en una nuez, y caben también todas las teologías. Fruto perfecto de un perfecto amor, tomo una nuez para mirarla, y la totalidad del universo queda entre mi índice y mi pulgar.

P

Doña María, vecina de don Abundio en el Potrero, es dueña del mejor jardín de todo el rancho. Es de mano caliente ella —así se dice allá de quienes tienen la virtud de hacer brotar las plantas o de lograr que prendan los injertos—, y entonces su jardín parece el del Edén. Crecen en él los alcatraces, vagamente eróticos, y las pomposas dalias, y las violetas, eternamente condenadas a la modestia, y la obvia rosa, y los geranios con el olor a clavo, y esa humilde flor campesina que se abre al día y se cierra con el primer anuncio de la noche, llamada *amor de un rato*.

Hermoso es el jardín de esta señora. En medio de las opacidades de la tierra, entre lo gris del caserío de adobe, su jardín es un esplendor real, un arco iris que se hubiese tendido en la tierra a descansar un rato.

Doña María, vecina de don Abundio en el Potrero, es dueña del mejor jardín de todo el rancho. Don Abundio, sin embargo, no se lo envidia.

Dice:

—El jardín es de María, pero la ventana es mía.

Tiene razón el viejo. Lo que podemos ver y gozar con nuestros ojos es de nosotros aunque no sea nuestro.

*Ruega a Dios por los pendejos,
para que nunca se acaben.*

P

El nombre de este árbol es araucaria. No es un árbol de mi tierra. Los árboles de mi tierra son el manzano y el nogal; el pino y las encinas. Este árbol, la araucaria, es un recién llegado, un extranjero en mi jardín.

Hermoso es el nuevo huésped. Con sus ramas geométricas semeja, al lado del duraznero y de la higuera, un edificio modernista junto a sencillas casas de interés social. En el lugar que ocupa la araucaria estuvo un ciprés, luego una parra, y antes una magnolia que daba flores blancas. A la magnolia yo no la conocí; me dicen que la plantó mi bisabuela.

Yo sé que la tierra de mi jardín está hecha con las raíces de todos esos árboles ya idos. La inédita araucaria formará, pues, sus ramas con esta misma tierra. Será araucaria, entonces, pero será también un poco ciprés, un poco magnolia, un poco parra... El árbol de araucaria, por lo tanto, no es un recién llegado. En este mundo no hay recién llegados.

P

En todas partes la luna se puede ver. En el Potrero de Ábrego se puede además tocar. Sale de pronto, apenas un filito de resplandor sobre el picacho de Las Ánimas, y a poco es un gran disco de luz que solo deja un pequeño rincón para la noche.

Hace unos días hubo eclipse. En el rancho los eclipses son un misterio amenazante. Las embarazadas se ciñen a la cintura una banda de la que cuelgan pesadas llaves antiguas, herraduras, cualquier cosa que sea de metal. Con eso evitarán malformaciones a la criatura que llevan en el vientre. Los campesinos se entristecen: los frutos de los árboles se *clisarán* y será muy menguada la cosecha. Los perros dejan de ladrar y alzan la vista al cielo con temor. Hasta el viento parece que se calla.

Pero pasa el eclipse y la redonda luna vuelve a girar como el aro de un dios infantil que juega en medio de la oscuridad. Cada hoja de cada álamo en el estanque es un pequeño espejo que refleja la clara luz lunar. En las cocinas la gente vuelve a hablar, y las mujeres en estado de buena esperanza sonríen otra vez. La victoriosa vida triunfa sobre las sombras que vienen y se van.

De dónde saca don Abundio estas historias que nos cuenta? Yo creo que las oyó de sus mayores. Sus amigos afirman que las trajo de las cantinas y la zona de tolerancia de la Villa, la antigua Villa de Santiago, Nuevo León. Doña Rosa, su mujer, que lo conoce más, dice que él mismo las inventa todas.

Ayer narró una de esas desaforadas relaciones mientras el cabrito se asaba lentamente en las brasas de encino y sonaban en el estéreo las notas de una polca de los Montañeses.

Esta vez nos contó la historia de una esposa que engañaba a su marido. Cuando el viejo relata un cuento de esos, los hombres se ponen serios y las mujeres hacen como que no oyen nada, pero se ríen por lo bajo. La mujer de este cuento tenía marido flojo. El tipo no sabía ni por qué lado se agarra el azadón. Nunca en su vida había trabajado: si su mujer y sus criaturas comían, y con ellos él, era solo porque la Divina Providencia no suele llevar registro de las horas que cada vecino del Potrero pasa en la labor.

Desde luego que la Divina Providencia tenía quien la ayudara. En este caso el ayudante era un compadre de aquel grandísimo holgazán. Cuando al caer la tarde el marido de la mujer se iba a la tienda a jugar su diaria partida de conquián, el asiduo compadre llegaba a la comadre, y jugaban los dos su propio juego. Y es que en la casa donde no entra San Damián entra San Cornelio. Este refrán quiere decir que si el hombre no le da a la mujer lo necesario ella lo buscará de cualquier modo, aun con riesgo de la honra marital.

El caso es —como repite a cada paso don Abundio— que un día se emborrachó el tendero y no hubo por eso la sesión cotidiana de conquián. Ya se sabe la desazón que en un hombre metódico produce cualquier alteración de la rutina. El marido volvió a su casa enfurruñado. Cuando llegó alcanzó a ver que un hombre a medio vestir saltaba por la tapia trasera del corral. Vio a su mujer tendida sobre el lecho, y le llamó sobremanera la atención hallarla así, pues no era hora de acostarse: apenas el sol de tarde trasponía el Coahuilón.

—Me pareció ver un hombre que salía por atrás —dijo con voz severa a su mujer—. ¿Quién era?

La esposa rompió en llanto.

—Era el compadre —dijo con sinceridad digna de encomio—. Como tú no *trais* nada le tuve que buscar. Él me surte la despensa cada semana; me da para la ropa y zapatos de los niños, y lo mismo para que nos vistamos tú y yo. Por eso también te regaló el caballo que montas, y la vaca. Por eso tenemos para ir cada año de paseo a la Villa, a Monterrey, y a las fiestas del Santo Cristo en el Saltillo. Él es, y no mis padres, como has creído siempre, el que me da para todo eso. Mis papás no tienen en qué caerse muertos, y así estaremos nosotros desde ahora, porque viste al compadre cuando salía de aquí.

—¡Pendeja! —exclamó entonces el marido hecho una furia—. Cuando te dije que me había parecido ver un hombre, ¿qué no podías decirme que como que se me afiguró?

p

Fui ayer a la sierra, la sierra mía toda que empieza en el gran valle de Reforma, ahí nomás al caer Puerto de Flores, y acaba en el Picacho de las Ánimas, junto al potrero de Ábrego maravilloso, en los linderos ya de Nuevo León.

Mía la sierra toda, porque la he poseído con cinco sentidos voraces de amante enamorado. Viendo la majestad del monte; oliendo la frescura del bosque en las umbrías; gustando el sabor suave del piñón suavísimo, de la manzana que hace entender todas las caídas en todas las tentaciones; oyendo el graznido ronco de los cuervos en el trigal dorado; tocando el tronco enhiesto de los pinos o la espectral blancura de la niebla en la cima de la montaña verdiazul.

Ayer la sierra estaba arrebujaada en sus galas otoñales. Las nubes se enredaban en las agujas de los pinos y las veredas se perdían en el misterio húmedo de la bruma. Caía una llovizna pertinaz; los arroyos iban desbordantes de agua cristalina. En las huertas de manzanos, los árboles se desprendían de sus hojas para iniciar un reposo lleno de promesas para la primavera.

Una fugaz visita a la sierra, la misma siempre, siempre diferente. Y un regresar a la ciudad, hermosa también en este tiempo, y pensar luego que es bueno poder gozar de todo lo que aún, a pesar de los hombres, hace bella la vida de los hombres.

Siempre la mejor cecina es la de l'otra cocina.

P

Hay en el cementerio de Ábrego una tumba. En medio de la alta noche se oye una voz que sale de esa tumba:

«Aquí vivo, en medio de muchos muertos que no se hallan aquí. No tengo nombre: fui una mujer común, y nada más. Pero ¿se puede ser más que una mujer? Di la vida a aquellos a quienes di la vida. De mi vientre nacieron a ella; después la tomaron de mis pechos; luego la recibieron de mis manos. Les lavaba la ropa, y cuando en el tendedero la ponía a secar me parecía que había puesto en el mundo cien banderas de amor. No hice, entonces, más que darles amor a los míos y enseñarles a darlo a los demás. Y ellos me recuerdan, y en su boca y su corazón sí tengo nombre. Por eso, por su recuerdo, vivo aquí en medio de tantos muertos que no están aquí».

Hay una tumba en el cementerio de Ábrego. Ningún nombre hay en ella. La mujer que está en la tumba no necesita nombre.

P

Esta pequeña mata tiene un bonito nombre: se llama *belén*. Mano de jardinero sabio la plantó, y luego la cuidaron sabias manos de mujer. Así creció el belén y se llenó de flores.

Un día el viento que baja de la sierra le arrancó todos sus pétalos. Yo no entendí aquello. ¡Tanto viento para tan poca flor! Habría bastado que un pájaro cantara cerca para que cayeran las frágiles corolas. ¿Y todo el viento del monte contra ellas?

Pasó el tiempo, y una mañana vimos el jardín lleno de flores. Entonces entendí lo que no había entendido: el viento que dispersó los pétalos también dispersó las semillas del belén, y ahora era el jardín un bello manto colorido.

Hoy, cuando escucho el viento, pienso que el viento sabe lo que hace. Estoy tranquilo. El viento que a mí me lleva también sabe lo que hace.

P

*Los pendejos y los muertos
nunca cambian de opinión.*

P

Invito a un amigo a conocer mi rancho en el Potrero. Entre sus cosas mi amigo trae un rifle calibre veintidós. Anfitrión yo, huésped él, no le digo nada.

Mi amigo le pide a don Abundio, el cuidador del rancho, que lo lleve de cacería al día siguiente. Y lo lleva, pero muy lejos, para que no les tire a los conejos, palomas, codornices y bestezuelas todas que en nuestras tierras moran sin que nadie las persiga. Sucede, venturosamente, que mi invitado no trae esa mañana buena puntería: no le ha pegado ni a la redondez del mundo. Regresa a la hora del almuerzo, muy cariacontecido, y me cuenta el fracaso de su paseo cinegético. Luego se vuelve hacia su guía y le dice avergonzado:

—Caramba, don Abundio, pensará usted que soy el peor cazador que hay.

Brota la cortesía del viejo campesino, y en ella el agua clara de su sabiduría ancestral:

—No, señor: luego luego se ve que sabe usted cazar. Lo que pasa es que no hay cazador bueno cuando Dios quiere cuidar a sus animalitos.

P

También la naturaleza tiene voces. Ayer vi las palmas florecidas.

Las palmas de los desiertos norteros no son las gráciles palmeras de la costa, parecidas a sensuales odaliscas. Estas palmas son ásperas, salvajes. Se defienden con aguzadas púas, y su tronco es robusto, para guardar el agua de las lluvias que a veces tardan años en caer. Pero en la época de la Cuaresma florecen las palmas con la hermosura que solo puede verse en la región desértica. Sus flores —la blancura más blanca de todas las blancuras— son un glorioso penacho sobre la testa de esas gigantas solitarias.

Llegarán las mujeres campesinas y cortarán las flores, y con ellas harán un guiso sabrosísimo. Si soy afortunado comeré un plato de flor de palma, y en silencio daré gracias a Dios, quien hasta en el desierto nos da flores de vida y de belleza.

*¿Qué culpa tiene San Pablo
que San Pedro sea pelón?*

P

• Por qué oscuros caminos viaja el agua? Hay una gotera en el techo de mi casa en el
¿Potrero de Ábrego. Si yo tuviera su terquedad ya habría horadado todas las rocas de
este mundo. Años tenemos de combatirla y ella regresa siempre con la lluvia y nos dice
con su gotear: «He vuelto. ¿Cómo están?».

Le pusimos al techo tierra mezclada con ceniza del fogón y de la chimenea. Le
pusimos una capa de lodo revuelto con pajas y baba de nopal. Y le pusimos cemento y
cal; y le pusimos todo. Y volvió la gotera siempre, triunfadora.

Ya no la combatimos. Nos venció. Ponemos bajo ella una tinaja y en la noche la
escuchamos caer y nos dormimos con su arrullo. La gotera me dice que nuestra casa es
un hogar, no un cuarto de hotel. Hemos de amar esas imperfecciones, esos ruidos
domésticos, queridos: el de la puerta que rechina, o la ventana que golpea, o los antiguos
muebles que se quejan de noche, como hablando. Las cosas dicen cosas que no oímos y
cantan canciones ignoradas.

P

Más allá del Potrero, al pie del Picacho de las Ánimas, pasa un río de aguas sonoras como vidrios. Aun ahora, en julio, llevan el recuerdo del invierno montaños: si entras en su corriente para vadear el río se te detiene el pulso de la sangre y hay que salir aprisa.

Yo salgo y me detengo en la otra orilla para dejar que el sol seque mi ropa. De nueva cuenta don Abundio me relata la leyenda del río: por la noche sus aguas se aquietan de repente y dejan de sonar. No se oye nada.

—Es que se duerme el río —completo yo.

—No —me corrige—. Duermen sus aguas.

—Es lo mismo —me impaciento.

—No, señor —precisa el viejo—. El río es una cosa; el agua es otra. Pasa el agua; el río ahí está siempre.

¿Qué trasunto de Heráclito hay en esas palabras? Mientras me lame el sol para secarme pienso que ha de ser verdad lo que dice ese discípulo del tiempo, don Abundio. Aguas somos nosotros fugitivas; pasajera corriente en un cauce que se queda. Por él volveremos a pasar, nueva agua en el eterno río de la vida.

Valen más tretas que letras.

P

Sábado por la tarde. Tomamos el camino que lleva a San Antonio de las Alazanas, en la sierra de Arteaga. Sobre el extenso valle se cierne la tormenta. A lo lejos el nubarrón se rasga en cortinas de lluvia que finge un ballet de gasas en el horizonte.

Se aparece de pronto una capilla dedicada a Santa Margarita. En el altar se ven las sencillas ofrendas campesinas: una manzana, espigas, dos mazorcas.

Tras los tapiales de los huertos los nopales ríen sus tunas rojas y amarillas. Hay flores blancas y de color de rosa en los sembrados. Los pinos del cercano bosque son como un ejército de oscuros centinelas que custodian la paz de la comarca.

En este valle anduve con mi padre; él me enseñó a escuchar el canto de la alondra, que aquí la gente llama *tortilla con chile* o *artículo de fe*. A nuestro paso cantan las aves el mismo canto de mi infancia. Y mi padre vuelve a estar a mi lado, como entonces.

P

P

Hay en el cementerio de Ábrego una tumba. Cuando la niebla llega y borra el mundo con él se borran también las letras de su lápida. Esas letras son FGO. Nadie recuerda ya qué nombre ocultan. Los niños inventan con ellas combinaciones diferentes: Francisco García Oyervides, Fernando González Oranday... Una niña con imaginación leyó la palabra «fuego».

Don Obed, señor un poco raro, dice que las tumbas no deberían tener nombres porque en verdad no tienen hombres. Los restos que ahí están no son el hombre. Son eso: sus restos. Lo que fue el hombre no está ahí. ¿Para qué, entonces, ponerles nombre a unos restos?

Yo creo que don Obed tiene razón. Visitaré la tumba cuando salga el sol y leeré en su lápida las iniciales: FGO. Sabré que ahí no hay nadie. Alguna vez quizá las letras de esa lápida serán mis propias iniciales: AFA. Pero sabré que yo tampoco estaré ahí.

P

La que no se agacha por un alfiler, no es mujer.

P

El tío Sixto, antiguo propietario del Potrero, era señor de peregrinas ocurrencias. Ladino como todos los rancheros, usaba en su beneficio una extraña lógica de la cual era inventor.

Su maíz era el mejor de la comarca. Fue él quien dio prestigio al legendario maíz potrereño, de cuyas cualidades aún se habla. Cierta día llegó a buscarlo un hombre de Casillas, poblado nuevoleonés famoso por sus aguacates.

—Don Sixto —le pidió—. Véndame cien kilos de *maíz*.

Se los pesó él, pero sin desgranar.

—Oiga, don Sixto —se mosqueó el comprador—. Me está pesando el *maíz* con todo y los olotes.

Respondió él:

—¿Y a poco cuando yo te compro un kilo de aguacates tú les quitas el hueso antes de pesármelos?

Un retrato del tío Sixto, vestido en traje de ciudad, está en la casa grande del Potrero. Yo paso frente a él y me sonrío, pues me parece que me ha guiñado un ojo.

P

Me habría gustado conocer al anónimo ranchero de que habla don Abundio. Los vecinos del Potrero lo eligieron para ir a la ciudad a tramitar cierto asunto de la comunidad. Cuando el hombre se presentó ante el funcionario, este lo vio con menosprecio, pues el enviado iba vestido pobremente. Le preguntó, desdeñoso:

—¿Qué no hay en ese rancho gente de mayor representación que tú?

—Sí la hay, señor, y mucha —respondió con estudiada humildad el campesino—. Pero dijeron que para alguien como usted bastaba con alguien como yo. Y hasta sobraba.

Me habría gustado conocer a aquel ranchero. Sabía oponer la grandeza de los pequeños a la pequeñez de los grandes.

Un pendejo callado es oro molido.

P

Se ha llenado de moras la morera. Yo quiero mucho a este humilde árbol que da su fruto a la gula de los pájaros y de los niños. Baján aquellos, suben estos, y la morera les regala a todos su dulzor.

No tiene este árbol pobre la majestad del nogal catedralicio, ni son sus flores como la flor del duraznero, hermosas, ni goza de los prestigios del manzano. Pero año tras año su verde ramazón adorna el campo, y año tras año nos ofrece sus breves ópalos de miel.

Quiero aprender la lección de la morera: labrar en silencioso apartamiento pequeños frutos dulces, regalarlos a quien los quiera tomar, y recibir a cambio, en premio, un visitante del cielo y otro de la tierra.

P

En el Potrero, por la acequia grande, pasa el agua como una larga sonrisa. San Francisco la llamó *hermana agua* porque era poeta. Si hubiera sido campesino la habría llamado *madre*. La madre agua alimenta a la tierra, y la tierra nos alimenta a todos. Madre de nuestra madre es, pues, el agua; abuela nutricia y bondadosa.

De todas las músicas del mundo esta es la que amo más. Si cuando corre el agua estoy oyendo música de Mozart dejo de oír la música de Mozart para escuchar la música del agua. Es lo que estoy haciendo ahora: su clara voz entra por la ventana y llena los aposentos de la casa y mis habitaciones interiores. Suspendo la escritura para que mi tecleo no profane esta música sacra, la más hermosa música del mundo.

P

*Si tu esposa te pide que te tires por el tejado abajo,
ruégale a Dios que el tejado esté bajo.*

P

Estamos en la cocina del Potrero. Mi amigo y yo bebemos con morosidad sendas copas de mezcal de Laguna de Sánchez. Ha dormido en la alacena el mirífico licor durante largos meses, con sus añadiduras de canela y clavo, cáscara de naranja, rodajas de membrillo, ciruelas y uvas pasa. Curado así, ese mezcal cura todo mal.

Don Abundio bebe también el suyo mientras atiza el fuego donde se asan los elotes. La plática gira en torno de caballos. Y pregunta mi amigo, que es gente de ciudad:

—¿Cómo se sabe la edad de un caballo?

—Por los dientes —le digo.

—Igual que la edad de una gallina —anota don Abundio—. También se conoce por los dientes.

Receloso le indica mi amigo:

—La gallina no tiene dientes.

—Por los dientes del que se la come —añade el viejo.

Y da otro trago a su mezcal, como si nada hubiera dicho. Mi amigo, que es gente de ciudad, no sabe si reír o amoscarse. Yo también le doy otro trago a mi mezcal.

P

Esta esdrújula flor se llama *plúmbago*. Ahora la estoy viendo y ella me está mirando a mí. Su mirada es tenuemente azul, como el cielo de una mañana desvaída.

Es invierno, pero el plúmbago inventa una pequeña primavera. En medio de los grises de la bruma su flor es una niña que me sonríe a través de su ventana de vidrios empañados.

¿Por qué te dicen plúmbago, flor leve? Tu nombre evoca el plomo, y tú eres frágil como la vida. Digo mal: eres, como la vida, eterna. Se irá el invierno, se irán las nieblas, me iré yo, y tú seguirás, en mi jardín o en otro, eternamente plúmbago. Otro quizá te mirará, como yo ahora, y tú lo mirarás igual que ahora me estás mirando a mí. Quizás ese otro seré yo mismo. La vida es para siempre, plúmbago, y para siempre somos tú y yo. Yo, el hombre débil, y tú, la fuerte flor.

Bien me quieres, bien te quiero, no me hables de dinero.

P

Hay en el cementerio de Ábrego una tumba. Cuando nadie está oyendo nada —lo cual es casi siempre— pueden oírse ahí estas palabras:

«A fin de buscar a Dios me volví un templo. No hubo oración que no dijera ni jaculatoria que no recitara en mis días y mis noches. Me mortifiqué; fui estatua tallada en sacrificios.

»Cuando morí llegué a las puertas de la salvación, pero el guardia en la puerta me detuvo.

»—Aquí nadie entra solo —me dijo.

»Llegaban otros —mujeres y hombres que se amaron; familias de padres e hijos; amigos; compañeros— y entraban juntos en la morada de la bienaventuranza. Yo no podía entrar porque iba solo. Y nunca pude entrar. Demasiado tarde aprendí que nadie se salva solo».

Eso dice la voz de aquella tumba de Ábrego. Pero nadie la escucha, pues todos llegan solos.

P

Hablan los muebles de la casa. Sus voces no se escuchan por el día, pero en la noche se oyen claras.

Ayer, en la duermevela de la madrugada, sentí como un quejido. Prendí la luz y vi abierta la puerta del ropero que perteneció al abuelo, primer dueño de estas tierras. Me puse a hurgar en los cajones para pasar el tiempo, y hallé un papel que pondrá fin a las diferencias por cuestión de límites con el vecino.

Yo no digo que aquí haya algún misterio. Lo que digo es que en todo hay un misterio. Queda en las cosas algo de sus dueños, una especie de aroma desvaído de lo que fue y ya no es. En esta casa del Potrero, de vastos aposentos y largos corredores, se oyen aún antepasados ecos. Rieron las señoritas en la sala; hablaron de dinero en el despacho los señores; lloraron su pena en la capilla las madres de los niños muertos. Ahora los muebles dejan salir esas antiguas voces. Yo las oigo en el silencio de la duermevela y me parece que muerte y vida son lo mismo, y que decir *hoy* y decir *ayer* es decir la misma cosa.

*Cuando sale la vergüenza ya no vuelve a entrar;
cuando entran los celos ya no vuelven a salir.*

P

Ahora ya no lo hago. Antes, algunas veces, lo intenté. Tomaba el azadón para regar mi huerta. Se me escapaba el agua; unos surcos quedaban secos y otros anegados; iban a dar al huerto del vecino las tan preciadas linfas. Yo me desesperaba; corría de un lado a otro, mal regaba los árboles y regresaba a casa mohíno y con la vista baja para no ver la sonrisilla burladora en los labios de los campesinos.

Ya no intento regar mi huerta nunca. La riega don Abundio. Un golpe de azadón aquí, otro allá, y el agua mansa se va tendiendo lenta hasta que todos los árboles beben y queda la tierra humedecida como mujer a la que se le ha hecho el amor con sabiduría.

Me dice don Abundio:

—Para mandar al agua primero hay que saber obedecerla.

Yo pienso en sus palabras. Son muy ciertas. A la Naturaleza no hay que mandarla. Más nos da cuanto más la obedecemos.

P

Esta flor tiene nombre de pájaro y prisión. Se llama *alcatraz*.

Nupcial y erótica, hay en ella reminiscencias de sexo femenino. El blanco cáliz que la forma no es en verdad la flor: es una hoja que brota de su tallo para amparar las verdaderas flores, diminutas y múltiples, nacidas de la áurea columna enhiesta dentro de él.

En los primeros años del pasado siglo las novias llevaban un ramo de alcatraces el día de su boda. En esas flores había, al mismo tiempo, blancuras de virgen y vagas sugerencias cortesanas. Cosas del alma y del cuerpo, que de ambos elementos estamos hechos los humanos. Si al uno o al otro maltratamos, igual al otro trataremos mal.

Mi jardín, síntesis del mundo, albea en alcatraces. Flores de invierno y primavera, me asomo a ellas por la mañana y miro en su interior una pequeña gota cristalina. Ahí me veo reflejado, alma con vuelo de ave marinera y cuerpo aposentado en la prisión perpetua de la mujer y de la flor.

P

Han brotado en el Potrero los nogales. A todo lo largo de la acequia se mira el verde claro de sus hojas nuevas. Alegra a la gente ese verdor, señal cierta de que ya no habrá heladas.

Más bellos que los nogales son los manzanos y los durazneros. Pero son menos sabios. Se cubren de follaje y flores cuando aún no han pasado los fríos invernales. Con el primer sol de la primavera se ilusionan; jamás recuerdan que ese sol es engañoso. No así los nogales, que saben esperar. Aunque el huerto esté en flor ellos aguardan.

Yo, que nunca espero y desespero siempre, quiero aprender la lección de estos árboles sapientes. Cuando su fronda sea como la cúpula de una catedral iré bajo ella y pediré a esos maestros mudos que me enseñen a esperar.

P

Adoña Rosa le llegaban con chismes cada día. Le decían que don Abundio, su esposo, era muy enamorado; que en cada rancho, de Arteaga hasta el Potrero, tenía una chimenea. Y contestaba gallarda doña Rosa:

—Mi marido canta muy fuerte como pa' que lo oiga nomás una mujer. Lo único que le pido es que en su casa no tenga colgada la guitarra.

Sesenta y cinco años de matrimonio cumplieron recientemente doña Rosa y don Abundio. Son felices; los dos ríen cuando hablan de las pasadas culpas de él como si hablaran de las travesuras de un chamaco. Se asombran nuestros amigos que van a visitarnos, y sus señoras se escandalizan un poquito. Yo les digo que así es la vida en el rancho. Aquí la Naturaleza dice cosas que nosotros no oímos en la ciudad.

P

El que fuera va a casar, va engañado o va a engañar.

P

Tan pobre es esta planta que ni siquiera tiene nombre. Cuando nos referimos a ella decimos nada más *la enredadera*.

Crece olvidada en un rincón del solar, tras de la casa. Nadie se ocupa de cuidarla; el agua que la riega cae del cielo, y el sol que le da vida es el de todos. Pero ella pinta de verde el gris de los adobes y pone en ellos pequeñas flores azulinas, hermosas, aunque nadie las vea nunca.

Dicen que la violeta es muy humilde. Esta planta sin nombre es más humilde aún. No tiene un poema o una canción. Tiene tan solo estos renglones de los cuales mañana ya no habrá memoria. Pero por ella, por la enredadera, hay un rincón del mundo un poco menos feo y menos triste. Eso la salva y justifica el sitio que ocupa en el solar. Yo me pregunto si me salvaré y si merezco un lugar sobre la tierra.

P

Hay en el cementerio de Ábrego una tumba. Si pudiéramos oír la voz que en ella duerme escucharíamos esto:

«Mi nombre era Dalia, igual que el de la flor. Me enamoré de un hombre, y él de mí. Se fue a buscar la vida. Cuando regresó a desposarme alguien le dijo que yo ya había sido de otro. Era mentira, pero él me odió y desposó a otra mujer.

»Vivíamos cerca los dos; cercanas nuestras casas, cercanos todavía nuestros corazones, y ni siquiera nos mirábamos. Un día yo morí. No sentí irme de la vida. Poco después él se enteró de que yo nunca lo había traicionado, y algo murió también en él. Ahora viene a veces, cuando no lo ve nadie, y pone dos dalias sobre mi tumba. Una es roja, que es el color del amor; la otra es morada, que es el color del arrepentimiento».

Son tristes las tumbas de los amores que fueron. Más triste es esta, del amor que no fue.

Cada pilmama tiene su modo de dar la chiche.

P

En estos días mi rancho es un prodigio. Ha llovido mucho, como nunca. En el bosque los pinos tienen un color tan verde oscuro que se ven como empinados capitanes negros. Los árboles de ciruelo están cargados; sus ramas se inclinan a la tierra en una acción de gracias por su fecundidad.

En la noche croan las ranas y los grillos cantan. Hay miríadas de estrellas infantiles que juegan rondas en el ras del suelo: luciérnagas. La luna crece allá arriba, y la vida acá abajo. La vida, restallante como un hermoso látigo.

Anoche vimos una zorra y ella se nos quedó viendo, tranquila. Me dice el primo Pancho que en el camino se le cruzaron cuatro venadas. Las mujeres cantan mientras están lavando. Los niños pasan riendo hacia la escuela. Las acequias no pueden con el agua. No ha granizado. Dios se ha portado bien.

P

Cuando el hijo mayor de don Abundio cumplió cinco años declaró su intención de ser él quien les diera el maíz a las gallinas y llevara a la vaca a comer hierba. Su padre le preguntó por qué.

—Porque quiero trabajar —dijo el chiquillo.

Don Abundio lo tomó de la mano y lo llevó adonde estaba el árbol seco.

—Si quieres trabajar riega todos los días este árbol.

Desde entonces, lo primero que hacía el niño en la mañana era llenar un botecito con agua y echarla al pie del tronco muerto.

—¿Por qué le pediste eso? —se molestó la esposa de don Abundio—. Ese palo está seco, nunca va a retoñar.

—El que quiero que retoñe es él —respondió el hombre.

—Y creo que retoñó —me cuenta Abundio hijo—. A los pocos días me dijo mi papá: «Ya demostraste que sabes obedecer. Ahora puedes mandarte tú solo».

P

Comida hecha, compañía deshecha.

P

Llegó el otoño y se metió en mi casa sin permiso. Las hojas del nogal se hicieron de ámbar, y un estremecimiento —premonición del invierno— le bajó desde la más alta rama a la raíz.

«Todo es gracia», decía Bernanos. También todo es belleza. Cuatro estaciones de hermosura tiene el año. Antes la primavera me gustaba; ahora es el otoño el que me gusta. Otoño es la tarea realizada, el fruto recogido. Es, además, promesa de descanso.

De la montaña baja una larga niebla cariciosa que se unta a los muros de la casa como silente gata inmaterial. Antes me habría asomado por la ventana a ver el paisaje, esfumado paisaje impresionista. Prefiero hoy asomarme a mi interior y ver mi propio otoño pintado de promesas y esperanzas. Vagas son las promesas, igual que esta neblina, pero alcanzo a columbrar la luz, la misma luz que desde su más alta rama ve el nogal.

P

Trajeron el tronco de la ribera del arroyo. Lo necesitábamos para formar la esquina de la cerca, de modo de poder estirar bien las líneas del alambre.

Con seis a siete hachazos lo cortaron. Lo despojaron de las ramas y lo clavaron luego asegurándolo en el pozo.

Y tuve pena de ver cómo aquel árbol se había convertido en burdo objeto inerte, en algo ya sin vida. Pero la cerca se necesitaba y había que colocarla bien.

Y fueron pasando los meses, tan lentos en el campo. Y llegaron las lluvias de mayo, y las acequias se llenaron con el don del manantial, rebosante otra vez.

Y un día, cuando fui al rancho otra vez, los hombres me llevaron a la cerca y me mostraron el tronco. Estaba lleno de retoños. No quiso morir el árbol viejo. Había echado raíces nuevamente para beber los jugos de la tierra. Tenía nuevas hojas y ramas recién nacidas. Estaba vivo, con una nueva vida que había triunfado sobre su antigua muerte.

Y yo, que busco símbolos en las cosas cuando no las entiendo, hallé en aquel tronco verdecido el símbolo de la vida y de su continua resurrección.

Para un corazón herido, un Cristo crucificado.

P

Ni lo busque, licenciado. Esos llevan el trueno atrás.

Había escuchado yo el ruido del jet entre los altos muros de los montes, y levanté la vista para localizar el avión en el azul del cielo. Fue entonces cuando el anciano campesino me dijo que ni lo buscara, porque esos llevan el trueno atrás.

Siempre que viajo en jet me asomo por la ventanilla con la esperanza de reconocer la amada tierra conocida: el enhiesto picacho de Las Ánimas; el camino que sube por la sierra; el caserío de Ábrego. Hasta imagino ver el huerto con fronda de durazneros y manzanos. No veo nada, claro. ¡Desde el avión se mira todo tan insignificante!

Pero regreso a la amada tierra conocida, junto al enhiesto pico de Las Ánimas. El camino que sube por la sierra me lleva al caserío de Ábrego. Y si desde arriba se ve todo muy insignificante, desde abajo ni siquiera se ve el jet con su carga de afanes, que desaparecen entre la fronda del huerto de durazneros y manzanos.

P

El Papa Juan XXIII, de felicísima memoria, escribió en su autobiografía:

«[...] Hay tres formas seguras en que un hombre se puede arruinar: el juego, las mujeres y la agricultura. Mi padre escogió la manera más aburrida de las tres: era agricultor[...]».

Es cierto: quien se dedica a las labores de la tierra, tan sujetas a las condiciones del cielo, está expuesto a toda suerte de calamidades. Los manzaneros de Arteaga suelen decir que son *milperos*.

—¿Por qué *milperos*? —les preguntan—. Ustedes son fruticultores; no cultivan maíz; no tienen milpas. ¿Por qué dicen que son *milperos*?

—Porque ya estaba buena la manzana, pero granizó... Había flor, pero cayó la helada.... Se veía venir ya la cosecha, pero nos llegó una plaga.... Tuvimos mucha producción, pero se desplomó el precio... Mil peros hay en esto. Por eso somos *milperos*.

A muele y muele ni metate queda.

P

Hay en el cementerio de Ábrego una tumba. Quienes saben oír lo que las tumbas dicen escuchan en esa tumba estas palabras:

«Los predicadores hablan de la vida eterna y dicen que está en el más allá. La vida eterna existe, es cierto, mas pertenece por igual al espíritu y a la materia. Ambos son creación de Dios, y todo lo que Él hizo lo hizo para la eternidad. Nosotros mismos somos vida eterna, como lo son también todas las cosas de este mundo. Vuelven las almas a la vida, y vuelve también la vida a las cosas hechas de la materia. Nada es anuncio de la nada; todo es promesa segura de la vida».

Eso dice la tumba del cementerio de Ábrego. En su redor late la vida: la flor, el ave y ese niño que va por la vereda con su perro. Ellos son la vida eterna.

P

De dos lluvias tenemos en mi rancho: una lluvia artista y una lluvia artesana.

La lluvia artista nos llega de repente. Tiene los impulsos y la libertad de quienes son como ella. Cae con fragor de trueno y fulgor de relámpagos. Viene súbita y súbita se va. Corre el agua por los barbechos y el arroyo; luego el sol aparece, y en unas cuantas horas la tierra vuelve a estar seca otra vez.

Esa es la lluvia artista. La lluvia artesana baja con mansedumbre silenciosa de un cielo gris sin sombras dramáticas de nubes, sin luz y estrépito de rayos. Cae despacito la artesana lluvia, como si no quisiera darse a ver. Pero entra en lo profundo de la tierra y la deja henchida y fecundada.

Me gusta la lluvia artista, la disfruto. Pero a la lluvia artesana le doy las gracias: de su humildad y su constancia saldrá la próxima cosecha.

P

¿Por qué con tamal me pagas teniendo bizcochería?

P

Las lluvias de verano hicieron que la vieja casona del Potrero se resfriara, y hubo que llevar albañiles para que la curaran.

Fue la casa morada de la hacienda. Hace ciento cincuenta años, o más, estaba ya en pie. Sus muros son de adobe de setenta centímetros de ancho. En su cocina cabrían dos casas de interés social; sus techos son tan altos que en ellos las voces resuenan como en la nave de una catedral.

Llegaron los albañiles y comenzaron su trabajo. Y he aquí que se obró un prodigio. Entre los adobes había oro. Oro, sí, un oro ambarino de resinas de pino que ahí se conservaron durante más de un siglo y que brillaron cuando les dio la luz.

Pregunté a *la experiencia* —ese título lleva don Abundio, el hombre más viejo del rancho— y me dijo que en ese cuarto estaba la trementinera. Ahí se elaboraba el aguarrás, sacado de la savia de los pinos. Conservaban las resinas su aroma todavía, y percibirlo era igual que oler la fragancia del bosque ya desaparecido desde hace más de un siglo. Igual vemos la luz de estrellas ya apagadas.

Llevo conmigo un trozo pequeñito de ese oro, de ese ámbar con perfume de siglos. Me va diciendo que todo vuelve, aunque se vaya el tiempo, aunque nosotros nos vayamos.

P

*Quien enviuda y vuelve a casar,
tiene cuentas con el diablo y se las quiere pagar.*

P

Habían transcurrido ya ocho meses sin llover en la sierra de Arteaga. Las cosechas de trigo y de maíz se habían agostado y los animales morían por la sed.

Mi tío Alberto llevó a monseñor Torres Hurtado. Y en la pequeña capilla predicó monseñor a los labriegos.

—Dios no les manda la lluvia porque ustedes no le saben pedir. A Dios a veces hay que gritarle, hijitos, para que nos escuche.

Y uniendo la acción a la palabra monseñor alzó la mirada al cielo, y poniendo las manos a modo de bocina gritó clamoroso:

—¡Señor! ¿Qué no ves que nos estamos muriendo de sed? ¿No ves los campos arruinados y la pobreza en nuestras casas, y el hambre de nuestros hijos? ¡Ya mándanos la lluvia, Señor, no seas tan cruel!

Esa tarde, cuando monseñor se regresó a Saltillo, unas pequeñas nubes aparecieron en el cielo. Y esa noche cayó una tromba como jamás se había visto en la región. Desaparecieron los caminos, no quedó señal de las labores, se ahogaron los animales, se derrumbaron las casas.

Cuando años después volvió a haber sequía mi tío ofreció a los campesinos llevarles otra vez un sacerdote.

—Cómo no, don Alberto —le dijeron—. Nomás que no sea el mismo de la vez pasada, porque ese reza *retejuerte*.

P

En el Potrero se hacen largas las noches del invierno. Pronto se oculta el sol tras de los cerros, y por el rumbo de Las Ánimas llega ese viento frío que llaman *el norteño*. La gente se guarda entonces en sus casas; se oye solo el ladrido de algún perro. En el fogón de las cocinas arde el fuego. Las mujeres tejen o bordan en silencio, y en silencio los hombres limpian sus aperos. Nadie habla; borbotea en la lumbre la olla del puchero. Bebo mi té de yerbanís a tragos lentos. ¿Qué estoy pensando? Nada. Aquí no pienso. Aquí dejo que lleguen los recuerdos. Y he recordado un cuento. Quizá lo oí de don Abundio, ya hace tiempo. Es pícaro ese cuento, y es travieso. Tiene sabor antiguo, como de medioevo. Los cuentos de este rancho son muy viejos, pero cuando los oyes vuelven a ser nuevos. Esta historia que digo, por ejemplo, me parece un relato juglaresco; algo como del Arcipreste o de Berceo. Si quieres te la cuento...

Un sacerdote iba a un pequeño pueblo. En el camino halló a un viejo que lloraba lleno de desconsuelo. «¿Qué te sucede, hijo?» —le preguntó el viajero—. «Me gano la vida con mi carretón —gimiendo dijo el otro—. Se me murió el caballo, y no puedo comprar otro. Soy pobre y no tengo dinero». «Hijo —le dice el padre—. Dios es bueno. Ten fe, que pronto te dará consuelo. Dime: ¿quién tiene los mejores caballos en el pueblo?». «Don Patrocinio —dice el carretonero—. Sus cuadras están llenas de caballos buenos».

«Vamos a sus establos» —le ordena el padre, presto—. Cuando llegaron le dice el señor cura al viejo: «Escoge un buen caballo, compañero. Ese alazán, si quieres, o el overo». «¡Pero, padre! —dice el otro con miedo—. ¡Iré a la cárcel por ladrón si hago eso!». «Haz como digo —repite el cura, enérgico—, y déjame lo demás a mí, que sé mi cuento». El campesino, entonces, escogió el overo. «Ahora vete», le dijo el padre, y luego, tranquilamente se durmió en el granero. Al día siguiente, don Patrocinio, el dueño, fue a ver sus caballos. Al momento vio al cura en el sitio donde dormía el overo. «¡Padre! —lo despertó moviéndolo—. ¿Qué hace *usté* aquí? No entiendo». El sacerdote se restregó los ojos, somnoliento. Volvió la vista alrededor, y luego se palpó con asombro todo el cuerpo. Se puso de rodillas, clamó al cielo, y dijo con recia voz y conmovido acento: «¡Gracias, Señor! ¡Ah, gracias, Padre bueno! ¡Perdonaste mi culpa, y me has devuelto otra vez, por tu amor, mi ser primero!». «¿Qué dice, padre?» —preguntó el otro inquieto—. «Oye mi historia —narró el padre, contento—. Era yo cura párroco de un pueblo. Conocí a una muchacha. De amor ciego, sentí por ella un inmoral deseo. Falté entonces al sexto mandamiento. En castigo a mi culpa el Dios eterno me convirtió en caballo. Me hallé por mi pecado en tu granero, y aquí estaba, expiando mi tormento. Pero, a Dios gracias, otra vez he vuelto a mi ser natural. ¡Soy humano de nuevo! ¡No soy caballo ya, sino hombre verdadero, y sacerdote! ¡Doy gracias al Cielo!». Oyó don Patrocinio aquel suceso, y al escucharlo se quedó suspenso. Llevó a su casa al cura, lo llenó de obsequios, le dio comida y le entregó dinero para que hiciera el viaje hasta su pueblo. Pasaron unos meses —se va el tiempo—, y un día don Patrocinio fue al pueblo. Andaba por ahí el carretonero, feliz con su caballo, aquel overo. Lo conoció don Patrocinio, y muy severo se dirigió al caballo y le dijo con mucho sentimiento: «¡Padrecito! ¿Otra vez volvió a lo *mesmo*?».

P

Al pan pan y al vino vino, y los suegros por su camino.

P

Era una larga extensión de tierra gris como ceniza, o pintada de un ocre mortecino. Los cerros pelados semejaban el lomo de un elefante ya sin vida.

Luego vinieron las lluvias, y ahora todo el campo luce verde, y verdes se ven los cerros redivivos. Tal se diría que la tierra da las gracias por el regalo del agua de los cielos, y anuncia el don recibido cubriéndose de hierba y flores pequeñas.

¿Por qué nosotros no somos tan agradecidos? ¿Por qué proclamamos el daño que sufrimos y callamos en cambio, vergonzantes, el favor que nos hacen?

Deberíamos ser igual de agradecidos que la tierra.

Después de todo, de ella estamos hechos.

P

Dios da el frío del tamaño de la cobija.

P

En el humilde cementerio de Ábrego hay una tumba. No tiene más que un nombre. Eso le basta, pues no tiene más que un hombre.

«Fui pastor de cabras. Sé que no es mucho ser, pero puedo decir que jamás se perdió ninguna de las que me fueron confiadas, y sé de muchos hombres a quienes Dios les dio hijos y los dejaron perder. De pastor a pastor, fui mejor que ellos. Cuidé muy bien a mis cabras por una razón sola: no eran mías. Tampoco los hijos de los hombres son de ellos: el Señor se los presta, por eso deberían cuidarlos mejor.

»Nunca tuve dinero. Pero el dinero tampoco me tuvo a mí.

»No iba a la iglesia cuando venía el cura: mis cabras también comían los domingos. El sacerdote me preguntó una vez si acaso no creía en Dios. Claro que creía. Mis ovejas siempre creyeron en mí».

Cuando veo esa tumba del cementerio de Ábrego siempre recuerdo el texto de aquel salmo balsámico: «El Señor es mi pastor, nada me faltará».

P

S alí a tomar la luna la otra noche.

Decir eso parece floritura, pero no es sino cambiar de lugar un lugar común para hacerlo que sea menos común. Si se sale a tomar el sol ¿por qué no se puede salir también a tomar la luna?

Tomando la luna se blanquea el alma, digo yo. Y ni siquiera se necesita luna llena, sino una luna pequeñita, apenas un acento circunflejo sobre la o de la palabra *noche*. Porque la luna sigue siendo luna aun y cuando no haya luna, y es vieja siempre, aunque sea nueva.

Salí a tomar la luna la otra noche y fue la luna la que me tomó. ¿Habría ella salido a tomar gente? Se me pintó de blanco la entretela, y cuando llegué a mi casa pensé en la oscuridad que el cuarto se iba a iluminar. Así iba yo de iluminado. Por la mañana no salí a tomar el sol: podía apagárseme mi resplandor. Lo llevo todavía. Alrededor de mi corazón lunar titilan las luciérnagas.

A mí no me digas tío porque ni parientes somos.

P

Cuando empecé a ir Ábrego llevaba conmigo mi escepticismo de gente de ciudad. Don Abundio me decía, por ejemplo: «Para que brote bien la planta de chayotes no se deben sembrar en números pares, sino impares». Y yo me reía por dentro.

Me decía don Abundio: «Cuando un nogal se niega a dar su fruto hay que azotar su tronco con un látigo, y así dará cosecha el año próximo». Y yo, por dentro, me reía.

Don Abundio me decía que si la luna en creciente está inclinada, eso quiere decir que va a haber lluvia. «Es como una jicarita, licenciado —me explicaba el viejo—, que solo deja caer el agua si se inclina». Y yo volvía a reír en mi interior.

Ahora ya no río. He comprobado lo de la luna, lo del nogal y los chayotes. Ahora ya no llevo al Potrero mis escepticismos. Llevo a veces a Shakespeare, que me dice: «Hay más cosas en los cielos y en la tierra que las que jamás alcanzaron a soñar todas tus filosofías».

P

P

Frente a él estaba el venado, quieto, sereno, majestuoso, su gran cornamenta de diez puntas destacándose sobre el azul del cielo.

Mi amigo se fue acercando poco a poco, cauteloso. Temía que el más leve ruido, un cambio súbito del viento, delatara su presencia e hiciera huir al animal. Pero no: logró ponerse a la distancia conveniente.

Contuvo la respiración. Afirmó el pulso. Tomó puntería y disparó.

Ahora el hermoso trofeo cuelga en una de las paredes de su casa. Es una espléndida fotografía del venado. De aquel venado que sigue corriendo, vivo y libre, en los bosques del norte de Coahuila.

Mi amigo, que tiene como arma su cámara fotográfica, está muy orgulloso de sus cacerías y de los bellos trofeos que ha cobrado.

A mí me gustaría que todos los cazadores fueran como él.

P

Si escupo, que soy aguado, y si no, que soy reseco.

P

En el Potrero de Ábrego es invierno.

Se han cubierto los pinos de la sierra con polvo hecho de hielo. Tiritan las hojas del yerbanís y tiembla el cedro. El aire es tan delgado que no podría sostener a un colibrí en vuelo.

Están en la cocina los hombres todo el tiempo. Sus mujeres les sirven taza tras taza de café, y ellos lo beben en silencio. Llega la noche. El viento, erizado coyote, no deja de ulular. La lechuza hace: *uh, uh* en una rama del álamo viejo. Se mete su voz por las rendijas y los niños vuelven los ojos a su madre, asustados e inquietos. Ella sonríe sin alterar el ritmo con que pasa la plancha sobre el mantel de flecos. Los niños se tranquilizan y dormitan a ratos frente al fuego.

Se apaga en la chimenea, silencioso, el último leño. Un rayo de su muriente luz alarga la sombra del ropero. Duerme la tierra; duermen los hombres y las cosas; duerme el cielo... En el Potrero de Ábrego es invierno.

P

En el estéreo suenan los acordes del vals *Julia*, tocado por Los Montañeses del Álamo.

Don Abundio pierde la mirada en sus recuerdos, y luego dice la frase consagrada:

—Hasta parece que me estoy casando.

Esa frase la he oído desde niño. Se escuchaba uno de aquellos vales mexicanos —*Alejandra, Club Verde, Olímpica, Dios nunca muere*— y las señoras y los señores grandes decían invariablemente:

—Hasta parece que me estoy casando.

Y es que se acostumbraba que un conjunto de cuerdas tocara aquellas suaves armonías mientras los novios y sus testigos firmaban las actas del matrimonio civil.

En este momento escucho en el estéreo el vals *Recuerdo*...

Hasta parece que me estoy casando.

*Dos caminados tiene el dinero:
viene despacio y se va ligero.*

P

Iba el señor manejando por la carretera cuando vio en la orilla a una pequeña tortuga que avanzaba con lentitud en dirección al monte.

Detuvo su coche el señor. Pensó en sus hijos y en la novedad que sería llevarles una tortuga. ¡Cómo se divertirían con ella!

Luego pensó las cosas más despacio. Se divertirían con ella, sí. Una hora. Luego se olvidarían del animalito. Y la tortuga, arrancada con crueldad de su medio ambiente, se enterraría en algún sitio y moriría.

Así, el señor dejó que la pequeña tortuga siguiera su camino. Pensó en sus hijos y sonrió. Alguna vez ellos también podrían ver a una tortuga yendo hacia el monte a vivir su vida bajo el sol, entre las hierbas, junto con las demás criaturas del Señor.

P

Hay en el cementerio de Ábrego una tumba. En su cruz pueden leerse un nombre y una fecha: AMAPOLA. 1911–1931.

«La gente se rio cuando mi madre me puso Amapola. Aquí todas se llaman María, Juana, Petra. Pero ella había ido al pueblo y en el cine vio una película que se llamaba así, y así me puso.

»Desde niña fui rara como mi nombre. Cantaba siempre, y decía cosas en voz bajita para que nadie me oyera, nomás yo. En la escuela me llamaban *Hablasola*. Una vez hubo un día de campo de los ricos. Yo traía las cabras y desde lejos los vi jugar. Un muchacho leía cosas de un libro a una muchacha, y lo dejaron ahí, olvidado. Y yo lo recogí y lo leía a escondidas. Tenía palabras muy bonitas el libro, de golondrinas que vuelven y de recuerdos que se van. Y leyéndolo se me ocurrió una cosa, y la escribí como si fuera mi nombre en la primera página: “Ama sola”.

»Luego llegó la epidemia con su rebaño de muertes, y una de ellas fue para mí. Ayer dos jóvenes de la ciudad visitaron el cementerio y se detuvieron junto a mi tumba, y uno dijo: “¿Por qué tiene que morir una muchacha de veinte años que se llama Amapola?”.

»Y yo sonreí dormida: por mí alguien había dicho palabras muy hermosas, como aquellas del libro».

*Muerte del padre, la casa intacta; muerte de madre,
la desbarata.*

P

Este año quizá no parirán las cabras del Potrero, o parirán muy pocas. Ninguna seguramente cuateará, es decir, ninguna tendrá dos crías.

Desde hace varios meses no ha llovido. El campo está sin hierba. Las cabras saben que sus hijos no tendrán alimento asegurado y se abstienen entonces de tenerlos.

Profunda sabiduría hay en la naturaleza. Si los hombres nos rigiéramos por la sapiencia de la vida no pondríamos en peligro nuestro mundo. Pero somos soberbios, y nuestra arrogancia nos va llevando camino de la destrucción.

No tenemos la humilde sabiduría de la cabra.

P

«Gracias a Dios, que nos dio de comer sin haberlo merecido. Amén».

«Así rezaba mi abuela, mamá Lata, al término de la comida.

«¡Ah no, mamá! —protestaba con vehemencia el tío Rubén—. ¡Yo sí me lo merezco! ¡Bastante he trabajado!».

La verdad es que el pan de cada día viene por partes iguales de la amorosa providencia del Señor y de la labor del hombre. Dios hizo la tierra, el agua, el sol, y puso en el mundo el aliento de la vida que hace nacer los frutos, pero cada día el hombre debe continuar la obra de la creación con el trabajo de sus manos.

En el Potrero miro el jardín, tan lleno de coloridas flores. Le digo a don Abundio:

—¡Qué bellezas hace Dios para nosotros!

Responde el sabio viejo:

—¡Viera usted, licenciado, qué feo estaba esto antes de que le diera yo una ayudadita a Dios!

*Al que tiene tractor, casa o mujer,
nunca le falta qué componer.*

P

Llego al jardín y me recibe con una alfombra roja.

El viento de ayer hizo caer los pétalos del rosal de enredadera, y el suelo está pintado de color púrpura.

Es un milagro que la violenta ráfaga no haya hecho caer también el claro azul del cielo. Aun así, el muro se ve triste. Me recuerda el invierno, ese grisáceo anuncio del olvido. La primavera parece derrotada, y son las flores muertas su esquila funeraria.

Yo no me pongo triste, sin embargo. A lo largo de la vida he aprendido que la rosa siempre vuelve, y que el viento siempre se va.

P

Hay lugares que tienen magia. Se percibe en ellos un hálito que no se siente en otros sitios, un espíritu que solo con el espíritu se puede percibir. A esa clase de sitios con alma pertenece la antigua Villa de Santiago, ahora Santiago, Nuevo León. Desde niño conozco el entrañable pueblo. Por él salía al mundo la gente del Potrero de Ábrego, pues el camino a Saltillo era más largo y fatigoso. Así la Villa se llenó de Peñas, porque en ese solar fincó su casa don Tomás de la Peña, hermano de don Jesús, el padre de mi esposa, y ahí tenemos ella y yo familia queridísima. En Santiago hay una iglesia parroquial que parece hecha de azúcar. A ella se llega por una escalinata que cuando la subes piensas que te va a llevar al cielo. Tiene Santiago antiguas casas señoriales, plazuelas soledosas, calles que seguían el curso de los arroyos que bajaban de la cercana sierra. En Santiago se comen delicias gastronómicas que ya las quisiera degustar el Colegio Cardenalicio cuando se junta en sínodo: un asado de puerco que se diría hecho de chamorro de ángel, si los ángeles tuvieran chamorro, y dulcísimos dulces hechos con la miel de las cañas en molienda. Lo mejor, sin embargo, es la gente de Santiago. De ella salen la magia y el espíritu de la antañona Villa, porque esa gente tiene genio e ingenio, es franca y abundante en la cordialidad. Aun sin conocerte un santiaguense te llamará *primo* si andas más o menos por sus mismos años, *sobrino* si eres menor que él, y *tío* si tienes más edad. Esa gente está llena de cuentos y leyendas, de chispeantes anécdotas curiosas que llenarían todos los tomos de una biblioteca. Por todo eso, y por mucho más, Santiago, Nuevo León, fue declarado Pueblo Mágico. Ciudad hermana de la mía es Santiago; ahí vive familia próxima a mi corazón. En él pongo la magia de Santiago, a ver si también el corazón se me hace mágico.

P

Despacio, chinches, que la noche es larga.

P

Don Abundio, el sabio viejo del Potrero de Ábrego, cuenta a su modo la historia del diluvio.

—En ese día —narra con tono de Antiguo Testamento— se abrieron las cataratas del cielo, y estuvo lloviendo sobre la tierra cuarenta días y cuarenta noches. Todo el planeta quedó bajo las aguas. Aun las montañas más altas fueron cubiertas por el diluvio universal.

Hace una pausa don Abundio, y luego añade con voz grave:

—Esa vez en el Potrero llovieron dos pulgadas.

Todo lo dice con suma seriedad, de modo que los lugareños, que saben de las sequías en el rancho, asienten solemnemente con la cabeza.

Don Abundio me mira, y yo asiento con la misma solemnidad, como los otros.

Y es que también sé de las sequías en el rancho.

P

Ya sabía yo que antes de terminar el año consumiría el hombre una inconmensurable hazaña.

Esa hazaña se consumó.

¡El día 30 de diciembre me fui a pie desde Saltillo a mi cabaña de la sierra!

Veintiún kilómetros de caminata. Con mis hijos y mis sobrinos subí por el viejo camino que bordea el Penitente. Después de cuatro horas, en la cumbre, la visión del espléndido valle, aún transparente, y el paisaje serrano: un pequeño estanque en las alturas y una manada de caballos; los empinados pinos, los pájaros azules, la zorra fugitiva, las ardillas; la cruz por aquel hombre muerto en 1933.

Al final del camino, con los doscientos huesos del cuerpo doloridos, la recompensa de ser esperado por el calor del hogar.

¡Qué cosas! Sube uno a la montaña a buscar ejercicio, paisajes, buenas fotos, aves y animales, aire limpio, y se encuentra a uno mismo.

Primero te quedes manco que firmes algo en el banco.

P

Hay en el cementerio de Ábrego una tumba. En las noches de invierno, cuando los seres y las cosas duermen, una voz en la tumba dice esto:

«La vida es corta, es cierto. Pero la Vida es larga. Tan larga que es eterna. Si pienso en mi vida temeré a la muerte. Si pienso en la Vida no la temeré. No estaré yo, pero estará la Vida. Yo no tuve vida; la Vida me tuvo a mí. Alguna vez, quizá, me volverá a tener. No seré yo, a lo mejor, quien vivirá, pero algo de mí de nuevo tendrá vida en manera que ahora ni siquiera puedo imaginar. Mi vida acabará, pero la Vida no. La Vida no termina. Y en ella las vidas se repetirán en ascendente sucesión para llegar, al fin, hasta la Vida».

Eso dice esa tumba del cementerio de Ábrego. ¿Será necesario morir para entender cabalmente lo que dice?

P

En el camino del Potrero paso por el puerto que llaman de Las Maravillas. Bien le puso ese nombre quien por primera vez lo llamó así. Hacia uno y otro lado del camino se yergue la montaña que solo por ahí deja pasar. Entre el oscuro verdor de los pinos crecen álamos de un verde tierno y severos encinos de fronda ocre. A lo lejos se ven los dos picachos de Las Ánimas. De allá llegan las nubes como un rebaño de tranquilas vacas.

Anoche heló. Tienen los pinos en cada aguja una gotita de agua congelada. He apagado la luz de la camioneta, pues amanece ya. De pronto asoma el sol sobre la sierra, y los puntitos de hielo se encienden al reflejar su luz. Todos los árboles son ahora un solo árbol de Navidad.

Yo me detengo a fin de contemplar aquella maravilla. Es claro el aire y es azul el cielo. Azul y claro quedo yo también. Si extendiera la mano tocaría a Dios.

P

Sale más cara una gorra que un sombrero galoneado.

P

El nieto mayor de don Abundio me cuenta un sucedido de su abuelo. Dice que el viejo se jactaba siempre ante sus nietos de su infalible puntería con el rifle: donde ponía el ojo ponía la bala, solía decir; jamás fallaba un tiro.

En cierta ocasión, don Abundio sacó su carabina, una vieja Remington calibre veintidós, y le pidió al muchacho —entonces niño— que lo acompañara. Le dijo que un coyote andaba merodeando cerca. En efecto, no tardaron en ver al animal. Le apuntó cuidadosamente don Abundio, y disparó. La bala polveó a medio metro del coyote, que se alejó con un trotecillo lento que parecía burlón. Le gritó don Abundio:

—¡Y no te quiero ver más por aquí! ¡La próxima vez sí tiraré a matar!

Escucho el relato que me hace el nieto de don Abundio y me pregunto si no habrá abueleado. Frecuentemente el viejo, con tal de hacer sabrosa la conversación, derrocha la fantasía y economiza la verdad.

P

Algo tienen las montañas que sacan lo mejor del hombre, ya esté ante ellas, en ellas o sobre ellas.

Y es que en ninguna parte el hombre está tan cerca de sí mismo como en la montaña. Ni en el mar, ni en el desierto, ni en el bosque o la selva alcanza el yo un encuentro más próximo y un diálogo más íntimo con el propio yo.

Yo soy un hombre de montaña. Me considero montañés. El Potrero de Ábrego, ese refugio mío contra el mundo, está peñas arriba, como el solar que describió Pereda.

De niño tenía en mi recámara un cromo del monte Cervino, o Matterhorn, y cuando estuve en edad de ser yo mismo estrené mi asombrada mismidad escalando los cerros y las sierras que rodean por casi todos los puntos cardinales a mi ciudad, Saltillo.

Dirá el creyente que Dios hizo las montañas para acercarnos a Él; para darnos a ver su grandeza e infundir en nosotros la santa virtud de la humildad, escudo contra la soberbia, que es fuente no solo de todos los pecados, sino también de muchas faltas de educación.

Entre hacendosa y hacendada, la primera más me agrada.

P

Por primera vez en el año el agua se cuajó.

Así dicen los campesinos en el rancho cuando la superficie del pequeño estanque amanece congelada.

El cielo se arrebuja en sí mismo. La tierra, rendido ya su fruto, se aletarga y comienza el sueño largo del invierno.

Los árboles perdieron su follaje: se han desnudado para dormir. Sus ramajes asoman por la mortaja de la niebla igual que manos de esqueletos. Cuesta trabajo creer que son los mismos que en la pasada primavera se pintaron de verde y se llenaron con el color variado de sus flores. Más trabajo aún cuesta pensar que son los mismos que en la próxima primavera volverán a florecer y a dar frutos.

Yo me pregunto si con nosotros no pasará lo mismo. Árboles que tenemos primavera e invierno, ¿no será nuestra muerte igual que el sueño de los árboles, del que despertaremos luego para otra vez retoñar y florecer?

P

Los perros de rancho son muy bravos. Así los hace el hambre. Así los hace también la falta de caricias.

Doña Rosa dice que lo mejor para defenderse de un perro que nos sale al paso gruñendo y mostrando los colmillos es rezar un credo. Esa oración bendita conjurará el peligro.

Le pregunto con intención a don Abundio si para ahuyentar a un perro bravo funciona eso del credo.

—Funciona, claro —contesta el viejo socarrón—, pero siempre y cuando traiga usted una piedra en cada mano.

Medito esas palabras y no las encuentro muy alejadas del precepto que a sus monjes impuso San Benito: *Ora et labora*. Reza y trabaja. A doña Rosa, sin embargo, le disgusta la respuesta. Dice a su marido:

—No sabes nada de religión.

—De religión no sé —admite don Abundio—, pero de perros sí.

Para el amor y la muerte no hay caja fuerte.

P

Esta planta tiene un bonito nombre feo: se llama *hierbaluisa*.

Nos regala pequeños ramilletes de flores que son por fuera blancas y de color azulino por dentro. Cuando me acerco a ella percibo un vago aroma a limonero.

Yo no sabía por qué se llama así la hierbaluisa. En un antiguo libro hallé la explicación: cierto botánico le dedicó la planta a María Luisa de Parma, esposa de Carlos IV —el del Caballito—, una mala pécora cuya fealdad Goya inmortalizó.

A pesar de su nombre —tan bonito, tan feo— quiero a la hierbaluisa. Acaricio con leve roce sus hojas verdinegras y le digo palabras de consuelo por haber sido dedicada a quien no la merecía. «Tú no tienes la culpa», le repito.

Parece que me entiende, y sus flores, que huelen a limón, me consuelan de la pena que sufro por recibir tantas bendiciones que no merezco yo.

P

Hay en el cementerio de Ábrego una tumba. En las noches sin luna sale de ella una voz que se arrastra como serpiente y dice esto:

«Tuve una casa, pero no gocé mi casa porque envidiaba la casa del vecino. Tuve riquezas, pero no disfruté de mis riquezas porque envidiaba las riquezas del más rico. Tuve una vida, pero no viví mi vida porque envidiaba la vida de los otros. Hasta cuando morí me pareció que las muertes de los demás habían sido mejores que la mía. Mi tumba es triste porque es la tumba de un envidioso, y el fruto de la envidia es la tristeza».

La tumba del envidioso es gris. Ninguna brizna de hierba crece en ella, y las abejas desvían su vuelo con tal de no pasar sobre su lápida.

P

A quien Dios lo quiere bien, la perra le da lechones.

P

Cuando la noche deja de ser noche y el día aún no es día escucho en la penumbra de mi cuarto los ruidos de la casa del Potrero.

Cruje la madera del ropero que fue de doña Trini. ¿O es la del baúl (*castaña* se llama acá en el rancho, por la forma abombada de ese cofre) donde guardaba el tío Sixto las escrituras de sus tierras...? Se oye el *drip drip* del filtro de agua en la cocina... Suenan de pronto, movida por una ráfaga de viento, la puerta del corral...

Me gusta oír esos ruidos de la noche en el rancho. Son una pequeña serenata nocturna más bella para mí que la de Mozart. Y es que esta música está hecha con las vidas que fueron y con la vida que es. Son voces de las cosas: ellas también tienen alma. Son ecos de tiempos pasados que pasan otra vez...

Llegará el nuevo día con su tráfago. Los viejos muebles callarán su voz. Pero cuando la noche llegue volverán a hablar y me dirán cosas que en la mañana no se pueden oír.

P

Don Abundio, el viejo más viejo del Potrero, es hombre de sabiduría: dice muchas cosas y calla muchas más.

El otro día me visitaron unos amigos en el rancho. Eran de posibles. Algo muy raro, porque casi todos los amigos que tengo son amigos de imposibles. Uno de ellos abrió muy orgulloso la botella de tinto que llevaba.

—Tómese una copa, don Abundio —le ofreció—. Es muy bueno este vino: la copa que se va usted a tomar vale mil pesos.

La respuesta del viejo fue tan impensada que hasta pareció pensada.

—No, gracias —respondió—. Luego me va a dar mucha lástima ir a mear.

Todos reímos la salida. Pero después reflexioné que no era para reír eso que dijo el viejo socarrón. Tiene miga la frase, miga que hay que mascar muy bien, como se hace con los manjares de sustancia. ¿Síntesis de la filosofía estoica? ¿Lección para el jactancioso? Quién sabe. El caso es que le doy vueltas a la frase y concluyo que los que pensamos que no saben nada saben más que los que pensamos que lo sabemos todo.

Regresa el señor cura al pueblo. Ha estado en la visita mensual que hace a los ranchos comarcanos. En un viejo guayín tirado por una vieja mula y conducido por un rancharo viejo se encamina el señor cura a su parroquia.

Debe llegar temprano. Lo aguarda Su Excelencia, el señor obispo. Con él tendrá una junta en la que tratarán el asunto de las obvenciones. Cuestión muy importante es esa, pues quien en la iglesia canta de la Iglesia yanta. Le pide al rancharo que inste a su mula a ir más aprisa.

—Vamos, animalito de Dios —le dice el cochero a la mula con tono franciscano.

La mula parece no escuchar. Toma un pasillo lerdo. A ese paso llegarán a su destino al otro día. Para colmo, llovió mucho el anterior y el camino es un fangal donde resbalan los cascos de la mula y las ruedas del guayín. (Se llama así, *guayín*, debido a que los primeros que aquí se conocieron, llegados del país del norte, tenían en la escalerilla un letrero que decía: *Way in*. Algo así como *Por aquí se sube*).

A esa divagación lingüística estaba entregado el escritor cuando —quizá por su distracción— las ruedas del guayín cayeron en un profundo bache. La mula se detuvo.

—Hijo —pidió nervioso el señor cura a su rural auriga—. Incita a este animalito de Dios a que siga su camino.

—Anda, mulita —volvió a suplicar el rancharo—. Por vidita tuya, muévete ya.

El animal no movió ni las orejas.

—¿Qué le pasa? —preguntó inquieto el sacerdote.

—Lo que sucede, padre —respondió el cochero— es que la mula no me entiende. Necesito hablarle como le hablo siempre.

—Pues háblale así, hijo mío —autorizó el señor cura—. Necesito llegar temprano a la ciudad.

—¿De veras da usted su permiso, padrecito? —preguntó inquieto el hombre.

—Lo tienes, hijo mío, y sin reservas. Te doy mi *nihil obstat*. Anda; háblale a tu mula como acostumbras. El caso es que nos saque de este atolladero.

Entonces, ante el atónito y consternado párroco, el cochero dio voz a una sarta de maldiciones y blasfemias como el presbítero jamás había escuchado. Con fragor de trueno prorrumpió el sujeto en pesadísimas pesias, horribles pestes y dicterios furibundos. Hostias iban y venían; los nombres sacratísimos de Dios y de la Virgen sonaban en aquel espantoso vocerío. Ni los moros, seguramente, maldijeron nunca igual.

Pero dio resultado la diatriba. La mula, asustada por aquellas palabras tan palabras, hizo un segundo esfuerzo, como dicen los motivadores de hoy, y sacó al guayín del bache. El señor cura, preocupado, dijo al rancharo:

—Hijo: has incurrido en varios y gravísimos pecados: blasfemaste, maldijiste, tomaste el nombre de Dios en vano. Tendré que darte ahora mismo la absolución, remedio salutífero contra la grave culpa en que incurriste.

Apenado, el rancharo inclinó la cabeza y el sacerdote pronunció la fórmula de la

reconciliación:

—*Ego te absolvo...*

Luego, siguieron el camino. Pero no habían avanzado mucho —declinaba ya la tarde — cuando el guayín volvió a caer en otro bache. Angustiado por la tardanza que llevaba, el señor cura no lo pensó dos veces. Trazó sobre la cabeza del cochero el signo de la cruz, y díjole:

—Hijo mío: *Ego te absolvo* por adelantado. Repite otra vez las maldiciones.

P

La gente de Ábrego jamás se acerca a la casona donde vivió el finado Erasto. Dicen que por la noche pena su alma. Algunos han visto su sombra recortada en las ventanas al fulgor de una luz espectral, como venida del infierno.

Yo vi esa sombra. A mí nadie me cuenta. Pero también vi otra. Pasé una vez por la calleja solitaria y miré las dos sombras —una de hombre, la otra de mujer— que se abrazaban, visibles apenas en el temeroso resplandor de una velada vela, y se tendían luego sobre el piso convertidas en una sola.

No sé quiénes son los sutiles amantes que en el nocturno miedo de las gentes ocultan su pasión.

Sí sé que la sombra no es la del difunto Erasto.

Es la sombra del amor, que en mi rancho, y en la otra mitad del mundo, es siempre un fantasma.

Cuando hay pa' carne es vigilia.

P

La casa de don Abundio es grande casa, y su despensa está siempre bien surtida. Lo visitaban por eso con frecuencia sus parientes de todos los ranchos comarcanos. Y don Abundio agradecía la visita. Pero aquellas llegadas se hicieron cada día más frecuentes, y más larga la estancia de los visitantes. Refunfuñaba doña Rosa, mujer de don Abundio, y él veía cómo su hacienda iba menguando con la voracidad de la profusa parentela.

Un día, sin embargo, las visitas se acabaron. Nadie más volvió a aparecerse. Le pedí al viejo que me explicara aquel milagro. Y él me dijo:

—El milagro lo hice yo. A los parientes ricos les pedí dinero prestado, y a los pobres les presté. Ni pobres ni ricos han vuelto por aquí.

Don Abundio no tiene saber de escuela. Tiene saber de vida, que es mejor.

P

Hay una flor que no conoce nadie.

Una sola en el mundo queda de su especie. Las otras las mató el hombre (los hombres somos diestros en asesinar flores). Nació esta flor de una semilla llevada por el viento a lo más alto de una cumbre adonde nadie llega.

Yo no he visto esa flor, naturalmente. Pero la he sentido. Y sentir algo es casi ya saberlo. Parece que la veo, solitaria y hermosa, estrella en la mitad del cielo y de la tierra. Es hermosa como la vida y fuerte como la mujer; eterna también, como ellas, vencedora.

Cuido esa flor en mi pensamiento, y la cuido en mi corazón también. Quiero que siga viviendo cuando ya no viva yo.

P

P

Hay en el cementerio de Ábrego una tumba. Si supiéramos escuchar lo que las tumbas dicen, esto es lo que oiríamos:

«Cuando alguien muere preguntamos: “¿Por qué?”. ¿Acaso preguntamos eso cuando nace alguien? Ni la vida ni la muerte tienen explicación. Suceden, simplemente, y a ambas debemos recibir las por igual, pues ni la vida ni la muerte se pueden evitar. Son en verdad la misma cosa.

»Todo lo que nace tiene que morir. Esa es verdad de Perogrullo. Pero si tal es cierto —y lo es—, entonces también todo lo que muere tiene que nacer otra vez. La esperanza de ese renacimiento nos debe consolar por la muerte del ser querido, y apartarnos del miedo a nuestra muerte. La vida no se acaba. Es vida eterna».

Hay en el cementerio de Ábrego una tumba. En primavera las golondrinas pasan volando sobre ella y a veces la rozan con sus alas. Ellas no temen a la muerte. Son las mismas golondrinas que pasaron hace cien años y saben que la muerte no existe.

P

En la alta noche del Potrero de Ábrego pasan su duermevela el cuerpo y el espíritu. La casa está en silencio. Eso quiere decir que calla el mundo. No se oyen ni siquiera los murmullos de los antiguos muebles que unos a otros se dicen cosas viejas cuando creen que nadie los escucha.

De pronto pasa un jet, muy arriba, muy lejos. ¿Adónde va ese avión? ¿De dónde viene? ¿Por qué vuela a esta hora suspendida en el tiempo?

Se va el ruido. Sigue la noche, y el silencio sigue. Dentro de una hora, de dos o tres, no sé, van a escucharse las voces de la vida. Esas voces no son mi voz: son la del perro, la gallina, el asno, los niños que cantan en la escuela, el hombre que arrea su ganado, la mujer que pregunta: «¿A qué estamos hoy?».

¿A qué estamos hoy? Quién sabe. Estamos. Lo demás no importa. Mañana no estaremos, y eso tampoco importará. Nos iremos igual que los ruidos de la noche, pero otras voces habrá de niños en la escuela y de mujeres que preguntarán: «¿A qué estamos hoy?».

Lo comido y lo yogado es lo único aprovechado.

P

Don Abundio sale muy raras veces del Potrero. Explica la razón de no querer salir:
—¿A qué voy a buscar lo que no se me ha perdido?

En ocasiones, sin embargo, logro que vaya conmigo a la ciudad. Se aburre un poco siempre. Dice:

—No hay nada aquí que ver. Luego luego la vista choca contra las paredes.

El domingo pasado lo llevé a una de esas grandes tiendas de departamentos. Volvió la vista a todas partes, lo miró todo con atención y luego dijo:

—Nunca había visto tantas cosas que no necesito.

Don Abundio tiene la más rara de todas las sabidurías: la del sentido común. Y también tiene la más rara de todas las riquezas: la de aquel que no es rico por tener muchas cosas, sino por necesitar muy pocas.

P

Don Luterito, célibe en celo, vino desde su rancho a Saltillo, ardiendo en varonil rijosidad. Llegó al Hotel Jardín, frente a la plaza que llaman del Mercado, y le dijo con campirana educación el encargado del establecimiento: «¿No me podrías conseguir alguna señorita putita?». «Sí se la consigo, don Luterito —replicó el muchacho—. Pero ya ninguna quiere venir con usted. Dicen que no les paga lo que cobran». «Hazme tú el servicio, muchacho. Quiero decir —no pienses mal— hazme el servicio de conseguirme una. Dile que le pagaré lo justo».

Fue el muchacho, en efecto, y regresó poco después con una de las damas que en la Rinconada hacían comercio con su cuerpo. Le preguntó don Luterito a la señora cuál era el monto de su arancel, tarifa, cuota, derechos u honorarios, y ella le dijo que cobraba veinte pesos. «Diez te daré, muchacha —respondió don Luterito—. Este año el *máiz* no se dio bien». Consideró ella aquel argumento de orden agronómico, y aceptó los términos de la convención. Fueron los dos al cuarto de don Luterito, y ahí se cumplió el trato.

A riesgo de faltar a la debida discreción, diré que don Luterito, lleno de arrestos contenidos, dio muestra bien cumplida de su fogosa varonía, y puso a su compañera en trance de gozar lo que por obligación hacía siempre. Muy a su sabor se holgó la daifa con aquel recio señor, y lo mostró primero con jadeos contenidos, luego con expresivos ayes y finalmente con francos gritos y fuertes ululatos de placer. Dos veces más se renovó el contrato por acuerdo de ambas partes. Al final le dijo el campesino: «Ahora, linda, ten tu dinerito». Sacó un paliacate que había escondido abajo del fatigado colchón, lo desanudó y de él extrajo un billete de cinco pesos, que entregó a la dama. «Oiga, don Luterito —reclamó ella—. Quedamos en que iban a ser diez pesos». «Te voy a dar cinco, chula —replicó don Luterito—. Tú también traías ganitas».

El que compra barato, compra a cada rato.

P

Las luciérnagas prenden su luz en la solapa de la alta y tibia noche del rancho. Y los recuerdos de la niñez también se encienden. Por los campos de alfalfa buscábamos los pequeños insectos a la caída de la tarde y los metíamos en un frasco de vidrio transparente. Luego, ya todos en la cama, la habitación se estremecía con el calor fantasmagórico de las luciérnagas aprisionadas.

Feliz criatura es esta que se llena de luz con el amor y que se vuelve estrella diminuta para anunciar el rito de la vida. Así arde también el corazón de los que aman; si se lo sacaran del pecho podrían iluminar con él las sombras de la noche y poner en las tinieblas del mundo un verde y esperanzado resplandor.

P

*Que Dios me libre de un rayo,
de un burro en el mes de mayo y de un pendejo a caballo.*

P

Llueve sobre las tierras del Potrero; llueve esa mansa lluvia que hace Dios y que es Dios mismo convertido en agua.

Los hombres están hechos de tierra, dice el Libro. A veces lo dudo: la tierra es siempre agradecida. Basta un poco de Dios —un poco de agua— para que la tierra diga su acción de gracias con un salmo de hierba verde. Aparecen flores inéditas, y las pequeñas criaturas del campo salen para estrenar el mundo.

Ayer llovió toda la noche. Me despertó la lluvia con sus pespuntos en el techo. Era de madrugada. Yo iba a tomar un libro para esperar el día. No lo hice. Me puse a oír la música del cielo, y en la alta hora sentí latir la tierra como laten los muslos de la mujer cuando recibe la semilla germinal. A la luz de la lámpara abrí la ventana, tomé en el cuenco de la mano agua del chorro que caía por el goterón y la bebí con reverencia, como quien comulga. Sentí que esa eucaristía me lavaba, y por ella di gracias a Dios.

P

Tenemos un problema en la huerta llamada Los Coyotes, en el Potrero de Ábrego. Es un bello problema, sin embargo.

He aquí que hicimos una plantación de cuatrocientos árboles. Aquí se llama *árbol* al que da duraznos. El duraznero es el árbol por antonomasia. Los demás se llaman nogales, ciruelos o manzanos, pero el árbol que da duraznos es *el árbol*.

Sucede que por las madrugadas los venados bajan de la sierra a comer los tiernos brotes de los arbolitos. Don Abundio se enoja y dice pestes de «esos animales perniciosos que tantos *pernicios* hacen, licenciado». Yo me levanto tempranito, voy en la camioneta al huerto, la estaciono lejos y camino despacio hasta la huerta. La visión de los venados en la penumbra del amanecer es hermosura que compensa todos los *pernicios* que hacen esas bellísimas criaturas.

Hay una misteriosa trabazón entre todos los seres de la naturaleza. Venados, árboles y yo somos la misma cosa en este instante. Saldrá el sol; los venados se irán y yo volveré a ser el pobre ser que soy. Pero este momento es milagroso, y lo guardo para llevarlo conmigo a la ciudad y que me dé ese don precioso, la serenidad.

Es mejor morir virgen que parir pendejos.

P

Voy por la carretera que lleva a San Antonio de las Alazanas, un poblado serrano de Arteaga. El cielo, radiosamente azul, se llena con el prodigio de las mariposas monarca que pasan en su maravilloso viaje al sur.

Frente a una granja alguien ha puesto un cartel. En él están pintadas las frágiles viajeras, y dice el letrero: «¡Bienvenidas!». Más abajo un segundo cartel nos advierte a los automovilistas: «Velocidad máxima: veinticinco kilómetros por hora». Se trata de evitar en lo posible que el viaje de alguna de esas levísimas criaturas termine en el cristal de nuestro vehículo.

Me gustaría conocer a la mujer o al hombre que puso esos letreros. Seguramente ama la vida. Y decir *la vida* es decir uno de los diversos nombres de Dios. Es como decir *mariposa*.

P

Hay en el cementerio de Ábrego una tumba. Si pudiéramos escuchar las voces de las tumbas esto es lo que oiríamos:

«Supe vivir mi vida. Supe también morir mi muerte. Y porque siempre supe que nadie iba a morir mi muerte no dejé nunca que nadie me viviera la vida. Desde aquí veo los árboles cargados de sus frutos. ¿Llora el fruto cuando se va del árbol? No: con la oculta sabiduría de las cosas sabe que lleva dentro de sí la semilla para una nueva vida de árboles y frutos. En la misma manera tampoco lloré yo cuando la vida me desprendió del árbol. Sabía también que palpitaba en mí la semilla de otra vida que empezó con mi muerte».

¡Cuántas tumbas hay en el cementerio de Ábrego, y cuánta vida hay en ellas!

P

El que quiera ser buen charro, poco plato y menos jarro.

P

La casa es recia y grande. Yo la miraba de pequeño y pensaba que la marcha del mundo se hizo más lenta después de que esa casa fue construida, así era de pesada.

Son gruesas las paredes de la casa. Miden un metro casi de ancho. Al paso de los años los adobes se han vuelto duros, como piedras. ¿Por qué los constructores de la casa no duraron lo que ella, si estaban hechos del mismo material, la tierra?

Hemos pintado, blancas, las paredes. El otro día pasé en avión por sobre el rancho, en viaje de Monterrey a León, y vi allá abajo un diminuto punto blanco. Era la casa, visible desde las nubes. ¿Qué de raro tiene eso? También las nubes se ven desde la casa.

No me engaño: bien sé que alguna vez caerán los muros, y que su tierra volverá a la tierra. Otros hombres vendrán a hacer sus casas. Pero sea cual fuere la materia con que las construirán algo habrá en ellas de esta casa. Una sola materia hay en la tierra, y es la tierra. De ella están hechas todas las casas. De ella están hechos todos los hombres. Hay una casa nada más, y hay solamente un hombre.

P

Don Abundio está sentado bajo el nogal grande a la orilla del camino. Dirá después que estaba viendo cuánta nuez tiene el nogal. La verdad es que duerme. A su edad sentarse bajo un árbol y dormirse es una misma cosa.

Lo despierta un excursionista que pasa por ahí con su mochila al hombro.

—Perdone usted, señor —le pregunta el muchacho—. ¿Cuánto tiempo haré de aquí a Casillas?

—Sigue caminando —le contesta don Abundio.

El muchacho se desconcierta por la respuesta abrupta. Pero el viejo se explica:

—Sigue caminando, para saber a qué paso caminas. Así podré decirte cuánto tiempo harás.

Una vez más el viejo socarrón me ha enseñado algo: para saber algo, primero hay que saber algo.

El que tiene hambre le atiza a la olla.

P

Ayer caminé por el encinar del monte. Mi andar fue suave y grato: el otoño ha hecho una alfombra con las hojas caídas de los árboles, e ir por ella fue como ir sobre un tapete real.

Estas hojas serán mañana tierra, y pasado mañana serán de nuevo encina. El polvo vuelve al polvo, es cierto, pero también el árbol vuelve al árbol. Eso quiere decir que la vida vuelve a ser vida, aunque pase por ese trance momentáneo que es la muerte.

Busco ver en el monte a la ardilla o al conejo, al furtivo venado, a la paloma de triste quejo, al loro verdiazul. Los busco para que sin palabras me hablen de la vida. No los miré esta vez. Y, sin embargo, no me hicieron falta. Desde su pasajera muerte las hojas de los encinos en otoño me hablaron de la vida y de su eternidad.

P

Hay un árbol en el Potrero —es uno solo— que en ninguna otra parte he visto nunca. Ni siquiera tiene nombre esta rara criatura vegetal. Todos la llaman con un oscuro mote: *el árbol del ahorcado*.

Sus ramas son oscuras también, y de ellas brotan apenas unas cuantas hojas grises. No hacen en él los pájaros sus nidos; ni gente ni bestias buscan su sombra para descansar. Dicen los lugareños que en ese árbol se ahorcó un hombre. Ahí se quitó la vida, y le quitó también la vida al árbol, que parece un obstinado muerto de pie en la raya azul del horizonte.

Jamás los niños pasan cerca de él. Ellos son la presencia de la vida, y el árbol es el recuerdo de la muerte. Yo siento lástima por este árbol condenado a soledad perpetua. Lo miro desde lejos y le digo que un día sus ramas volverán a verdecer. Todo en el mundo reverdece; al oscuro ramaje del dolor pueden volver los nidos y las canciones de la vida.

P

Dar limosna con tambor no agrada a Nuestro Señor.

P

Don Abundio no tiene reloj. El sol, dice, es su reloj. Él se levanta cuando el primer claror de la mañana asoma sobre el picacho de Las Ánimas; va a su casa a comer cuando el sol llega a la mitad del cielo, y termina sus faenas cuando el crepúsculo juega a ser pintor sobre las crestas de la serranía llamada el Coahuilón.

A don Abundio el cambio de horario no le va ni le viene. Y es que él no viene ni va con el reloj. Es dueño de la serenidad de aquel a quien no le preocupa la hora que es. Un día le pregunté por qué no usa reloj. Me contestó: «Para que el reloj no me use a mí».

Ayer, cuando ponía yo la nueva hora, don Abundio me dijo que mi reloj le recuerda una manea. La manea es la soguilla que en el campo se usa para maniatar a los caballos. Ahora cada vez que me ponga el reloj sentiré que yo mismo me estoy maniatando.

P

En lo alto de la sierra que circunda mi ciudad el trazo difuso de los árboles es una larga fila de siluetas. Me decía mi padre lo que el suyo le dijo alguna vez mostrándole el perfil de la montaña:

—Es la caravana de los Reyes Magos, que ya van a llegar.

Yo veía con mis ojos de niño aquellas formas y adivinaba en ellas la de un camello, la de un caballo, la de un elefante. Miraba a los tres sabios del Oriente seguidos de un cortejo de siervos cargados de regalos.

Después yo fui mi padre y mis hijos fueron yo. Les repetí la historia, la misma que ellos dicen ahora a mis pequeños nietos. En esa ingenua tradición familiar estamos todos: mi padre con su padre; yo con mis hijos y sus hijos.

Volverán los tres Reyes en enero, igual que han vuelto siempre. Es un cuento este de los árboles en la montaña y la caravana de los Magos. Y los cuentos siempre vuelven. Para que este se acabe tendría que acabarse la montaña. Tendríamos que acabarnos nosotros, los vivos y los muertos. Quizá se acabe la montaña, pero nosotros no.

El que siembre su maíz que se coma su pinole.

P

Hay en el cementerio de Ábrego una tumba. Es la de una mujer, doña Martina, recordada por su bondad caritativa. Nunca falta sobre su lápida una flor, y cuando la gente del Potrero habla de una persona buena siempre dice: «Es como doña Martina».

En tiempos de necesidad ella prestaba dinero a los campesinos sin cobrarles réditos. Cuando no había cosecha abría sus graneros para que todos tuvieran qué comer. Daba una dote a las muchachas que contraían matrimonio, y a las mujeres que daban a luz las llenaba de regalos para sus criaturas. Hacía venir un médico de Saltillo, o de la Villa de Santiago, a fin de que curara a los enfermos, y pagaba la sepultura de los pobres.

Un día alguien le preguntó por qué hacía todo eso. Y contestó doña Martina:

«Porque quiero que cuando yo muera Diosito me deba algo».

Esta no es una frase. Es una lección de vida y un camino para vivirla bien.

P

Siempre puntual llegaba al rancho doña Nacha.

Parecía que los manzanos la estaban esperando. Llenas de fruta, las ramas se inclinaban hasta el suelo, como pidiendo que las aligeraran de su carga. Era entonces cuando llegaba doña Nacha.

Llegaba de repente —también así se iba— con su hatillo de ropa y su bagaje de noticias recogidas en el curso del año que había pasado. Hablaba de nacimientos, bodas, muertes —sobre todo las ocurridas con violencia—; narraba desaforados chismes de amores pecaminosos y amoríos culpables.

Cuando la conocí por primera vez me pidió trabajo.

—¿Qué es lo que hace usted? —le pregunté.

Respondió ella muy seria:

—Me dedico a la profesión más antigua del mundo.

Yo abrí la boca, sorprendido.

—Sí —añadió con pícaro sonrisa—. Recojo la manzana, como Eva.

Dicen que un buey voló. Pue' que sí, pue' que no.

P

Don Abundio tiene la sabiduría que los años dan, y no tiene ya las vanaglorias que los años quitan.

Uno de sus saberes consiste en no dar consejos que no le piden. Suele decir que en el consejo no pedido el diablo anda metido.

Se iba a casar un nieto suyo, y el muchacho fue con su novia a hablar con don Abundio. Querían pedirle un consejo para llevar bien su matrimonio. El viejo les aconsejó:

—Si quieren vivir en paz, tú, muchacha, haz algunas veces como que no ves; y tú, muchacho, haz algunas veces como que no oyes.

P

En el bosque soy un imperfecto extraño. Cuando camino por la vereda, entre los pinos, los pájaros azules avisan de mi presencia con alarma.

Eso me pone triste. Amo a la naturaleza; en sus prodigios veo la tarjeta de presentación de Dios. ¿Por qué ella no corresponde a mi amor haciendo que un pájaro silvestre se me pose en el hombro, como le sucedió a Thoreau?

No sé mucho del pecado original, pero he pensado que en eso consistió la perdición del hombre: no tanto en alejarse de Dios —¿quién puede alejarse de Él—, sino en apartarse de sus criaturas, en volverse distinto a ellas.

Gritan los pájaros azules para advertir de un riesgo que se acerca. El pensamiento de que yo soy ese peligro me llena de pesar. Quisiera tener la santa inocencia de Thoreau, aquel hombre bueno que ganó todo porque a todo renunció, y que supo que había recobrado el paraíso cuando una avecilla se le posó en el hombro y le dijo su canción.

P

El que ha de morir a oscuras, aunque muera en velería.

P

Lili es uno de esos ángeles a los que la gente llama niños Down.

Lili ríe feliz cuando llegas al rancho, y llora después cuando te vas. No necesita palabras: con su risa y su llanto te dice que te quiere.

Lili te da de pronto un beso porque sí, que es la mejor razón para besar.

Lili sabe jugar a la lotería: el árbol, la rosa, el sol, la garza. Se pone feliz cuando ella gana, y más feliz se pone cuando ganas tú.

Mi esposa le lleva hilazas de colores.

—Borda dos servilletas —le pide— una para ti y otra para mí.

—¿Cuál vas a hacer primero? —le pregunta su mamá.

—La mía —contesta Lili.

—No seas grosera —la regaña la mamá—. Haz primero la de la señora.

—La mía primero —insiste Lili—. Así ensayo, y luego la de la señora me va a salir mejor.

Lili es una niña Down. Es decir, un ángel que sabe amar con el más puro amor.

P

En noviembre, las noches en el Potrero de Ábrego son frías. Se reúne la gente en las cocinas y se cuentan las historias mil veces ya contadas.

Le piden a don Abundio que repita aquella de su esposa y su nieta. No se hace del rogar. Una de sus nietas, narra, se iba a casar y se le veía inquieta, desasosegada. Doña Rosa, mujer de don Abundio y abuela de la novia, le preguntó a la joven por qué andaba nerviosa. Respondió ella, tímida y avergonzada:

—Es que me da miedo eso que el hombre le hace a la mujer cuando se casan.

En el Potrero la delicia mayor de la gastronomía es el queso con piloncillo, postre el más rico que se puede disfrutar. La abuela le preguntó a la nieta:

—¿Te gusta el queso con *piloncío*?

—Mucho —contestó la futura desposada.

Y le dijo doña Rosa:

—Pos aquello es más mejor.

Al oír el final de ese relato los hombres sueltan siempre una gozosa carcajada y las mujeres se tapan la boca con el chal para que no las vean reír. Doña Rosa meneaba la cabeza con disgusto y le dice a don Abundio:

—Cómo eres hablador.

Nomás al coger el taco se conoce al que es tragón.

P

Esta sencilla planta tiene nombre musical: se llama *garambullo*.

Crece en las faldas de la loma, y en los primeros días del verano da una flor de un suave color lila. Las mujeres buscan sus hojas, y con ellas hacen un té que hace bajar la fiebre.

Miro la pincelada de color que el garambullo pone en el ocre del lomerío y me parece que esta flor es un asomo de sonrisa en el adusto rostro del paisaje sin lluvia. Aun en la tristeza del seco la naturaleza se las arregla para sonreír.

Busco en un libro —¡tantas cosas se encuentran en los libros!— el nombre que en ciencia tiene esta sencilla planta, y aprendo que se llama *Rosa Montezumae*. Rosa de Moctezuma.

Ahora también sonrío yo: en el adusto rostro de la ciencia he encontrado un leve asomo de poesía.

P

Hay en el cementerio de Ábrego una tumba. Sobre la losa se leen un nombre de mujer y dos fechas con una estrella y una cruz. Y más podría leerse, pero muy pocos son los que saben leer en una lápida.

«Fui hija del hombre más rico del lugar. Jamás tomé marido, porque a ninguno tuve por igual. Una mañana, de pronto, me miré en el espejo y supe que era vieja. Y una tarde el mismo espejo reflejó mi ataúd. Ya estaba muerta.

»Siempre lo estuve, ahora lo sé. Pensé que la vida consistía en cuidar mis posesiones y contar mi dinero, temblando al menor ruido. Ahora sé que debí darlo todo, darme toda, porque acá donde estoy no tengo nada. Ni siquiera me tengo a mí misma.

»Si el dinero sirviera para comprar otra vida... Pero ni aun así podría tenerla: en las sombras de mi última agonía oí cómo mis parientes se disputaban lo que dejaba yo. En verdad nada fue mío jamás.

»Si viviera otra vez, viviría...».

Hay en el cementerio de Ábrego lápidas que hablan de vidas bien vividas. Otras, como esta, hablan de vidas que fueron solo muerte.

Pa' ir a la querencia no hay burro flojo.

P

El barril se llenó con agua de la lluvia. Ahora espera a las muchachas. Ellas verán el reflejo de la luna en el agua del barril, pues creen que les mostrará el rostro del hombre que habrá de desposarlas.

¿Cómo cayó este grillo en el barril? Quién sabe. Se agita inútilmente en un vano esfuerzo por salir. Yo lo tomo y lo dejo sobre una hoja de retama. Luego regreso a mi quehacer, que es hacer nada.

Ya es de noche. Un grillo aserra el silencio de madera con su canción nupcial. ¿Será el mismo grillo al que salvé de perecer ahogado en el inmenso océano del barril? Quién sabe. Si lo es, él ahora me salva de perecer ahogado en el inmenso océano de la nocturna soledad.

P

Don Abundio, el viejo campesino del Potrero, es un hombre muy sabio. Tiene la recia sabiduría que solo pueden dar los abundantes años bien vividos y el cotidiano trato con la tierra. Yo se lo digo, y le digo que él sabe mucho más que yo. Me responde:

—Es que a usted le estorbó la escuela, licenciado.

Camino con don Abundio por la huerta. Los manzanos han empezado a dejar caer sus hojas, y las frondas de los ciruelos se van pintando de ocre.

Le digo:

—Se acerca ya el invierno, don Abundio.

—Sí —contesta él—. Y también se acerca ya la primavera.

Es hombre sabio don Abundio. No ignora que la vida se nos acerca siempre, aunque parezca que se va.

P

La mujer por lo que valga y no por la nalga.

P

Mi casa es muy sencilla y, sin embargo, hay en ella más, mucho más de lo que necesito.

En el momento en que esto escribo, por ejemplo, soy perfectamente feliz. La tarde es friecilla y llueve un poco. Miro la lluvia en el jardín y bebo una taza de yerbanís. El domingo pasado fuimos a la sierra y buscamos bajo los pinos esta amable hierba de flores amarillas con la cual se hace un té que sabe y huele a bosque. Bebo a pequeños sorbos la infusión y miro las volutas de humo azul que salen de la taza. Se oye a lo lejos, lejos, el fragor del trueno. Con perfecto sentido de la escena cae una hoja del duraznero y traza en el aire un dibujo japonés. Se va acercando la noche, poco a poco... Y me acerco a mí mismo, mucho a mucho...

La tarde en lluvia, mi taza de yerbanís, y yo conmigo... Hay quienes se preguntan de qué está hecha la felicidad. Por lo que a mí hace, hoy se hizo con esas tres cosas nada más.

P

Hay un silencio extraño hoy en huerto. No miro la cotidiana alfombra negra hecha de urracas, ni oigo en la ramazón de los nogales el martilleo de los pájaros carpinteros. Busco a la usual ardilla y no la encuentro. Mi perro Terry se detiene y vuelve a mí su mirada interrogante. ¿Qué sucede, que está todo tan quieto y silencioso?

De pronto se me aparece la respuesta. Vuela sobre los árboles un gavilán. Su vuelo es el callado vuelo de la muerte. Por eso han escapado las criaturas, o se esconden. Por eso está cerrada la carpintería y se ha disuelto el cóncave de urracas, y la ardilla no sale a revisar el mundo...

Pero allá arriba, en las cumbres del aire, revolean dos pájaros madrugadores, pequeñas aves de lomo gris y de amarillo pecho. Sus acrobacias son mutua declaración de amor en los umbrales de la primavera. Ellos no le temen al gavilán. En el árbol del cielo dicen la canción eterna de la vida, y su canción se escucha como himno de victoria en medio del silencio de la muerte.

Hoy los tragos, mañana los estragos.

P

El cementerio de Ábrego está en medio del campo. Quienes vivimos en el rancho somos, todos, vecinos del panteón.

Me dice don Abundio con su modo sentencioso de hablar:

—¿Se ha fijado usted, licenciado, que todas las propiedades colindan con el cementerio?

Por el tono en que habla siento que hay en sus palabras algo más que un dato de localización. Percibo en ellas un dejo de filosofía.

Es verdad: todas las propiedades, aunque no estén cerca del cementerio, son sus vecinas. No hay que dar mucha importancia a las cosas. De una manera u otra todas colindan con el cementerio.

P

Algunas tardes la tarde se pone impresionista y con neblina pinta paisajes desvaídos. En ellos se pierde el alma, y se reencuentra. Hay veces en que perderse es la mejor manera de encontrarse.

La bruma baja de lo alto de la sierra como un rebaño silencioso. Se mete por las calles y va borrando las casas poco a poco. En la mía estoy yo, viendo pasar esta callada nube. Todo se desdibuja, hasta el recuerdo. ¿En qué tarde así hubo otra tarde así?

El árbol que se veía no se mira ya. Quizás el árbol dice: «El hombre que se veía ya no se ve». Quizá...

Tiende tu mano y tócame para saber que existo. Di mi nombre, para escucharme. Ahora soy todo neblina. Ven. Si me abrazo a ti ya no me perderé.

P

P

Hay en el cementerio de Ábrego una tumba. La voz que de ella sale es débil voz, de modo que casi nadie la oye. Pero quien tenga oído para las voces débiles la escuchará.

«Fui una mujer enamorada. Creí en las palabras de un hombre, y más creí en el beso que me dio. Después se fue de mí, y aquel amor que era esperanza se convirtió en espera, y luego en desesperanza, y por último en desesperación... Hace dos años me morí. Digo mal: hace cuarenta y cinco años me morí. Porque eso fue mi larga soledad: una muerte sin tumba. Debería haber una cárcel para los hombres que matan a una mujer y ni siquiera se dan cuenta de que la mataron».

Eso dice la voz que sale de aquella tumba en el cementerio de Ábrego. La voz se escucha apenas, pero seguirá diciendo su dolor toda la eternidad.

P

He entrado en la cocina esta mañana. Siempre entro en ella cuando aún no sale el sol y duermen las cosas todavía. Despierto a algunas, no sin pena: el agua, la cafetera, la taza, la cucharilla del café... Pero hoy es tarde ya y el sol lo llena todo, y es la ventana abierta un gran camino por el que llega a nuestra casa el día azul de Dios.

Casi cierro los ojos con esa luz de la cocina. Pero miro el mantel a cuadros, y el acero bruñido de la estufa, y el rojo de las flores en el búcaro, y de repente creo que estoy ante los vitrales de una catedral, y siento lo mismo que sentí la vez primera que entré en la catedral de Chartres...

Todo es sagrado, lo mismo una catedral que la pequeña cuchara del café. En el alma de todas las cosas está el alma de Dios. Si algún día regreso a la catedral de Chartres recordaré ahí mi cocina, del mismo modo que ahora, en mi cocina, estoy recordando la catedral de Chartres.

P

El cura y el que cura no tienen hora segura.

P

Doña Rosa, la mujer de don Abundio, es mujer sabia.

Todas las mujeres son sabias, pues todas tienen la sabiduría de la vida. Pero ella tiene además otra sabiduría: la de la sencillez.

Doña Rosa, mientras teje, reza el rosario. Doña Rosa, mientras reza el rosario, teje. Explica: «Si rezo sin tejer siento que faltó algo. Si tejo sin rezar siento que algo faltó».

Esta humilde mujer pone en práctica, aun sin conocerlo, el lema de los benedictinos: *Ora et labora*. Reza y trabaja. Sabe que la oración sin obras es palabras, y que las obras sin oración carecen de sentido de la trascendencia.

Yo miro rezar a doña Rosa, y la miro tejer, y veo que en su oración están las verdades de la tierra, y que en su tejido están las verdades del cielo. Oración y tejido juntos. Y juntos cielo y tierra.

P

Esta flor se llama de Santa Lucía. Sus pétalos son azules como los ojos de cierva de esa amable doncella siciliana.

La flor de Santa Lucía se abre con la primera claridad del día y se cierra con el presentimiento de la noche. Dicen que a veces la flor despierta al fulgor de la luna llena. Entonces abre su corola en medio de la noche, igual que se abre el corazón de una mujer cuando le da en el pecho la luz de un alma amor.

Ahora tengo sobre mi mesa un búcaro con flores de Santa Lucía. El ramillete de azules ojos pone en la habitación su plenilunio. Yo lo miro; voy luego a la ventana y miro el cielo. Y es el cielo una gran flor de Santa Lucía, y son las flores un pequeño resumen de lo celestial. ¿Serán todas las cosas una misma cosa? No lo sé. Esa sabiduría pertenece solo al cielo y a la flor.

P

P

Quiero que alguien me diga: ¿existe aún el delantal?

En épocas pasadas esa prenda era la gala mayor de la mujer. Hablaba de sencillez y de limpieza, de trabajo y orden. Hecho de tela humilde, apenas lo adornaban unos holanes y las cintas con que se ataba por atrás. En sus bolsas nuestras mamás guardaban cosas importantes: el chupón del niño más pequeño, un curita para caso de apuro, algún carrete de hilo...

Ayer entré en una cocina de rancho. Sobre la silla de tule estaba un delantal, dejado ahí al desgaire. Si Andrew Wyeth lo hubiese visto lo habría pintado al mismo tiempo como la más perfecta naturaleza muerta y como el más cabal retrato de la vida. Era el símbolo del reposo. Su descanso hablaba de la tarea cumplida.

Supongo que ahora las feministas mirarán con desprecio el delantal, y verán en él un emblema de antigua servidumbre. A mí esa prenda me dice cosas entrañables del tiempo en que la mujer era señora de su casa y vestía con orgullo el real manto de un humilde, magnificante delantal.

P

P

• Cuántos años tiene ese ventanal con rejas de madera? Abro los grandes postigos en la casa del rancho, entra la gracia de Dios y llena mi cuarto con su aire y con su sol. Me ha despertado un pájaro carpintero telegráfico que clavaba sus claves en los barrotes de encino de la ventana antigua.

Ya pregunté a don Abundio, a don Eufemio, a don Crispín, los mayores del rancho, y todos me dicen que el ventanal ya estaba ahí cuando ellos eran niños. A través de las rejas miro el huerto: otra vez los oscuros ciruelos se han llenado de rubíes rutilantes, ciruelas ya maduras que proclaman desde las ramas su dulzor.

En mi ventana las viejas maderas que pusieron los hombres que ya no están aquí... En el huerto los árboles mozos que seguirán dando su fruto para los niños que aún no llegan a este mundo... Y en mí y en cada uno la vida, antigua y nueva, la eterna vida en que se cumple la promesa de la vida eterna.

P

Si no va el dueño va el daño.

P

Hasta el último rincón de nuestra casa huele por estos días a madreSelva. Entrás en la sala y la hallas perfumada por aquel suave olor. Vas a las recámaras y te sigue el aroma.

Hay formas de grabar las imágenes y los sonidos. ¿Por qué no han inventado una manera de grabar las sensaciones del olfato? En vano me esfuerzo en recordar el olor de los libros de mi infancia, amorosamente forrados por mi madre. Quisiera, y no puedo, evocar el perfume que trascendía mi abuela —a misal, a yerbabuena, al humo del cigarrito de hoja— cuando me estrechaba junto a sí. Ayer besé el cabello de Mariana, mi pequeña nieta, y ya no puedo recordar su suave olor.

Si hubiera modo yo grabaría el aroma de esta madreSelva. ¿Qué secretos mensajes hay en él? ¿A quién le habla la flor con su perfume? No lo sé. ¿Quién puede saber lo que hay en un perfume? Lo aspiraré ahora; lo olvidaré después.

P

En el pequeño cementerio de Ábrego hay una tumba florecida. Si pudiésemos oír las vivas voces de los muertos esto es lo que oiríamos:

«Durante muchos años me pregunté de dónde venimos los hombres y hacia dónde vamos. Luego pensé que nadie sobre la tierra sabe la respuesta a esas preguntas: no podemos saber qué hay antes y qué habrá después de nuestra vida. Llegué, por lo tanto, a la conclusión de que nuestras preguntas deben ser en torno de la vida. Me pregunté acerca de cuál debe ser el fin de la vida del hombre en este mundo. Y mi respuesta es la siguiente: mientras viva el hombre debe procurar ser feliz y dar felicidad a los demás; debe ser bueno y hacer el bien a los demás. No sé si mi respuesta sea la justa. Pero mi tumba tiene flores».

P

No vengo por ti, ventana; vengo por la que se asoma.

P

Este pájaro de percusión, el carpintero, le pone ritmo y son a mis mañanas. Ahora estamos trabajando él y yo, ambos para ganar la vida. El ave baterista da golpes en el tronco, y en el teclado yo. Su *toc toc toc* y mi *tac tac tac* llenan el aire del huerto y van por los aposentos de la casa.

Estamos haciendo música los dos. No sé si él me acompaña a mí o yo lo acompaño a él. Pero nuestra música es buena. Es música de trabajar. Hoy por la noche los dos iremos a dormir contentos.

Una cosa le envidio al carpintero: él hace el bien con su labor, pues salva al árbol de los insectos que lo pueden acabar. Yo, en cambio, dudo de mi quehacer de cada día. Ganas me dan de pedirle al carpintero que venga a sacarme el insecto de esta duda. Pero él tiene su trabajo y no lo debo distraer. También me he distraído yo del mío. Sigamos la tarea, carpintero. Tú con tu *toc toc toc*, yo con mi *tac tac tac*. Con esa música y esa letra se compone la canción de la vida.

P

Don Abundio suele beber antes de la comida una copita de mezcal —a veces dos—, y acabado el yantar se fuma un cigarrito de hoja. A veces dos.

Cierto día lo visitó en su casa de Ábrego el ministro de una de esas novísimas sectas de extraño nombre y raros pensamientos. Percibió el aliento de don Abundio y le dijo con tono de severidad:

—¿No se ha puesto a pensar en el disgusto que tendrá el Señor el día que usted muera? Llegará a su presencia y Él sentirá en su aliento olor a bebida alcohólica y tabaco.

—No se preocupe, reverendo —respondió el viejo, socarrón—. Cuando muera pienso dejar mi aliento aquí.

Sabio viejo es este viejo. Tiene la rara sabiduría que consiste en distinguir las cosas de este mundo de las cosas que no son de este mundo.

P

*No hablemos mal de los perros
hasta estar lejos del rancho.*

P

Flota la luna en el gran charco de la noche, como una flor caída, y canta el grillo su pertinaz canción.

Llueven todas las lluvias de la lluvia; todo el paisaje se disuelve en agua, y se oye siempre el serrucho del porfiado grillo.

Sopla el viento del sur, tibio con el recuerdo de lejanas selvas, y canta el grillo, canta... Luego llegan del norte las ráfagas primeras del invierno y el grillo sigue diciendo su monótona recitación.

Este mínimo chantre es mi maestro. Apunto en mi cuaderno su enseñanza: la vida nunca deja de cantar; tú nunca dejes de escuchar su canto, y añade a él tu propia canción, aunque sea humilde y pequeña como la del grillo.

P

Este pequeño duraznero floreció como el amor: de la noche a la mañana. Juro que ayer lo vi sin hojas y sin flores, y hoy que pasé frente a él me saludó con el verdor de sus primeros brotes y el rosa desvaído de sus pétalos.

El infantil duraznero nos anuncia que la próxima visita que recibiremos será la de la primavera. A lo mejor se engaña y viene una helada inverniza a tronchar la esperanza de su fronda y su temprana flor. Pero el árbol niño ya nos dio la alegría de haber vivido, y en años venideros será promesa y fruto.

Los otros árboles duermen todavía. Conocen el difícil arte de la espera. Pero el primero que nos dio su amor fue, con su prisa, esta suave criatura vegetal. Aunque luego se vaya estará aquí. Dure lo que dure, el duraznero durará.

P

Por un besito ni dos a nadie castiga Dios.

P

Abundio no tiene *tente*.

Así dice doña Rosa cuando habla de su esposo. Y al decirlo usa la expresión empleada en el Potrero para aludir a quienes no sujetan sus palabras o hechos a los límites de la discreción.

Yo digo que el viejo sí tiene *tente*, pero no lo usa si no le da la gana. Eso me pone a veces en apuros. Nada menos el otro día un invitado mío le preguntó:

—Don Abundio: ¿vivió usted aquí toda su vida?

—Todavía no lo sé —respondió él—. Pero sí la que he vivido hasta la fecha.

El visitante lo mira sin entender. Yo, que conozco a don Abundio, lo entiendo sin mirar, pues vuelvo la vista a otra parte para no reír con el desconcierto de mi amigo. Y es que, bien vistas las cosas, a la respuesta del viejo le sobró de lógica lo que de gramática le faltó a la pregunta de su interrogador.

Don Abundio sí tiene *tente*.

Pero lo usa solo con quien debe usarlo.

P

En la penumbra de la duermevela oigo la voz de un pájaro hecho música. ¿Qué insólita ave es esta que canta entre las brumas del otoño? Voy a la ventana y busco en el árbol al anacrónico rapsoda. No lo hallo; las ramas están desnudas de fronda y de canción.

Y, sin embargo, escuché trinar de ave. ¿Acaso el viento removió las arias de la primavera, aquellos cantos que se quedaron enredados en la ramazón, y los hace sonar otra vez, fantasmas de romanzas idas? En la casa de mi niñez se oían voces de repente, y nos decía la abuela que eran pláticas de los antepasados cuyos ecos habían quedado en un rincón y de ahí las sacaba un golpe de aire.

¿Será también el canto que escuché un eco revivido? Quién lo sabe. En todo caso sé que el viento invernal removerá algún día las ramas del corazón aridecido, y de este saldrán recuerdos, como canciones de ave que se fue.

*El avaro rico y el cochino no son buenos cuando vivos.
Mas cuando muertos están, ¡ah qué buenos ratos dan!*

P

Hay en el cementerio de Ábrego una tumba olvidada. No hay olvido mayor que el de una tumba olvidada. En esta, sin embargo, puede oírse una voz:

«Cuando se embriagaba el maestro de la escuela solía decir que no hay alma ni Dios, y que todo termina con la muerte. Pero yo desde entonces ya sabía que eso no es cierto. Yo, que apenas aprendí a leer, sé que hay cosas que no se ven y, sin embargo, existen. Se puede ver el grano de trigo, pero no ves el alma que trae dentro hasta que lo sepultas en la tierra y el grano muere, y de él sale la planta: las hojas verdes, el tallo, la colmada espiga. Cuando la muerte me llegó presentí que algo no moriría en mí. Ahora sé que bajé a la tierra, como el grano de trigo, y que la muerte liberó una vida que llevaba en mí sin conocerla, del mismo modo que el grano de trigo no conoce la espiga que va en él. Solo quien no ha visto un grano de trigo puede creer que la vida termina con la muerte».

En el cementerio de Ábrego hay una tumba olvidada que nos recuerda muchas cosas.

P

Este nogal que tengo en el Potrero es alto y es hermoso. Lo planté hace veinte años y creció al amparo de una pared de adobe que lo protegió de los nortes invernales. Un día cayó aquel viejo muro, cuando las grandes lluvias de 1985, pero ya el árbol podía resistir, y fue como un fornido brazo que se alzara para tocar el viento. Yo me gozaba viendo desde la loma su verdor, y en las mañanas de domingo me sentaba a su sombra para ver pasar las nubes, para ver pasar la vida.

Las nueces que da este árbol son grandes y son suaves, tan suaves que algunas se quiebran al caer. Las buscamos nosotros, y las buscan también los pájaros y las ardillas, y esos otros inquietos pájaros y ardillas que son los niños de la escuela. Para todos da nueces este amable señor del cielo y de la tierra.

Ahora el nogal tiene el color del oro. Al final de la tarde veo caer sus hojas y me parece que caen del cielo pedacitos de crepúsculo.

Si la caca se vendiera el pobre no tendría fundillo.

P

La encontré en el camino. Era muy de mañana; apenas brillaba el sol en los picos gemelos de Las Ánimas. Se despedía el último vientecillo de la noche bebiéndose a la carrera las copas de los oscuros pinos.

Yo la reconocí, pues muchas veces ya la he visto. Es joven y es hermosa. Camina con paso apresurado —ya demasiado rápido, me temo, para mí—, y suele cantar una canción que me hace recordar la juventud.

—Llegas puntual —le dije—, como siempre.

—También con puntualidad luego me iré —me respondió.

—Pero regresarás ¿verdad?

—Siempre regreso.

—Ya lo sé. Regresarás, aunque ya no esté yo.

—Tú también estarás.

Así me dijo, y siguió caminando presurosa. Anoté en mi libreta la fecha del encuentro: marzo 21.

P

Soplan los grandes aires de febrero y por el campo ruedan los arbustos que en el Potrero llaman *bruja*s y en otras partes les dicen *rodadoras*. Las viejas películas del oeste mostraban esas plantas, con añadidos de ulular de viento y polvo cegador, para dar idea de desolación.

Pero sucede que en la naturaleza no hay desolación. Eso es invento de hombres. Rueda la rodadora y va dejando en el suelo su semilla, que de otra forma no podría esparcir. Esta visión no es de muerte, sino de vida, de nueva vida que en primavera reverdecerá.

Febrero loco llaman al segundo mes... Si todas sus locuras son como esta, entonces la de febrero es una locura muy cuerda.

P

Des' que mi esposa trabaja, de pendejo no me baja.

P

El vino, dice don Abundio, no tiene vergüenza.

—Por eso —añade— hace desvergonzado a quien lo bebe mucho.

Me aconseja ese sabio viejo recelar de dos especies de hombres: los que beben mucho y los que no beben nada. Aquellos, dice, no hacen más que hablar; estos —aún peores— no hacen más que oír.

Tiene una frase don Abundio a propósito del vino:

—No debe tomarlo el que no sepa mearlo.

Es decir, que no lo tome quien no lo pueda administrar. El vino toma a quien no lo sabe tomar. Beberlo y disfrutarlo es hacerlo amigo; dejarse dominar por él es convertirlo en enemigo capaz de destruir.

De veras: en tratándose del vino, que no lo tome el que no lo sepa mear.

P

En el jardín las plantas se preguntan si las heladas del invierno terminaron ya.

Después de la nevada se asustaron todas y ahora tienen miedo. Aunque ahora el día es radiante y el cielo azul y el sol esplendoroso, ellas no se confían y siguen envueltas en sí mismas.

Si yo tuviera la humildad de San Francisco platicaría con la flor y le diría que mire al nogal. El viejo árbol preside con su saber el pequeño universo de mi casa. Cuando presente sus primeros brotes eso querrá decir que la amenaza del frío pasó ya.

Por desgracia, no puedo hablar con la flor ni prevenirla del peligro, ni aconsejarle que espere a que el nogal le muestre que es tiempo ya de renacer. Si la flor se abre al viento y llega otra vez el hielo y la marchita, esa será mi culpa, por no tener la pobreza de espíritu que se requiere para hablar con la majestad de la sencilla flor.

P

Con esto y un buen bizcocho, hasta mañana a las ocho.

P

Hay en el cementerio de Ábrego una tumba. Quienes saben oír lo que las tumbas dicen pueden escuchar esto:

«La gente pensaba de mí que estaba loco. Iba sin compañía por los montes; en ellos me pasaba los días, y a veces las semanas. No sabían que buscaba una mina de plata cuya existencia conocía.

»Persiguiendo la plata hallé otra cosa. Me enamoré del bosque, de las criaturas que lo habitan, de los pinos catedralicios, del agua que brota de los manantiales y corre luego por entre el musgo y los helechos. Me volví parte de eso. Mi gloria mayor la sentí el día en que una cierva se puso a beber a mi lado sin temor.

»Una vez, por azar, hallé la plata. Ahí estaba la veta, ancha y brillante como un río. Con ella haría fortuna. Pero pensé en los hombres que decían de mí que estaba loco. Ellos sí perderían la razón por esa veta; arrasarían el bosque y ni yo ni la cierva íbamos ya a poder beber agua sin temor. Y no toqué la plata. Allá está, muerta. Allá, en el bosque vivo».

Así dice esa tumba del cementerio de Ábrego. Su voz es silenciosa para que no la escuche nadie que no la deba oír.

P

«Abracijos no hacen hijos, pero son preparatijos».

«Ese refrán lo usaba mamá Gracia, bisabuela mía, para advertir a sus nietas en edad de merecer sobre los riesgos de dar demasiado vuelo a las inclinaciones naturales. Todo se podía hacer, amonestaba, pero dentro de los límites de la virtud. Después del matrimonio, aseguraba como en vaga promesa, la virtud extendía sus límites considerablemente.

Aquel mocetón que vino del Potrero a cursar los estudios de preparatoria, entró en abracijos con la joven criadita de la casa donde se asistía. Para lograr la entrada a lo vedado dio a la muchacha, que era decente, casta y honesta, promesa formal de matrimonio. Los mozos del Potrero tienen muy buena puntería, lo mismo con el rifle veintidós que con la reglamentaria. Así, a las primeras de cambio puso a la muchacha en estado de buena esperanza. Ella se lo anunció, contenta, pues se alegraba con la promesa de vida que llevaba dentro de sí y, además, tenía la seguridad de que el amado le cumpliría la palabra dada. Pero el amado, la verdad sea dicha, no tenía ninguna intención de cumplir sus juramentos. ¿Qué amante hay que los cumpla? En el ardimiento de la pasión se dicen muchas cosas. Muy bien lo expresó Ovidio en su *Arte de amar*: *Iuppiter ex alto periuria amantum ridet*. He citado de memoria; no sé si habré citado bien. En todo caso eso quiere decir: «Desde lo alto Júpiter se ríe de los falsos juramentos que hacen los enamorados».

Hizo el galán lo que en estos casos se acostumbra hacer: puso tierra de por medio. Se fue al Potrero de Ábrego. A nadie había dicho que vivía allá, de modo que nadie iría a

buscarlo. Llegó un sábado por la tarde en la troquita del mandado —la esperó en Jamé—, y confesó a sus padres lo que había hecho. Puso ufanía al relatar: en el rancho es bien mirado el hombre capaz de inflarle el vientre a una mujer.

Se preocupó la madre. ¿No buscarían a su hijo el papá y los hermanos de la joven? Esas búsquedas casi siempre acababan en velorio. Él la tranquilizó: nadie sabía que era del Potrero. Don Antulio, el padre, oía adusto la conversación. Salió de su mutismo para preguntar:

—¿Era señorita esa muchacha?

—Sí, apá —respondió el mancebo. Y lo dijo también con voz de orgullo, como preciándose del triunfo conseguido.

—Y ¿le hizo mi hijo promesa de matrimonio a la muchacha?

Vaciló el galán al contestar, pero dijo la verdad.

—Sí, apá.

—Entonces debe casarse con ella —decretó el padre.

La mamá se escandalizó. ¿Casarse su hijo con una criada?

—A esa criada su hijo le hizo un hijo —respondió don Antulio hablándole de usted a su mujer, como lo hacía siempre—. Es el padre de esa criatura.

—¿Te quieres casar con la muchacha? —preguntó, temerosa, la mamá.

—No —respondió el mozo.

—Entonces no te cases —lo apoyó la señora.

Don Antulio no dijo más. Se levantó y salió del cuarto. Hijo y madre se vieron, ya tranquilos. Oyeron, sin embargo, un ruido afuera. Era del mollejo, la piedra giratoria que servía para afilar cuchillos. Salieron los dos. El viejo estaba dando filo a su navaja. Habló él antes de que le preguntaran:

—Si mi hijo no cumple su promesa es que no es hombre. Le voy a quitar lo que le sobra.

Se casó el muchacho con la criadita, y esta fue buena mujer de su casa, madre excelente de sus hijos, y amable cuidadora de sus suegros en su vejez tranquila. Es abuela ahora de diecisiete nietos. Y colorín colorado, el cuento está acabado.

Digo mal: con diecisiete nietos ningún cuento está acabado.

P

No conozco hombre más socarrón que don Abundio, el del Potrero de Ábrego. Sus hechos y sus dichos llenarían varios tomos de tomo y lomo.

Ayer me contaron de la vez que el viejo se lanzó como candidato a comisario ejidal. La elección sería reñida pues se había postulado también Antonio Gauna, el de la tienda, quien amenazó con dejar de fiarles a los que no se unieran a su campaña.

Don Abundio contraatacó con un ofrecimiento: al que votara por él le regalaría un par de zapatos.

Doña Rosa, su mujer, le dijo:

—El voto es secreto. ¿Cómo sabrás quién votó por ti?

No respondió el viejo. El día de la elección le dio un zapato a cada uno de los que fueron a votar, y le dijo:

—Si gano te daré el otro.

Ganó.

P

Dice la noche: «Hasta la noche», y deja el sitio al nuevo día.

¡Qué día tan nuevo es este día! Los pinos se desperezan, y al estirar sus ramas dejan caer una mínima lluvia de rocío. Sobre la plana azul del cielo dos cuervos hacen caligrafía en tinta negra. Muy a lo lejos el humo de una chimenea es vaho de jacal que tiritita en el frío mañanero.

Pasé la noche en la cabaña de la sierra. Subir a lo alto me enaltece. Aquí las estrellas pueden tocarse con los dedos. No quiero alzar la mano por encima de mi cabeza pues veo pasar la cintilante luz de un jet y temo derribarlo.

A solas con la noche y el día, con las estrellas tan cercanas y el jacal tan lejano, con las cosas que cuentan; aquí, a solas con mi propia compañía, no me perturban ni me inquietan las cosas que suceden. ¿Quién es capaz de devaluarme esta montaña, este cielo con cuervos, el humo de la cocina campirana, el pan sencillo que da Dios?

*Tres cosas pide el dinero:
saberlo ganar, saberlo disfrutar, saberlo despreciar.*

P

Hay en la huerta cóncave de urracas. Parecen las ruidosas aves mujeres enlutadas que chismorrean en el velorio de un marido.

Las urracas no tienen buena fama. La leyenda —con música de Rossini— las tacha de ladronas. Yo no sé si lo sean, pero sí sé que son muy descaradas.

Se sienten las dueñas del lugar, y te hacen sentir inoportuno huésped.

Pero si no hay urracas en la huerta llega el silencio y ocupa su lugar. Entonces se oye el tiempo, y las cosas dejan por un momento de existir. Es necesario, entonces, que vuelvan aquellos pájaros parleros, pues con sus gritos se despierta el mundo y otra vez echa a caminar.

Toda criatura tiene su razón de ser. La razón de ser de las urracas es su sinrazón. Bienvenida sea la sinrazón de las urracas: en el huerto del mundo esa sinrazón hace menos daño que la sinrazón del hombre.

P

Sin hojas ya se miran en el huerto los manzanos. Rindieron en agosto su cosecha de manzanas de oro y púrpura y ahora descansan en el silencio de los días nebulosos.

Yo los contemplo, al mismo tiempo recuerdo y esperanza, y le digo a don Abundio que a esos árboles yo los quiero mucho.

—Son como hijos —le digo.

—No —me corrige él—. Son como hijas.

Le pregunto:

—¿Por qué son como hijas?

Y me responde:

—Porque nunca se van.

Yo no pregunto más. Guardo silencio. Ante un paisaje como este, y ante una sabiduría como esta, lo mejor es guardar silencio.

P

Vino: el que no sabe mearlo no debe tomarlo.

P

Este año enloquecieron los rosales.
Así dice mi mujer.

Si acaso enloquecieron, digo yo, su locura es alegre y cada rosa es una risa. Hay risas rojas y blancas y amarillas, y hay también risas de color de rosa.

Días grises mandó en invierno Dios. Días negros ha pintado por estos días la maldad del hombre. Los rosales sonríen sus rosas; las sonríen lo mismo ante la indiferencia de los dioses que ante la humana crueldad.

Y es que esas rosas son la vida. Uno solo de sus pétalos tiene más fuerza que todo hombre y todo dios. Durarán un instante solamente, pero será un instante eterno.

Este año enloquecieron los rosales, sí.

P

Hay en el cementerio de Ábrego una tumba. Si pudiéramos escuchar las voces de las tumbas esto es lo que oíríamos en esa:

«Siempre quise más tierra. Avaro de terrones fui. Con nada me conformaba; ambicioné cada día una extensión mayor. Me apoderaba de la heredad de mis vecinos; arrebaté lo suyo a mis hermanos; quería poseer todas las tierras; quería poseer toda la tierra.

»Se llegó el día de mi muerte y supe que en vez de buscar más tierra debí buscar más cielo. Porque ahora que tengo toda la tierra que necesitaba sé que realmente no necesitaba mucha».

Hay en el cementerio de Ábrego una tumba. Parece grande, pero es tan pequeña como todas las tumbas del mundo.

P

No hay pendejo que no sea terco.

P

• Qué leve mano de mujer puso una violeta entre las páginas de este libro de oraciones?
Hallé el devocionario en el fondo de una castaña, que así se llaman en el Potrero de Abrego los arcones donde las cosas se guardaban. Es grande y gruesa su tipografía, como hecha para ser leída por personas de vista fatigada ya. El desvaído azul de esa violeta pone una nota de color en la luctuosa severidad del libro.

Sentí una vaga contrición al verla. Quizá la mujer que ahí puso la flor estaba evocando algún amor antiguo. Yo profanaba su memoria. Cerré el devocionario y lo puse otra vez en su lugar. Ahora la tenue flor va en mi recuerdo como entre las páginas de otro libro que alguna vez alguien abrirá con una vaga sombra de remordimiento.

P

Entre las muchas bendiciones que de la vida —es decir, de Dios— he recibido está la de ser dueño de un pequeño pedazo de tierra. Fortuna grande es esa, pues Diosito bueno sigue haciendo todas las cosas de este mundo: sigue haciendo niños y pájaros y flores. Lo único que ya no hace es tierra. La que hay es la que hay y ya no habrá más, a menos que el mundo engorde o crezca.

Es señalada bendición, entonces, poseer aunque sea un trozo pequeñito de esa gran tierra de Dios, y más si —como en mi caso— ese solar está regado por una linfa cristalina que lo fecunda y lo hace florecer y dar su fruto.

Un día mi huerto dio cosecha, ubérrima cosecha de verduras: albas cebollas, rojos jitomates, verdes lechugas, purpúreos betabeles, repolludos repollos... Y no sabía yo qué hacer con abundancia tal. Don Abundio, el viejo sabidor que cuida de ese huerto, me hizo una sugerencia:

—¿Por qué no vamos, licenciado, a vender todo esto en el mercado sobre ruedas de Arteaga?

Le dije:

—No traigo la camioneta, don Abundio.

Y replicó él:

—No importa. Nos vamos en mi carretón.

Y allá fuimos, por las calles empedradas de la recoleta villa, en aquel viejo carretón de grandes ruedas ferradas tirado por una recia mula.

Llegamos al mercado del lugar y hallamos sitio junto a un rudo sujeto que al principio nos vio con mirada hosca, pero que nos permitió poner nuestro comercio junto al suyo porque no le hacíamos la competencia: él vendía maíz y frijol.

Ofrecimos nuestra mercancía a precios de rajatabla, como suelen decir los comerciantes, y en un dos por tres dimos cuenta de ella. Todo lo vendimos y nos retiramos muy ufanos.

Pasó un par de meses, y otra vez mi solar dio nuevo fruto. Pero ese día sí llevaba yo mi camioneta: flamantísima, de último modelo, color verde petróleo, recién salida de la

agencia. La llenamos con la nueva, ubérrima cosecha y nos encaminamos al mercado. Encontramos otra vez lugar junto al mismo individuo de la vez pasada. El de los granos. Quiero decir, el que vendía maíz y frijol. Mal encarado, nos vio llegar, miró la camioneta, y luego, con tono en que se traslucía un gran rencor, nos dijo estas palabras:

—Les ha ido bien, cabrones.

P

*Cual más, cual menos, de la cintura arriba
todos somos buenos.*

P

Sobre el poste más alto de la cerca está una ardilla. Su figura parece la ilustración de un cuento. No se mueve la ardilla. No mira al caminante que se acerca. La cabecita en alto, ve hacia el cielo.

Mira también el caminante y ve a un gavilán que traza sus pacientes círculos de cazador tenaz en torno del paisaje. Eso es lo que veía la ardilla. No contemplaba el paso de las nubes, ni la azul bóveda del cielo. Miraba la presencia de la muerte.

El caminante sigue su camino. Se ciernen sobre él las alas de Dios. De Él llegará la muerte, lo mismo que una vez llegó la vida. Esta y aquella —vida y muerte— son una misma cosa. La ardilla y el gavilán lo saben. También lo sabríamos los hombres si fuéramos un poco menos como nosotros y un poco más como ellos.

P

La fronda del viejo árbol cambió su verde oscuro por un ocre otoñal. Lo miro desde la ventana y me parece estar frente a un espejo.

Conozco este árbol desde que éramos niños; niño yo y niño el árbol. Tuvimos juntos nuestra primavera; juntos gozamos los días frutales del verano, y juntos hemos llegado a nuestro otoño. Quizá llegaremos también así al invierno. Nos iremos después; seguramente yo antes que él.

Pero luego vendrá otra primavera. Otro árbol nacerá y nacerá otro niño. Y se hablarán los dos, y se dirán:

—Hola. ¿Cómo te fue?

P

P

Don Abundio habla con mucha seriedad cuando va a decir algo que no es serio.

—Déjeme contarle algo que sucedió en el Potrero hace muchos años, licenciado, cuando ni usted ni yo nos le habíamos ocurrido todavía a Dios.

Me pongo en guardia. ¿Con qué me irá a salir ahora don Abundio? ¿Cómo me hará caer esta vez en el garlito?

—Lo que le voy a contar —prosigue él— es algo que le va a interesar mucho. Seguramente querrá escribir acerca de esto, pues lo que pasó es realmente fantástico y extraordinario.

Ahora soy todo oídos. A lo mejor de veras me contará esta vez algo digno de atención. Y empieza don Abundio.

—Había aquí un puente que medía ciento cincuenta kilómetros de largo...

—¿Ciento cincuenta kilómetros de largo? —lo interrumpo—. No puede haber un puente de ciento cincuenta kilómetros de largo.

—Licenciado —me dice él con voz grave—. Si no me cree lo del puente menos me va a creer lo demás. Ya no le sigo.

Se va muy digno; me deja con un palmo de narices. Otra vez se ha reído a mi costa el viejo socarrón.

P

P

Hay un girasol que nació y crece en un lugar desconocido. Nadie lo sabe, pero el sol sigue los movimientos de ese girasol. El dato que estoy dando es inédito, y de seguro causará asombro entre los especialistas. Generalmente se cree que los girasoles siguen el curso del sol. No es así: la verdad es que el sol sigue los movimientos de aquel girasol que nadie ve. Cuando por la mañana esa flor se abre al día, el sol abre también su corola de luz. Se va inclinando la flor de oriente hacia occidente, y el sol la sigue hasta el ocaso. Cierra la flor sus pétalos para dormir, y el sol apaga también su luz y duerme.

Todo esto no lo sabe nadie. Yo sí lo sé, pero lo voy a olvidar ahora mismo para no contradecir a los demás. La equivocación de todos suele dar más tranquilidad que la verdad de uno solo.

P

Buena cuenta es toma y daca; todo lo demás es caca.

P

Hay en el cementerio de Ábrego una tumba. Si supiéramos oír lo que las tumbas dicen escucharíamos esta voz:

«Dediqué mi vida a hacer dinero. Es decir, dediqué mi vida a no vivirla. El dinero fue la única razón de mi existencia, que por eso fue muy irracional. Tuve una esposa porque hice cuentas y me salía más barato que no tenerla. Tuve hijos porque pensé que los podría usar para allegarme más dinero.

»Llegué a la muerte sin conocer la vida. En los últimos instantes me asaltó una idea: debí haber trabajado menos; debí haber vivido más. Supongo que en el momento de la muerte nadie ha deseado haber trabajado más y haber vivido menos».

Eso nos dice la voz de aquella tumba. Por desgracia, las voces de las tumbas no las escucha nadie.

P

El gato gris al que llamamos Nube atrapó un ratón de campo.

Lo trae a la casa del rancho y nos lo deja en la puerta. Es un regalo. Nosotros le damos un manjar que solo goza cuando estamos aquí. Hay una oquedad en el piso de barro de la cocina y ahí le ponemos leche para que la beba. Ahora él corresponde con ese delicado obsequio, el ratón.

En la ciudad no tengo tiempo para sacar lecciones de las cosas. Pero aquí en el Potrero las reflexiones se dan como el durazno y la ciruela, en abundancia. Pienso en la gratitud del gato y en las ingratitudes de los hombres. Voy a la cocina y lleno con leche el hueco en el piso de barro. No quiero ser ingrato.

P

Es como la bacinica: nomás pa' una cosa sirve.

P

Don Abundio cuenta de un señor cuya autoridad era puesta en duda por uno de sus hijos. «Persígnate», le ordenó. El muchacho lo hizo. «En el nombre del Padre...», dijo llevándose la mano a la frente. «... y del Hijo», continuó llevándosela al pecho. «Hasta ahí —lo interrumpió el señor—. Fíjate bien: el Padre arriba y el Hijo abajo. Así son las cosas en el Cielo y así han de ser también acá en la Tierra».

P

Esta planta de mi jardín tiene un nombre simpático y amable: se llama *payaso*. Me gustaría mucho que la vieras. Más flores que hojas muestra, y cada flor lleva en sí todos los colores del arco iris, y otros que el arco iris no conoce aún.

Es bueno que, en el reino de la naturaleza, vasto reino donde hay plantas carnívoras, exista una de nombre reidor y traza colorida. Yo la miro y el alma se me ilumina como pintada por un niño dueño de todas las acuarelas y crayolas que en el mundo hay.

Que no se vaya nunca de mi jardín esta sonrisa de la naturaleza, y que me enseñe este payaso alegre a ser yo también payaso humilde que dé alegría a los demás.

P

Enfermedad es la mía; lo de mi vecino es maña.

P

Lo vieron el otro día cerquita de mi rancho.

Un oso negro, grande, con pelaje lustroso y señas de estar muy bien alimentado.

Hubo júbilo cuando se supo la noticia y se hizo un pacto tácito entre los campesinos: nadie molestará al animal cuando lo mire, ni menos aún intentará cazarlo.

¿Cuánto hace que no sabíamos de un oso por acá? Ya casi estaban en el olvido las historias que hablaban de esos gallardos habitantes del bosque y la montaña. ¿Por qué milagro ignoto apareció entre nosotros, mensajero de vida nueva, este grave y solemne visitante?

No lo puedo explicar. Y no me pesa: los prodigios no son para explicarse; son para agradecerse. Doy las gracias a Dios y a su representante personal, la vida, por el don de esta amable criatura que camina libre y tranquila por entre los altos pinos de mi sierra.

P

Mi amigo Harry Davis, antiguo compañero mío en la Universidad de Indiana, me visitó en Saltillo y lo llevé al Potrero de Ábrego. Ahí conoció a don Abundio. El viejo le preguntó:

—Perdone, señor: ¿de dónde es usted?

—De Nueva York —contestó Harry.

—¿Dónde queda eso? —quiso saber don Abundio.

—En los Estados Unidos —contestó mi amigo—. Al noreste.

—¿Muy lejos de aquí?

—No sé con exactitud. Unos tres mil kilómetros, quizá.

—¿Y a qué distancia de Saltillo?

—Lo mismo, aproximadamente.

—¿Y de la Villa? (Cuando la gente del Potrero habla de la Villa se refiere a Santiago, Nuevo León).

—También lo mismo, más o menos.

—¿Y cuánta gente vive donde vive usted?

—Unos diez millones.

—¡Pobres! —exclamó don Abundio compadecido—. ¡Tantos que son y tan lejos que viven de todo!

Más ara el dueño mirando que veinte yuntas jalando.

P

Me he quedado dormido en el sillón. El silencio de la cabaña y el rumor de los pinos me hicieron dormitar.

Y he soñado. En mi sueño soñé la lluvia. La pedí cuando llegué por el camino polvoriento y vi los árboles, fantasmas grises. Sueño que llueve y en mi sueño me alegro de soñar.

Algo me ha despertado. Es un respunte sobre el techo. Abro los ojos. Lo que me ha despertado es el ruido de la lluvia. Está lloviendo una lluvia mansa que se tiende sobre la sierra como una mano que acaricia. Ahora los árboles son ángeles con ropa nueva.

Me arrulla la monótona mecanografía del agua, y vuelvo a dormir, y vuelvo a soñar. En mi sueño sigue lloviendo. Sueño que llega el aire a hilar las nubes, y viene el sol a ver cómo ha quedado el bosque. Un arco iris construye entre las dos montañas su puente de colores. Ahora es el silencio lo que me despierta. Abro los ojos y veo los hilos de las nubes en el cielo, y los hilos del agua en el arroyo, y veo el sol, y veo el arco iris. ¿Esto es vida o es sueño?

P

Hay en el cementerio de Ábrego dos tumbas. De dos mujeres son. La una tuvo un hijo y nadie supo nunca quién fue el padre, pues ella no lo dijo. Pero al amor que nació de aquel oculto amor entregó toda su vida, y el hijo fue primero semilla, y luego flor, y después árbol a cuya sombra pudo descansar la mujer que lo cuidó.

La otra mujer condenó a la madre de aquel hijo sin padre. Le decía *pecadora*; se apartaba cuando la veía venir por el camino que conduce al rancho.

Murieron las dos mujeres al paso de los años. Ahora en la tumba de la mujer que tuvo semilla y flor y fruto nacen flores. En la otra se ve la piedra sola, como si la vida le diera la espalda a quien la espalda dio a la vida.

Hay en el cementerio de Ábrego dos tumbas. Pero una es más tumba que la otra.

P

P

Inesperadas visitantes, llegaron al Potrero dos aves que nunca habíamos visto en la comarca.

Una es de color rojo encendido, más rojo que una brasa o que un encendido corazón. La otra es amarilla, con ese amarillo que —decía Van Gogh— es el color de Dios.

Siempre andan juntas las dos aves. Nos preguntamos si serán pareja; rojo pasión el macho; vestida en oro la hembra. Les ha gustado la ventana que da de la cocina al huerto, y frente a sus cristales hacen sus vuelos y revuelos. ¿Irán a formar su nido en mi rincón?

Misterios tiene la vida, y más misterios aún tiene esa suprema forma de la vida: el amor. Yo no pregunto nada. Ni al amor ni a la vida hago preguntas. Pero aun sin preguntarles, el amor y la vida me responden. Yo amo porque vivo; y vivo porque amo. Esa es mi respuesta a los misterios.

P

Don Abundio y yo estamos en la casa de esta señora viuda que vive cerca del Potrero.

De pronto el viejo le dice a la mujer:

—Me pregunto, morena, y te pregunto, si alguna vez fuiste mía.

—Seguramente no —responde ella sin turbarse—. Si hubiera sido suya se acordaría usted. No soy mujer para olvidar.

—Ni yo soy hombre para recordar —contesta el viejo—. Cuando un hombre está con una mujer que no es la suya, la mejor cortesía que le puede guardar es olvidarla.

—Lo mismo digo yo —declara la señora—. Antes bien olvidada que mal recordada.

Yo escucho alelado esa filosa esgrima con palabras y pienso que un diálogo así es mejor que el de cualquier literatura. Es diálogo de vida, y la vida supera siempre a la literatura.

Aire por atrás, nomás el que sale es bueno.

P

Me dirijo al hermoso bosque de El Diamante, tan cerca de mi ciudad que casi lo puedo tocar desde mi casa. Es friecita la mañana; es clara y transparente igual que el agua de una noria.

Levanto la mirada y veo en el cielo un jet hecho de plata y luz del sol. Deja el avión tras de sí una larga estela. Parece una navaja que rasgara un manto azul y fuera dejando al descubierto el forro blanco. Yo me detengo a ver esa fugaz saeta y siento de repente como si estuviera en el fondo de un inmenso mar y viera allá arriba, muy lejos, sobre la superficie de las aguas, un barco diminuto con su cauda de espuma o de cristal.

Se pierde tras la montaña la saeta; la espuma se convierte en nube que se va. Me voy también, un punto bajo aquel cielo que de pronto se hizo mar. Llego al bosque, verde hijo de la tierra. Y pienso al caminar entre los pinos que todas las cosas son una sola cosa, y yo una cosa más entre ellas.

P

En medio de la noche la puerta se abrió sola.

Me hallaba yo perdido en esa vigilia en la que el cuerpo no está dormido ni despierto y el alma no está despierta ni dormida. Así, el ruido que la puerta hizo al abrirse fue como rasgar la oscuridad.

Me enderecé en la cama y encendí la pequeña lámpara sobre el buró. Algo sentí en el cuarto; una presencia indefinida. Luego, ahora en silencio, la puerta se cerró otra vez.

A mí me resulta muy difícil creer en lo sobrenatural. (Más difícil a veces me resulta creer en lo natural). Pero en la casa de Ábrego suceden cosas que, si no son sobrenaturales, tampoco parecen naturales.

Nos hemos acostumbrado a ellas, y ellas también se acostumbraron ya a nosotros. Así, volví a dormir tranquilo de alma y cuerpo. Y, sin embargo, sentí alivio cuando, al despertar por la mañana, vi que la puerta seguía cerrada todavía.

Con ese pecho yo canto hasta el Alabado viejo.

P

Le digo a don Abundio:
—Estoy envejeciendo.

Y me contesta él:

—Soy quince años mayor que usted, licenciado. A su edad todavía es uno joven.

El otro día me dijo un amabilísimo señor a quien hacía mucho tiempo no veía:

—Se ve usted muy bien, don Armando. Hasta parece que va rejuveneciendo. Es como aquel personaje de Oscar Wilde, ¿cómo se llamaba?, ah, sí: Ernesto.

Estoy envejeciendo, sí, pero no me siento viejo. Es más: me gusta tener la edad que tengo. A mis años tienes más experiencia, más recuerdos, más tolerancia, más serenidad, más tiempo para ti... Sobre todo, tienes nietos.

¿Se puede pedir más?

P

Enloquecido de vida este pájaro se bebe el sol y el aire y la mañana. En su vuelo teje los hilos de la luz; con su trino le pone música al paisaje.

Este pájaro se llama pájaro madrugador. Canta antes que los gallos, cuando todavía es de noche. Las demás criaturas sienten el nuevo día: él lo presiente. En la oscuridad se oye su voz de pronto. Nadie lo ve, pero él traspasa las tinieblas con su auroral promesa.

Yo amo a esta ave pequeñita. Es gris, y apenas un asomo de amarillo le colorea las plumas. Pero madruga siempre el pájaro madrugador para anunciarme el alba. Mínimo heraldo, en él saludo a la esperanza de la vida.

Ahora lo escucho: canta. Me está diciendo que pronto se romperán los velos de la noche y surgirá sobre la tierra un nuevo día de Dios.

P

Qué buenas son mis vecinas, pero me faltan tres gallinas.

P

Hay en el cementerio de Ábrego una tumba. Si la gente supiera oír lo que las tumbas dicen escucharía esto:

«Yo fui el sepulturero del panteón. Nadie jamás supo mi nombre, y nadie se interesó por conocerlo. Era el enterrador y nada más.

»Los niños me temían. Los hombres no me admitían en sus reuniones. Nunca tuve mujer: todas decían que olía a muerto.

»Y, sin embargo, yo di sepultura a sus padres y abuelos, a sus hermanos, a sus esposos e hijos. A falta de cura yo era el que les decía una oración a los difuntos y les echaba agua bendita que cada año iba a traer a la ciudad. ¿Qué recibía a cambio? Nada. Unas tortillas, frijoles, chile... Lo suficiente para que no muriera de hambre y pudiera seguir haciendo mi trabajo.

»Ahora estoy viejo y enfermo y ni siquiera sé quién me va a sepultar y quién me va a decir una oración...».

No sé quién enterró al enterrador. Y ni siquiera sé si esto que escribí es una oración para él.

P

Dos cueteros no se huelen.

P

Una lechuza ronda nuestra casa de Ábrego. Por las noches se posa en el *ocal* que crece frente al huerto. (Esa palabra, *ocal*, es una abreviatura de *ocalito*, deformación a su vez de *eucalipto*).

En una rama alta del alto árbol la lechuza repite su monótono *uh, uh*. A la gente del rancho esa canción le suena a amenaza. Yo la oigo como un lamento de melancolía.

Compadezco a esta criatura de la noche, tan calumniada y, por lo mismo, tan temida. O tan temida y, por lo mismo, tan calumniada. Dicen que es una bruja con vestido de ave y que su canto anuncia la desgracia.

Yo no lo creo, y en el silencio nocturno, apagadas todas las luces de la casa, escucho el dolorido *uh, uh*. Triste, muy triste es la canción. Y a mí me gustan las canciones tristes.

P

Don Abundio cuenta historias que a todos gustan y a doña Rosa, su mujer, disgustan. Siempre que su marido acaba uno de sus relatos dice ella:

—Viejo hablador.

La que contó anoche trata de un hombre que sospechaba que su esposa le ponía el cuerno. Un día llegó a su casa cuando no se le esperaba, y en la sala le preguntó:

—¿Quién estuvo aquí?

Respondió ella, nerviosa:

—Nadie. Nadie.

Dijo él con recelo:

—¿Y luego el vuelito de la mecedora?

Y es que el tipo que había estado con la dama se levantó a toda prisa de la mecedora a la llegada del marido para escapar por el corral, y al hacerlo la dejó meciéndose.

Termina don Abundio:

—Desde entonces lo primero que hago al volver a mi casa es fijarme en la mecedora.

Todos ríen. Y doña Rosa, con enojo:

—Viejo hablador.

Quien con tartamudo pasea, al mes ya tartamudea.

P

Algo a caminar por la huerta de nogales cuando apenas empieza a alborear el nuevo día. Hay una liebre ahí que bebe en la hierba el rocío de la mañana y come la primavera a brotes.

Yo quisiera pasar junto a esa criaturita y saludarla, amiga cotidiana. Pero ella nunca espera. Tan pronto advierte mi presencia escapa con asustados saltos por el aire y desaparece en la penumbra.

Entonces me viene a la memoria el día malo en que maté una liebre, juvenil cazador sin ciencia de la vida o de la muerte. ¿Es esa misma liebre la que ahora huye de mí como de un pérfido enemigo? ¿Quedó mi crimen para la eternidad en la memoria de las liebres? No lo sé. Pero esta pequeña criatura siente miedo cuando me ve, y se va adonde yo no pueda verla. A mí eso me llena de vergüenza, y quisiera con todo el corazón no haber matado nunca a aquella liebre.

P

Yo quiero al árbol de pirul porque nadie lo quiere.

En el Potrero tiene mala fama. La gente dice que su sombra enferma, y que en sus ramas vive la lechuza, ave agorera de la muerte, presencia de una bruja. Su leña no prende en el fogón, y su humo hace llorar.

El pirul no oye el mal que de él se dice, y se dedica a ser lo que es: un árbol. Crece donde los otros no pueden crecer: en el suelo de roca; en el lugar del huerto donde no da el sol. Si no fuera por el pirul, el paisaje del rancho sería gris.

Escribo estas palabras para dar gracias al pirul por ser tenaz y humilde. La vida tiene su misma humildad y su constancia. El pirul sabe ser árbol. Esa es su sabiduría, no necesita ninguna otra. Pondré en su tronco estos renglones míos de alabanza, aunque sé que de ellos hará el mismo caso que de la gente que dice que su sombra es mala, que en sus ramas hay brujas y que su leña hace llorar.

*Con los pendejos ni a misa,
porque se voltean p'al coro.*

P

Hay libros llenos de sabiduría y discursos colmados de verdad. También hay frases sabias, verdaderas. En ocasiones, sin embargo, toda la verdad y toda la sabiduría pueden caber en una sola palabra.

Hace muchos años murió en el Potrero un hombre, el más rico señor de la comarca. Era dueño de tierras y de casas; el ganado de sus agostaderos no se podía contar; él mismo ignoraba cuánto dinero tenía.

En su funeral uno de los presentes inquirió en voz baja:

—¿Qué dejó?

Con una palabra le contestó don Abundio:

—Todo.

Tenía razón: nada nos llevaremos con nosotros. Todo tendremos que dejar. Al final, dijo otro sabio, solo nos quedará lo que hayamos dado a los demás.

P

No brilla aún el sol cuando el amanecer opaco se ilumina con la canción de un pájaro en el árbol más alto del jardín.

¿De dónde vino este insólito tenor? No empieza todavía la temporada de primavera y ya él ensaya sus acrobáticos arpegios. Es un ceniztle esta ave: las cuatrocientas voces que tenía en tiempos de quienes así lo bautizaron se han multiplicado. Ni Mozart fue capaz nunca de tales variaciones.

Llega al árbol el sol para escuchar aquel concierto. Por la ventana entran al mismo tiempo la luz y la canción. Poseído de resplandor y música yo salgo a la mañana, y es la mañana toda un sol canoro y un pájaro de luz. Junto del árbol soy otro árbol. Algunos hablan de *la vida eterna*. Yo la acabo de sentir.

P

El sapo a la sapa la tiene por guapa.

P

Hay en el cementerio de Ábrego una tumba. Si los hombres supieran escuchar lo que las tumbas dicen, en aquella oírían estas palabras:

«Viví ciento un años. Fue igual que si hubiera vivido solo uno. Nací, y cuando recordé ya estaba muerto. Vi nacer y morir hijos y nietos. A tres mujeres traje a este panteón. Amigos y enemigos se fueron uno a uno; a todos los que conocí se los llevó la muerte. De pronto me vi solo en mi casa. Decir mi casa es lo mismo que decir mi mundo, de modo que de pronto me vi solo en el mundo.

»Ahora estoy aquí, y es casi igual que estar allá. Morí, y cuando recordé ya estaba vivo, con otra vida que en la primera nunca pude imaginar. No me es dable decir qué vida es esa, pero ustedes la conocerán, como conocen ahora la que están viviendo. Viví ciento un años. En esta nueva vida voy a vivirlos todos».

Hay en el cementerio de Ábrego una tumba. Su voz es voz de eternidad.

P

En el Potrero hay una cruz que nombran de Rivera. Señala el sitio de una tragedia oscura. Sucedió hace tantos años que ya nomás los viejos tienen de ella algo como una sombra de recuerdo.

Sucedió que un hombre apellidado Rivera peleó ahí a puñaladas con un desconocido y cayó muerto con el arma de su rival clavada en el estómago. Huyó el homicida por las veredas de la sierra y nadie volvió a saber de él.

Pasó el tiempo, pasó mucho tiempo, y una mañana apareció el cadáver de un desconocido colgado de uno de los brazos de la cruz. En la bolsa de la camisa del ahorcado la autoridad halló un escrito. «Yo también soy Rivera —decía ese papel—. El hombre que maté era mi hermano. Entonces yo no lo sabía, pero ahora lo sé. No me pongan a mí ninguna cruz».

Yo paso por la cruz de Rivera cuando voy a la huerta llamada El Temporal, y creo ver ahí dos cruces.

Viejo que boda hace, Requiescat in pace.

P

S alí temprano a caminar entre los nogales de la huerta. Descansan ellos tras concluir la artesanía de sus nueces. Yo paso bajo las ramazones como bajo un dosel de telarañas.

Veó una nuez y voy a recogerla. En eso advierto la presencia de una ardilla que me ve desde un tronco caído. Me mira con mirada de reproche: la nuez le pertenece, los vareadores me entregaron ya las que son para mí. Dejo la nuez en su lugar y me retiro un poco avergonzado. Vuelvo la vista: la ardilla ha recogido la nuez y va con ella como con un tesoro.

Hermanos tenemos que no hablan. Debemos aprender a oírlos. Y debemos también aprender a compartir con ellos todas las cosas, ya sean tan pequeñas como el mundo o tan grandes como una nuez.

P

No hay mejor maestro que fray Ejemplo.

P

En el cauce del arroyo seco que pasa por el Potrero he encontrado este guijarro. Es verde, con el color del jade. Y es redondo y pulido, suave al tacto. Así lo ha dejado un paciente lapidario que se llama el tiempo.

Supongo que esta suave joya fue hace millones de años un pedrusco de aristas afiladas. El roce con otras piedras en el agua la fue limando hasta dejarla así, leve y hermosa.

Me pregunto si así será también con el alma del hombre. A lo largo de los milenios va afinándose al roce con las otras almas y cambia sus fierezas por una suave mansedumbre.

¿Cuántas vidas serán necesarias para dejarla así, como este guijarro cuya dureza se volvió caricia? No lo sé. Pero seguramente no es una sola vida. Otras muchas deben haber para que el hombre alcance la sabiduría de la piedra.

P

Don Abundio habla poco. Quizá por eso dice tantas cosas.

Cuando no sabe algo usa una rara expresión que en la ciudad nunca he oído usar. Dice:

—No sé.

—Uh —se burló de él en cierta ocasión un muchacho majadero—. Usté no sabe nada.

Don Abundio le propinó un mamporro que lo tumbó en el suelo.

—Eso sí sé —le dijo.

El otro día, en misa, el padre dedicó su sermón a la cuenta que todos tendremos que dar de nuestros actos en el más allá. Don Abundio, que es muy del más acá, opinó al salir de la capilla:

—Pos yo no sé, licenciado, pero si el día del Juicio Final dice Diosito: «Cada peso a su bolsa y cada hijo con su padre», ¡cuántas cosas vamos a ver!

Al hablar, como al guisar, pon un granito de sal.

P

Le hemos cortado el último higo a la higuera del jardín. En la memoria está el sabor de sus frutos, lúbricos y bíblicos, y sobre la mesa de la cocina miro los frascos de la riquísima mermelada que en el invierno será recuerdo del verano.

Ahora estoy viendo mi higuera. Movidas por el viento de la tarde las ramas del viejo árbol parecen los brazos de un buen trabajador que se despereza al fin de la jornada.

Cuando las hojas caigan, y sea la higuera como una mano abierta al cielo, evocaremos los higos del ayer y pensaremos en la promesa de los que mañana llegarán. Eso es la vida: recuerdo y esperanza.

P

Hay en el cementerio de Ábrego una tumba. Las tumbas hablan, aunque en ellas haya quedado polvo nada más. Esta que digo dice:

«Fui mujer. En el tiempo y lugar en que viví eso significaba no ser nada. Viví primero sujeta a mi padre, luego a mis hermanos, después a mi marido y por último a mis hijos. Nunca tuve un momento para mí; mi vida entera fue para los demás. Ahora, en esta tumba, todo el tiempo es mío. Veo pasar las nubes; escucho el canto de los pájaros; hablo con otros muertos; aspiro el perfume de la flor... Necesité estar muerta para poder vivir».

Así dice esta tumba del cementerio de Ábrego. Si la oyeran, los hombres con quienes vivió esta mujer sentirían vergüenza. Pero ellos no oyen. Jamás oyeron ni vieron nada, ni miran ni escuchan nada ahora. Estuvieron muertos en vida, y hoy que no viven ya están muertos también.

P

Había una vez un agricultor, dueño de su pequeño rancho, que cultivaba con esfuerzos y penalidades. Cierta día el agricultor se sacó cien millones de pesos en la lotería.

—¿Qué harás con todo ese dinero? —le preguntaban sus amigos.

—No sé —vacilaba el agricultor—. Supongo que se lo voy a ir metiendo al rancho hasta que se me acabe.

Ingrato oficio, en efecto, es el de la agricultura. A las plagas del cielo y de la tierra se suman las inventadas por los hombres: los precios, los intermediarios, el pago que tarda o que se incumple.

Pero comienza el año, y en el Potrero nace de nuevo la esperanza. La tierra es como una mujer que abre los ojos después de un largo sueño y voluptuosa se despereza y nos convoca. Y vamos a ella, pues de ella salimos, igual que vamos a la mujer porque salimos de ella. Y ponemos nuestra semilla en la tierra, como en una mujer, y continúa la vida por encima de todos los males del cielo, de la tierra y de los hombres.

En las cocinas del Potrero de Ábrego se cuentan en las noches de invierno historias peregrinas junto al fogón donde borbotea la olla. Los hombres las acompañan con una copa —o dos o tres— del recio mezcal serrano que se acostumbra allá, al tiempo que las mujeres beben su té de menta o yerbanís.

Don Abundio es dueño de un rico acervo de esos relatos más antiguos aún que él, que anda rondando ya las nueve décadas. («Yo no me quito los años —suele decir cuando habla de su edad—. Son ellos los que me quitarán a mí»). Hace su narración con voz grave y pausada, y no cambia nunca la expresión del rostro, sea la historia trágica o de risa. Él afirma haber oído ese *ejemplo* de labios de su abuelo, pero doña Rosa, su mujer, sostiene que son inventos suyos. «¿Cómo voy yo a inventar esas cosas? —se defiende él—. Ni que fuera licenciado». Se vuelve a mí y aclara respetuoso: «No agraviando».

Uno de esos cuentos se lo escuché hace días. Según esto dos hombres de la ciudad se cansaron de la existencia urbana y decidieron ir a vivir en el campo. Adquirieron un pequeño rancho con la intención de cultivarlo por sí mismos. Como oyeron decir que necesitarían una mula para arar la tierra fueron al pueblo a comprar una. Entraron en la única tienda del lugar y le preguntaron al tendero si no tenía por casualidad una mula que les pudiera vender. El de la tienda, guiñando un ojo a los vecinos presentes, quiso divertirse a costa de la evidente ignorancia de los ciudadanos. Les contestó que en ese momento no tenía mulas *en persona*, pero que le acababan de llegar unos huevos de acémila excelentes, muy sanos y de mucha calidad, que en unos cuantos días les darían unas mulas preciosas. Los ciudadanos, después de una rápida consulta entre sí, le dijeron, cautelosos, que comprarían uno de esos huevos, para probar. Fue el abarrotero a la trastienda, pintó de negro una redonda calabaza y la entregó a los compradores, que

pagaron buen precio por ella. Cuando iban de regreso a su rancho la calabaza se les cayó, y rodando fue a dar a una zanja. Fueron a recogerla, y en ese preciso momento salió de la zanja una liebre a todo correr. Uno de los tipos intentó perseguirla, pero bien pronto regresó exhausto y agotado. «Se me hace que nos robaron —dijo a su compañero—. Si así corre la mulilla ahora que está recién nacida, cuando crezca correrá más aprisa, y así no se puede arar».

Ríen los hombres con la historia, y las mujeres sonríen, aunque ya la han oído varias veces.

P

Vecina, bocina.

P

Este cenizontle empecinado canta como si no existieran el otoño y el invierno. Es gris el amanecer; la noche es casi día y el día es casi noche; no hay sol en la desnuda ramazón del árbol. Pero el cenizontle canta como cantó en abril, y su canción es flor cuando no hay flores ya.

¿Habrá locura en las aves? Porque es locura este canto en medio de la niebla. Ya todos los pájaros se fueron y queda solo el cuervo, corva rúbrica de los otoños. Pero el cenizontle no se va y da su canto igual que ayer lo dio.

A mí me maravilla su absurdo anacronismo, y lo agradezco. Hermosa compañía es este canto solitario, recordación de la primavera que se fue, heraldo de la que llegará. Para el canto no hay hora ni estación precisas. Cante siempre el cenizontle, aun a destiempo, y escúchelo siempre yo como lo escucho —tan a deshora— ahora.

P

En el cementerio de Ábrego hay una tumba. Si alguien pudiera oír lo que las tumbas dicen, oiría esto:

«Fui el hombre más rico en todo el pueblo.

»Mi casa era la más grande, mi carruaje el mejor. Cuando mi mujer y mis hijas iban a la iglesia la gente se volvía a mirar sus vestidos. Los hombres más poderosos de la comarca me buscaban y yo los hacía esperar de pie en el zaguán, y deliberadamente tardaba más en acabarme mi café.

»Un día enfermé. Eso me sorprendió mucho: siempre había creído yo que nomás los pobres enfermaban. Y ahora estoy aquí. Me tienen en una cripta lóbrega. Jamás alcanzo a ver un rayo de sol y no oigo nada si no es el implacable roer de la carcoma.

»Envidio las tumbas de los pobres: a ellas llega el sol, el tibio viento de la tarde, el canto de las aves, la voz de las esquilas en la capilla de la aldea y las risas de los niños que vienen de la escuela.

»Y yo nada tengo de todo eso.

»¡Dios mío! ¡Qué injusta distribución de la riqueza!».

P

En el Potrero los campesinos jamás se pelean por el agua.

Pueden pelear por la tierra, sí, y casos ha habido en que se han matado por una mujer. Pero por el agua no se pelean nunca.

Sucedió una vez que los habitantes de dos ranchos vecinos empezaron a disputarse una agüita que de pronto nació en la colindancia. Se hicieron de palabras cuando la fiesta de la Virgen, vinieron a las manos y hubo un acuchillado. Esa noche la agüita se secó y nunca ha vuelto ya a salir.

Desde entonces, los campesinos jamás riñen por el agua. Creen —es decir, saben— que por los ojos de agua mira Dios. Pueden pelearse por la tierra, sí, y por una mujer. Pero por el agua no.

P

En el rancho se cuenta una historia acerca de don Abundio.

Quien más suele contarla es su señora, doña Rosa.

El viejo oye esa relación y se enfurruña y dice que el relato «es falso de toda falsedad». Pero todos en el Potrero afirman que es verdad, y ríen siempre al escucharla.

Según la narración, cierto día estaba don Abundio haciendo números, dificultosas operaciones matemáticas que lo afanaban y no le salían bien. Echaba tachaduras y borrones; mojaba una y otra vez con la punta de la lengua la punta de su lápiz; hacía sumas y restas y divisiones y multiplicaciones, y la cuenta de lo que ese año había vendido de maíz no le salía.

Para colmo, en ese momento salieron los niños de la escuela y se juntaron al pie de la ventana de la habitación donde el señor se afanaba con sus números. Las risas y gritos de la chiquillería le quitaron la concentración y lo encalabrinaron.

Asomó la cabeza por la ventana don Abundio y les dijo a los chamacos:

—¿No saben la nueva novedad, muchachos? En el arroyo anda volando una víbora con alas. Le sale lumbre por los ojos y arroja por el hocico fuego y humo.

Corrió la chamacada a contemplar aquella maravilla. Muy satisfecho por la ingeniosa industria que le había devuelto el silencio y la paz, se concentró de nuevo don Abundio en sus enrevesados cálculos. Y ya le iban saliendo cuando escuchó pasar tropel de gente.

—¿Qué sucede? —le preguntó por la ventana a uno que se apresuraba.

—Dicen que anda volando una víbora en el arroyo. Todo el rancho va a verla.

Se rio para sus adentros don Abundio. Pero todavía no se había sentado en su sillón para seguir en su tarea cuando oyó que su esposa y sus hijas salían también corriendo de la casa.

—¡Ven, Abundio! —le gritó desde la puerta su mujer—. ¡En el arroyo anda una víbora con alas!

—Gente tonta —volvió a decir por lo bajo don Abundio.

Iba a volver a su trabajo, pero oyó que alguien lo llamaba por la ventana. Era su

compadre Santos, señor de mucha edad, prudente y entendido.

—Compadre —le dijo este señor don Santos—. En el arroyo anda una serpiente alada. Muchos la vieron ya y dicen que cosa como esa nunca se había visto por aquí. ¡Ande, vamos a verla!

Vaciló don Abundio. Lo de los niños, los muchachos y las mujeres era una cosa, pero si aquello se lo decía su compadre Santos, eso ya era otra cosa.

Dejó el lápiz, agarró el sombrero y fue corriendo con todos los demás a ver la víbora. Mientras corría iba diciendo:

—Hay que ir, qué caray. Nunca se sabe.

Don Abundio se enoja mucho cuando le repiten esa historia. Dice que es falsa de toda falsedad, y que quienes la cuentan son unos habladores.

Yo también pongo en duda aquello de la víbora con alas. Pero... Caray... A lo mejor... Nunca se sabe...

P

El bien se siembra en el suelo y se recoge en el Cielo.

P

Era muy triste ver la tierra seca. Pero llegó la máquina perforadora y unos días después salió del tubo un chorro de agua. Turbia al principio, se aclaró después, y ahora fluye limpia como el alma de una niña.

¿De dónde vino esa agua? Llegó del cielo y se depositó en las profundidades de la tierra. De ahí, cuando la necesitamos, salió de nuevo al día. Por ella tendremos los dones de la flor y el pan.

Yo digo que algo venido de lo alto queda siempre en el fondo de nosotros. Ahí está, igual que el agua clara en el oscuro fondo de la tierra. Pero tarde o temprano brota y nos da vida. Entonces nuestra turbiedad se torna en agua clara y salimos también nosotros a la luz. Pienso en todo esto mientras escucho la canción del agua hecha cristal.

P

Vi una hoja del nogal, caída. Fue por noviembre, en la grisura de los últimos días otoñales, cuando llegaban ya los invernizos. La recuerdo porque la levanté y la mostré a mis nietos para enseñarles que todo viene de la tierra y vuelve a ella.

Ahora es primavera. Me acerco al nogal del huerto y miro en sus ramas la primera hoja. Creo escuchar que dice:

—¿Me recuerdas?

P

Hay beatas y santurrones en el infierno a montones.

P

En el Potrero perviven algunos usos... iba a decir *machistas*, pero prefiero mejor decir *tradicionales*.

Por ejemplo, no se permite la entrada de mujeres a la asamblea mensual del ejido. Aun las derechosas —así se llaman las que son titulares de una parcela— deben hacerse representar por un varón.

Este domingo que pasó acudió a la junta un sacerdote joven. Quería invitar a los ejidatarios a la fiesta de Nuestra Señora de la Luz, la ancestral patrona del rancho.

Después de discutir dos horas acerca de si se le debía permitir que hablara o no, los asambleístas acordaron por fin otorgarle la autorización, y comisionaron a don Abundio y a otros dos socios para que lo hicieran pasar.

Antes de entrar en el salón el sacerdote sacó un peine y se arregló el cabello. Le dijo don Abundio:

—No se acicale tanto, padrecito. Aquí no hay viejas.

Lo he dicho muchas veces, y lo repito ahora: con don Abundio no saca uno pa' vergüenzas.

P

El campo está lleno de pequeñas criaturas recién llegadas a este mundo.

Han parido las hembras en los corrales y en las madrigueras. Se diría que se pusieron de acuerdo para tener sus hijos al mismo tiempo todas. Veo en el rancho un burrito de una semana de nacido, hecho de asombro y terciopelo, y veo después junto al arroyo un conejito para el que todo es inaugural: el guijarro y la hierba, el sol y el viento.

Hasta la lluvia es niña, mírala. Cae suavemente ahora, y en silencio, como si hiciera de puntillas el camino de las nubes al suelo. Dicen que el mundo es viejo. Quién lo sabe... A lo mejor es un enorme niño que gira con los otros niños. Este burrito es un niño, el diminuto conejo otro, y yo uno más, niño también en permanente asombro por la niñez del mundo.

*Gracia pedida, vela encendida.
Gracia lograda, ni vela ni nada.*

P

Hay en el cementerio de Ábrego una tumba. Cuando en la noche sopla el viento sale de ella una voz.

«Yo fui el que ahorcaron del árbol más grande de la hacienda. Los vecinos me colgaron porque maté a uno de ellos. Cuando yo maté estaba borracho y la sangre me ardía en cólera, pues el hombre me ofendió. Cuando ellos me mataron estaban sobrios y tenían la sangre fría.

»El árbol en que me ahorcaron se empezó a secar, siendo que estuvo siempre verde y sano. Cuando el árbol quedó seco la gente lo cortó para leña. Pero no ardió el árbol: sus trozos eran entre la lumbre como piedras.

»Desde entonces no ha habido muertes malas y a nadie ya han ahorcado. Los hombres siguen viviendo; en las cocinas la leña arde. Así es mejor».

Es cierto. La leña es para arder y los hombres son para vivir.

P

Sobre el espléndido cielo del Potrero brilla el cometa visitante.

Lo miran los campesinos con recelo: es nuncio de mil calamidades. Se *clisarán* los frutos en el árbol, malparirán las hembras y las aguas se volverán salobres.

Yo veo por la ventana la prodigiosa maravilla y los largos cabellos de la estrella se me enredan en el cuerpo del alma. Si vienen males —si se agostan ciruelas y manzanas, si se malogra la preñez de la yegua, si el agua se vuelve sal en los senos de la tierra— sufriré con los otros esos males. Secretamente, sin embargo, recordaré la hermosura del astro fugitivo. La belleza —sea de una mujer o de un cometa— puede traer desgracia, pero el recuerdo de la belleza alivia todas las penas con su gracia.

P

Cuando al pobre le va mal, ni masa le halla al tamal.

P

Don Abundio es un hombre de sabidurías. Tiene esa ciencia que solo pueden dar los muchos años bien vividos. Se habla de un hombre inmensamente rico. Y dice don Abundio:

—Yo soy más rico que él.

—¿Por qué? —pregunta alguien.

Explica el viejo:

—Yo gano diez pesos y gasto nueve. Él gana diez millones y gasta once.

Bien vistas las cosas —y aunque no se vean tan bien— es cierto lo que dice don Abundio. En verdad él es más rico que aquel hombre. Tiene un peso; el otro debe un millón. Don Abundio es dueño de su dinero; el rico tiene un dueño: su acreedor.

Ahora yo miro con respeto a don Abundio, que guarda, y veo con lástima al otro, que tira.

P

Para mí este año ha sido de plúmbagos.

Hay años en que estallan los rosales, o salen margaritas suficientes para que todos los amantes del mundo sepan si se les quiere o no. Otros años se vuelve el campo un solo girar de girasoles, o hay violetas suficientes para volver humilde a un argentino.

Pero este año florecieron los plúmbagos como si quisieran pintar de azul el universo. Azul tenue, quiero decir; azul muy plúmbago; azul que apenas se decide a serlo. En el jardín florecen, y los tengo pintados en óleos que hizo Carmen Harlan. Los plúmbagos del jardín creen que el cuadro es un espejo, y se alzan de puntillas para verse.

Este año fue de plúmbagos, ni duda. El próximo será de dalias, o de geranios, o de galán de noche o madreselva. Pero todos los años serán años de vida que florece, de vida que es como flor, cambiante y varia pero siempre eterna.

Ahora casamiento; mañana cansamiento.

P

• Qué hicimos en el Potrero de Ábrego esta Semana Santa que pasó?
¿Jugamos a la lotería. (*El catrín, la dama, el diablito, el borracho, el valiente, la muerte...*).

Dijimos adivinanzas. (*Soy el principio de Dios, estoy al centro de todos, y al fin de la eternidad. La letra D*).

Cantamos las antiguas canciones de la tierra. (*Ya con esta me despido, con la rosa de un rosal: se murió la palomita, la mató el águila real...*).

Narramos cuentos de aparecidos. (*En nombre de Dios te pido que me digas si eres de este mundo o del otro...*).

En fin, hicimos lo que hacemos siempre.

Es decir, hicimos lo que no hacemos nunca.

P

Asciende el nuevo día al Cerro de las Ánimas y con sus ojos claros pone luz en el valle. Las cosas se arrellanan en la noche que se va; se despereza el mundo; el ruido de la vida sube al aire.

Abro el recio portón de la casona. Me abraza el viento de la madrugada y me hace tiritar junto con él. Veo al hombre que pasa envuelto en su cobija.

—Hace frío, don Abundio —le digo.

—Este frío no es nada —me responde—. Malo el de adentro.

El frío de adentro... ¿Qué frío será ese? Don Abundio es anciano y vive solo. ¿Hablabas del frío que pone en la carne y los huesos la vejez? ¿Hablabas del frío que lleva en el alma el que se siente solo?

Quién sabe... Yo espero tener buena leña de recuerdos y fuego de renovado amor para no sentir ese frío del cuerpo ni el frío peor del alma.

P

Por el beso empieza eso.

P

Llego de madrugada a mi ciudad, Saltillo.

Voy solo en mi automóvil. Hay una curva, y de repente el valle y las montañas son manos que se juntan para formar un cuenco y recogerme.

Me detengo y salgo al aire claro. A mi izquierda la sierra, de formas femeninas onduladas y suaves. Hacia el poniente el lomerío, donde el sol ejercita su esfumino. Un niño me saluda desde la cumbre. Soy yo mismo, que apenas ayer, ya hace muchos años, subí al cerro y me quedé allá arriba.

Una niebla de niebla se levanta del mundo, igual que si la tierra respirara en el frío. Por el cielo atraviesan unas garcitas blancas. En el cercano arroyo hay una línea de álamos. Neblina y aves y árboles se juntan en un dibujo de Hokusai.

Luego sigo mi viaje. Aquello ha durado un instante. Lo mismo que dura la eternidad.

P

Hay en el cementerio de Ábrego una tumba. Cuando el aire se aquieta pueden oírse en ella estas palabras:

«Fui una mujer. Una más entre muchas mujeres. Pero procuré vivir vida buena para ser bien recordada. Tuve hijos, tuve nietos, y luego mis nietos también tuvieron hijos. Alcancé a verlos todavía.

»En ellos vivo ahora. Soy en ellos. Esta niñita tiene el mismo color de mi cabello... Este niño tiene la frente como yo... No lo saben, pero me llevan adonde van. Estoy en mis hijos y en los hijos de mis hijos. En ellos y en los hijos de ellos estaré por todas las generaciones.

»El cura hablaba siempre de la vida eterna. Yo no entendía sus palabras. Ahora sé que hay vida eterna. Pero no es aquella de la que hablaba él. Es esta de la que hablo yo».

Así dice esa tumba del Potrero de Ábrego. Su voz no es voz de muerte. Es voz de vida. De eterna vida.

*Más vale ponerse una vez colorado
y no cien descolorido.*

P

Esta ufana avecilla es el correcaminos. En el Potrero no se le nombra así: es el paisano, quizá por influencia de la voz faisán.

Yo me pregunto si había correcaminos antes de que hubiera caminos. Pienso que sí, pues la criatura humana está recién llegada a este mundo que todos los demás seres habitaban ya. Debe haber ido el correcaminos, con la misma ligera carrerita que usa hoy, por las sendas que trazaban en la espesura las enormes bestias.

Yo también soy un correcaminos, aunque sin la levedad y la gracia de esta ave pasajera. Por el camino voy que llaman vida. Dicen que al otro extremo está la muerte. Yo creo que es solamente una posada. Salimos de ella a caminar de nuevo por otra vida que no conocemos ahora, como tampoco antes conocíamos este camino por donde vamos hoy. No hay varios caminos. Uno solo hay: el de la vida. Y todos en él somos el mismo caminante.

P

Don Abundio bebe a pequeños sorbos su café en la umbrosa cocina del Potrero. Se habla de las mujeres maltratadas. Y dice el viejo:

—Jamás he maltratado a mi mujer, ni de palabra ni menos aún, de obra. Hay maridos que le hablan a gritos a su esposa; la reprenden con aspereza ruda, a veces en la presencia de otros; la rebajan y humillan como si fuera cosa de su propiedad. Yo, por varias razones, no hago eso. Primero, porque quiero a mi mujer, y si hay amor no puede haber violencia. Luego, jamás la ofendo porque es la madre de mis hijos, y alguna vez mis hijos me reprocharán el trato que a su madre di. Y la respeto y cuido porque no quiero que el día de mi muerte diga ella en su pensamiento: «¡Qué bueno que se murió por fin este ca...!».

Doña Rosa, la esposa de don Abundio, está presente. Escucha con una sonrisa las palabras de su marido y le pone la mano sobre el hombro. En ese sencillo gesto hay mil palabras de amor.

*Pa' estornudar y calzonear,
no se puede uno esperar.*

P

La jacaranda abre sus flores. Con ella empieza a despertar la primavera igual que señorita desvelada. Bosteza algunos pétalos de azul, y luego abre las cortinas del mundo para que llegue el sol.

El sol se mete en todas las rendijas de la tierra y esta se pone húmeda con la caricia, y su vientre se da al milagro de la fecundación. Sin ruido se rompen las semillas en la penumbra del seno maternal, y las briznas de hierba se abren paso por entre los laberintos de la piedra para salir al resplandor del día.

Todas las criaturas terrenales tenemos sed de auroras. También los hombres germinamos. En nuestro pecho late una semilla y pugna por pasar de las tinieblas a la claridad. Nuestro destino no es la noche sino el día. Como el árbol busca el sol y tiende a él sus ramas, así nosotros buscamos a tientas nuestro camino hacia la luz.

P

Sopla el aire de primavera y los niños del rancho elevan sus cometas.

Ellos mismos fabrican esos airosos papalotes. Los hacen con varitas de carrizo, papel de china, engrudo y una cola de trapo. Es infalible su ingeniería aeronáutica: los gráciles juguetes siempre suben y ponen sus colores en la azul transparencia del viento.

Yo me deleito viéndolos. Si tantos años no hubieran puesto en mí tanta necedad haría mi propio papalote e iría con los pequeños a jugar yo también con esa leve mariposa volandera. Sería niño otra vez y escalaría los hilos del aire hasta llegar al cielo. Pero soy hombre formal. Tan formal que no puedo despegarme de la tierra.

P

*Cada día, asegurada, harás una pendejada.
El día que no hagas dos debes dar gracias a Dios.*

P

Don Abundio me dictó un día la enseñanza que voy ahora a transcribir. Yo la apunté en la tapa de una caja de galletas. Ahí la tengo todavía, y la leo de vez en cuando para no olvidar nunca esa lección que dice así:

*Habla poco.
De lo poco que hables, habla de lo que sabes.
De lo poco que sabes, habla de lo que importa.
Y de lo poco que importa, como importa poco,
no hables.*

Algún sofisma debe haber en esa extraña ilación que condena a perpetuo silencio a quien la escucha. Yo la escucho, no obstante, con oído atento, pues los años me han enseñado que mucho aprende el que habla poco cuando está en la presencia de los que saben más.

P

Por estos días mi jardín está envuelto en alcatraces. Flor caracola es esta, blancura en espiral. Su alba trompetería va en desfile por las calles del sol.

Miro los alcatraces y memoro las antiguas fotografías de boda. Novias en *art nouveau*... También ellas parecían, con su vestido blanco, un alcatraz. Llevaban todas un ramo de estas flores, sugeridoras de vagos erotismos. Las imagino luego, desenvolviendo el círculo concéntrico de su atavío para mostrarse en plenitud de desnudez nupcial.

Copa de plata levantada al día, el alcatraz se llena de rocío. He aquí la diminuta fuente colmada con el agua que destiló la noche. Bien quisiera bebérmela para enjuagar en ella los hilos del alma. Pero dejo que la flor siga en su quietud. Debe uno merecer la belleza. Si alguna vez llego a merecerla, esta belleza vendrá envuelta en un alcatraz.

P

Hay una tumba en el pequeño cementerio de Ábrego. Si pudiéramos escuchar lo que las tumbas dicen esto es lo que oiríamos:

«Fui su novia quince años. Al cabo de ese tiempo me dejó y se casó con otra. Nadie después me cortejó: pensaban todos que yo ya había sido suya. Si no ¿entonces por qué me despreció? La verdad es que no me tocó nunca: ni siquiera eso tengo que agradecerle. Me dejó seca; seca de él y seca de mí. Cuando morí no hice más que morir de nuevo. Ahora, al lado de la mujer que ronca en la misma cama, él me mira de pronto por las noches. Cree que eso es un sueño, pero no: soy yo que lo persigo siempre. Así será hasta que él sea también otro fantasma. Entonces yo descansaré y él se perseguirá a sí mismo hasta la eternidad».

Eso dice aquella tumba del cementerio de Ábrego. Hay quienes pueden perdonar, pero no olvidar. El amor no cumplido ni olvida ni perdona.

P

La ventana de la casa mira hacia el lado por donde sale el sol.

En el Potrero el sol no es ese que en otras partes se llama *el astro rey*. Aquí es el sol que trabaja, igual que el agua y que la tierra, para dar su alimento a las criaturas. El sol está en el grano de trigo; en la espiga de maíz; en la manzana, el durazno y el ciruelo; en la hierba que pacen las ovejas; en el pienso del buey y del caballo...

Yo recibo a ese sol —a ese sol— por la mañana. Descorro las cortinas y entra en mi cuarto como un amable perro, como un ave de luz, como una gran flor amarilla. Ahí se queda, recostado en la alfombra, hasta la tarde, cuando se marcha lentamente. Me deja como recuerdo un vago fulgor que se diluye en el espejo y en los cristales del postigo.

Regresará mañana. No sé si estaré yo. Pero él regresará. Siempre regresará, aunque yo ya no esté.

Tú crees que la Virgen te habla, pero ni te parpadea.

P

Ha amanecido ya en el rancho. Se disipó la última niebla de la noche y brilla un claro sol, pues lo lavó ayer la lluvia. Todo se ve como en el día primero de la Creación.

Pasa don Abundio, tan igual siempre a sí mismo que parece que por él no pasa nunca nada.

—Buen día, don Abundio —lo saludo.

No se detiene ni quita la vista de la vaca que lleva arreando al agua. Se toca no más el ala del sombrero y me responde:

—Eso lo sabremos hasta las doce de la noche, licenciado.

Yo me río para mí. El viejo me ha hecho otra de las suyas. Pero me quedo pensando y concluyo que tiene razón. Buen día ahorita, es cierto, que brilla el sol y sopla un viento manso. Pero en la sierra puede llegar de pronto la negra nublazón y caer granizo que amortaja el suelo con los cálidos pétalos de las flores que iban a ser manzanas o peras o ciruelas, y el día que era bueno se convierte en amarga decepción.

Cuando a la mañana siguiente pasa don Abundio lo saludo, pues, con más cuidado.

—Buen día tenga usted, don Abundio.

—Así nos lo dé Dios —contesta él.

P

P

Ayer brotaron las primeras flores del juandiego. Así llama la gente del Potrero a esta hermosa enredadera que en el invierno cubre las tapias del corral. De un color verde tierno son sus hojas, y sus flores se pintan de un rojo tan rojamente rojo que a su lado el púrpura de las canciones y poemas es un ligero rosa desvaído.

No tiene un solo nombre este juandiego. Tiene varios, y todos son tan lindos como él: corona de la reina, santarrosa, yerba en llamas, flor de diciembre, labios de San Miguelito...

Mis amigos que llegan de visita al rancho le toman fotos al juandiego. Yo no. Prefiero llevar en mi memoria el rojo de sus flores.

Y es que ese rojo puede perderse en las fotografías, pero en el recuerdo no.

P

Quien acaba de almorzar ¡qué bien habla de ayunar!

P

La higuera de mi jardín es grande. En el verano sus hojas forman un techo que lo cubre y no me deja contemplar el cielo cuando salgo por la mañana a ver el sol.

Pero el otoño viene y el árbol lo recibe con una alfombra de hojas color de oro. Entonces, a través de sus ramas, empiezo a ver el cielo que ayer se me ocultó. Llega el invierno, y ya sin estorbos puedo volver la vista hacia la altura.

Así, pienso, es la vida. Conforme pasa el tiempo vemos mejor lo que está arriba: por la mañana el transparente azul del aire; por la noche el claror de las estrellas. Son hermosas las verdes hojas de la primavera, pero, en invierno, cuando ya no hay hojas, el cielo se puede ver mejor.

P

En el humilde cementerio de Ábrego hay una tumba olvidada que no tiene lápida. Los que pueden leer en las tumbas sin lápida saben lo que esa tumba dice sin hablar:

«Yo fui un hombre sin nombre. Viví la perfecta felicidad que, dicen, goza el que no es ni envidioso ni envidiado.

»No supe nunca de prédicas o teologías, pero fui pastor de ovejas y mi vida fue libro que me mostró que el mundo es obra de alguien que está fuera del mundo. Lo aprendí en la regularidad perfecta de las estaciones; en el exacto camino de los astros; en la visión de la vida que se renueva tras la muerte. Vi nacer los corderillos y vi surgir el brote de las plantas y de los árboles en la primavera. Ciego, loco o necio tendría que haber sido para no advertir esa fuerza ordenadora.

»Fui parte de la vida. Cuando llegó mi muerte la recibí con voluntad conforme, como parte de la vida. Y ahora vivo vida nueva. También yo soy parte de ese eterno orden».

Se interrumpen aquí las voces de la tumba. La muerte, igual que el vientre de la madre, no habla de la vida que lleva en su interior.

Cuando a dos se les compara, uno de los dos repara.

P

Llego al Potrero y me dice don Abundio:
—Ya tiene usted una nueva propiedad.

—¿Cuál es? —le pregunto sorprendido.

—Se llama El Trotecito —me contesta el viejo—. Es lo que quedó de La Carrera.

Hermosa huerta fue esa, La Carrera. Fue... Vino el ciclón, se crecieron las aguas del arroyo y se llevaron la porción más grande de las tierras. Apenas en febrero habíamos plantado ahí cien nogalitos para que nuestros nietos y sus hijos pudieran tener nueces, como las que tenemos nosotros de los nogales que plantaron ahí nuestros padres y nuestros abuelos.

Yo no me quejo ni protesto. ¿Que La Carrera es ahora El Trotecito? Bien está, aunque me parezca mal. Lo hizo quien puede. Y en el Potrero he aprendido que hay muchas cosas —casi todas— en las que el hombre no puede hacer su voluntad. Designios hay mayores que los suyos, y amorosos siempre.

Confiado en ese amor final le digo a don Abundio:

—Nos queda en El Trotecito algo de tierra, y esta agua durará. A vuelta de año, si Dios quiere, plantaremos otros cien nogalitos.

P

Ha llegado el momento de arreglar la vieja pared de adobe del corral. El albañil del rancho se dispone a colocar el ripio. Yo podría ayudarle, porque me sobran ripios, pero lo dejo solo en su trabajo.

Se queja al otro día: el adobe del muro está tan duro que se diría hecho de roca. A punta de cincel debe abrirlo para ir poniendo cada piedra.

—Tiene más de cien años esa tapia —me dice el más viejo de los viejos—. Cuando yo era criatura esa pared ya era pared.

En la ciudad no usamos el adobe para hacer nuestras casas. Lo consideramos deleznable y efímero. Pero el adobe es tierra. ¿Algo dura más que ella?

Me acerco al muro del corral y en él pongo la mano. Siento su humilde fortaleza: a muchos hombres ha visto pasar y él ahí está. Le pido al albañil que trate bien al antiguo tapial. Quiero que el golpe del cincel le sea tan leve como el gorrión que en él se posa cada día.

P

Esta flor roja es pequeña. Tiene un hermoso nombre: *amor de un rato*. Se llama así porque abre sus pétalos al despuntar el día, y los cierra después de breve tiempo, como si la asustara el sol.

A mí me gusta esta flor, por recatada y tímida. Salgo a mirarla siempre y se me alegra el alma —también flor roja y pequeña— con la visión de su belleza. Luego me voy a caminar un poco. Cuando regreso cerró ya sus pétalos la flor. No me entristezco, sin embargo. Sé que ahí está su belleza y que otra vez mañana se abrirá a la luz.

Imagen de la vida es esta flor. Dura un momento pero vuelve siempre. Amor de un rato es la vida, ciertamente. Pero ese rato dura toda la eternidad.

P

Miren cómo guisa doña Rosa un par de huevos estrellados. Ha calentado el aceite en la sartén. No mucho: un poco nada más. Con delicadeza quiebra los huevos y los pone en un tazón. De ahí los desliza suavemente para que caigan sin daño en la sartén. Conforme se van friendo, los baña con el aceite por arriba; así se freirán parejos. Por último, desliza bajo ellos una pequeña pala de aluminio; con diestro movimiento de la mano los saca de la sartén y los sirve en el plato.

Miren ahora cómo talla su estatua este escultor. Toma cincel y martillo y empieza a desbastar el gran bloque de mármol...

No sé cómo saldrá su obra de arte. La otra obra de arte, la que hizo doña Rosa en la cocina, esa salió perfecta.

P

De que Dios dice a fregar, del cielo caen escobetas.

P

Esta gallina debe ser la *Miss Universo* de todas las gallinas. Pasea por el corral su majestad de reina, y su *cloc cloc* acompasado pone en el mundo ritmo de gavota.

Canten otros al águila o al cóndor; digan delicuescencias del ruiñeñor o de la alondra. Yo haré el encomio de esta gallina de enhiesta proa y abundante popa que mira con estudiada indiferencia a las demás criaturas y que si esto leyera ni siquiera me daría las gracias. ¿Acaso las soberanas agradecen la adulación de sus vasallos?

El gallo, que a las demás gallinas trata como sultán de harén, se acerca a esta con humildad de enamorado y ella lo admite igual que si le diera una limosna.

Cuando esta gallina sale del gallinero en la mañana, me asombra que el gallo de la veleta no baje a hacerle reverencias.

P

Tengo un nuevo vecino. Es un cenizontle.

Llegó de pronto y puso sus canciones en la más alta rama del nogal. Desde esa cumbre de aire el armonioso pájaro llena los ámbitos de música, y con audacias de tenor arriesga malabarismos de *bel canto*.

Este regalo súbito me da felicidad. A mí me hace feliz un solo instante de belleza. Puede ser una nota, una palabra o un color. En todas partes la belleza aguarda y se nos aparece como radiante espectro. Ahora llega en la voz de este canoro habitante del jardín.

Yo lo recibo, y si pudiera le daría las escrituras de mi casa para que no se fuera. Sus partituras tienen letra de Dios y música de vida. Dios y la vida son una misma cosa y con ellas somos también la misma cosa este cenizontle y yo.

P

Lo que te hagan haz, ni menos ni más.

P

En una tumba humilde del pequeño cementerio de Ábrego, el que sabe leer donde no hay nada escrito puede leer esto:

«Aquí, por fin, descanso.

»Fui mujer, que era ser poco. Fui campesina, que era ser menos. Fui pobre, que es ser nada.

»Amé a un hombre y él, quizá, me amó. Un año sí y otro no le di hijos. Un año no y otro sí se me morían. Así, me quedaron solo seis.

»No hice, pues, en la vida otra cosa que amar a un hombre y tener hijos. También les di de comer y les lavé la ropa. También les mojaba los labios y la frente cuando ardían en calentura. También, cuando mis hijos morían, estaba junto a ellos y oí que con el último aliento me decían *mamá*. Ellos, que siempre me habían dicho *madre*. Mi marido también cuando murió dijo *mamá*. Pienso si acaso me lo diría a mí.

»Como se ve, no hice muchas cosas en la vida.

»Pero sé que si no fuera por mí y por muchas mujeres como yo la vida no podría seguir».

P

Regresó anoche al Potrero don Abundio. Fue al Saltillo —así dice él todavía— a consultar a un médico, pues se le agravó el mal de orina que padece.

—¿Y qué le dijo el doctor, don Abundio?

—Me preguntó si he orinado piedras. Yo le dije que sí, y le dije que también he orinado adobes, hierbas, troncos, llantas de camioneta... Ya ve, licenciado: acá en el rancho mea uno en todas partes.

Yo lo oigo decir eso y me pregunto si el viejo socarrón que es don Abundio me está tomando el pelo.

Creo que sí, porque no tiene cara de estarme tomando el pelo.

*Desde los tiempos de Adán unos calientan el horno
y otros se comen el pan.*

P

Camino con cuidado por el huerto: está lleno de pequeños caracoles que han salido, con su casa auestas, a disfrutar el claro día que nos dejó la lluvia ayer.

Vigilo cada uno de mis pasos; temo aplastar a una de esas mínimas criaturas majestuosas. Si lo hiciera el universo sería menos universo. Le habría quitado yo algo que le pertenece y no se lo podría restituir. El hombre, que ha erigido el Taj Mahal y las pirámides de Egipto y la catedral de Chartres, no es capaz de crear la geometría de esta exacta espiral que lleva en sí nostalgias marineras.

Camino con cuidado por el huerto para no quebrar uno de estos milimétricos vasos de la vida.

¿Quién soy yo para pisar un caracol?

Eso sería tan injusto como si Dios saliera a caminar y me pisara a mí.

P

Amo a las plantas con un humilde amor. Sean brizna de hierba que cantó Whitman o secuoya gigante que asombró a Muir, las plantas son un prodigio ante el cual deberíamos quedar en silencio, reverentes, como ante una majestuosa catedral.

¡Cuántas lecciones nos dan nuestros hermanos vegetales! No corren, como nosotros: sin moverse de su lugar hacen el bien. Y son callados; ni siquiera se quejan cuando los hiere el rayo de Dios o el hacha de los hombres.

Ya seamos pequeños como la hoja más pequeña, o grandes como el árbol más grande, deberíamos aprender las virtudes de las plantas, esas criaturas amorosas hechas de tierra y luz de sol. Como ellas —sin prisas y sin ruido— deberíamos dar la flor, la sombra, el fruto, sin esperar otra cosa que lo que ellas esperan: retornar otra vez, cumplida la jornada, a la tierra y la luz.

A mí no me cantan, ranas; a cantar a la laguna.

P

Cuando conocí a don Abundio él era todavía un torbellino.

A la salida del sol ya estaba trabajando. Se afanaba en las caballerizas, en el establo, en la huerta y la labor. Cuidaba de sus asuntos (y de los ajenos, decía doña Rosa, su mujer). Vigilaba las faenas de los jornaleros. Iba y venía por todas partes. Solo cuando caía la noche caía él en su casa.

Ahora ya no. Se acerca a los noventa años y toma las cosas con calma. Cultiva su jardín; oye en el radio *La tremenda corte* y *El Ojo de Vidrio*; se sienta a ver pasar a las muchachas que van camino de la tienda.

Me dice don Abundio:

—Licenciado: cuando uno tiene menos tiempo es cuando más tiempo tiene.

Y no lo dice con voz triste sino con tono alegre.

P

En el Potrero de Ábrego se cantan canciones que en otras partes no se cantan ya. Un acordeón gangoso y una guitarra afónica bastan para decir las cosas del amor y el desamor.

Qué falta me hace un trago para la bilis. / Fue un gran coraje el que me hicieron pasar. / Pedí tu mano; tus padres me la negaron. / Porque soy pobre no me la quisieron dar. / Traigo tristeza, y bastante sentimiento, / y aparte siento muchas ganas de llorar. / Qué falta me hace un trago para la bilis. / Aunque se enojen no te dejaré de amar.

El recio mezcal serrano quitó el frío del cuerpo a los cantores, pero no les alivió el del alma. Quién sabe qué oculta pena da tonos dolientes a su canto. Yo lo escucho y me veo rodeado de repente por las memorias de antiguos abandonos. Ya no me duelen —se dio en mi vida el amor bien cumplido—, pero las voces de los que cantan ponen en mí bastante sentimiento y aparte siento muchas ganas de llorar.

Carbón que ha sido lumbre con facilidad se prende.

P

El cielo es de tormenta. Truena el trueno, y la luz, temerosa del relámpago, parece un grito de la oscuridad.

He detenido el vehículo a la orilla del camino. La lluvia de tempestad me impide ver por dónde voy y no está lejos el despeñadero. Escucho el ruido del torrente que va cañada abajo.

De niño me asustaba la borrasca. La veía como una cólera de Dios. Pensaba que el cielo se iba a desplomar. Ahora no siento ya temor. Sé que el buen Dios no tiene cóleras, y sé también que las borrascas duran poco.

Espero, pues. Empiezo a cantar una canción, pero después de las primeras notas la melodía se apaga. ¿Sigo teniendo miedo, acaso? ¿Irá a caer el cielo sobre mí? Pero de pronto cesa de llover y el trueno se va lejos. Se hace el silencio. Hasta el torrente calla. Aparece la luna, y frente a mí brilla un cocuyo. Y es la luna como un cocuyo grande allá arriba, y es el cocuyo como una pequeña luna acá abajo.

P

Hay en el cementerio de Ábrego una tumba. Si alguien supiera oír lo que las tumbas dicen escucharía estas palabras:

«La vida es eterna, pero cada vida es breve. Es breve la vida de la mariposa, y es más breve aún la vida de los hombres porque sabemos de su brevedad. Hoy somos, y mañana ya no. Al final aprendemos que un año ha durado un día, y un día un minuto. Debemos hacer entonces que un minuto valga un día, y que un día valga lo que vale un año. Así, nuestra vida valdrá lo que vale una vida.

»Hay quienes viven a medias. Están muertos a medias, y ni siquiera se dan cuenta. La única manera de merecer la vida es vivirla toda. Vivir toda la vida».

Así dice la voz de aquella tumba, voz de vida.

Pocos pelos, pero bien peinados.

P

A la salida de la escuela los niños del rancho me piden que los lleve en mi camioneta. Suben a la parte trasera, bulliciosos. Yo espero a que se sienten todos.

—Vámonos —me dice don Abundio—. Andando la carreta se acomodan las calabazas.

Quizá no en esta ocasión, pero en otras sí tiene vigencia el dicho del socarrón señor. Hay veces que no emprendemos una acción porque no todas las circunstancias están dispuestas según nuestros deseos. Así, esperamos a que nos sean favorables en vez de actuar para hacerlas servir a nuestro fin.

Le doy vueltas a la frase de don Abundio y me propongo aplicarla en lo posible. Cuando deba hacer algo voy a empezar a hacerlo, aunque vea ante mí muchas dificultades. Al cabo ya lo sé: andando la carreta se acomodan las calabazas.

P

E n enero pasado reparamos la cerca del Potrero. (La tierra descansa en el invierno, pero nosotros no). Sobró un rollo de alambre de púas y lo dejamos en el granero fijo con una estaca a la pared.

Cuando llegó la primavera una pareja de chileros hizo su nido en el interior de aquel rollo de alambre. No detuvo a las grises avecillas la dureza y frialdad del metal; no las asustó lo feroz y erizado de las púas: con briznas de hierba seca y con plumitas formaron ahí su propio mundo, tibio y suave, y en él perpetuaron su pequeña vida.

Yo encuentro una lección en ese cuadro: aun en las adversidades puede la vida continuar; aun en medio de los más grandes sufrimientos puede florecer el milagro del amor.

P

Eso les pasó a mis tías por no juntar las rodías.

P

Nos levantamos en la madrugada, cuando hasta los gallos dormían en el rancho. Un trago de café y dos de aguardiente nos quitaron al mismo tiempo sueño y frío. Luego subimos en la camioneta y fuimos a la huerta que plantó mi amigo en el suave declive de la sierra. Nos detuvimos antes de llegar. A pie nos acercamos, y los vimos en el claror incierto del amanecer.

Los venados... Tres machos de enhiesta cornamenta para suscitar el amor y defenderlo; un pequeño rebaño de hembras perfumadas de celo, mansas para ofrecerse al milagro de perpetuar la vida.

Los vimos en silencio triscar entre los árboles sin hojas. Quietamente cortaban las briznas de la hierba y la comían sin sobresaltos: en esa región nadie los persigue. Luego seguramente el viento les llevó nuestro olor de hombres que pueden matar y se dirigieron con lentitud a su refugio en el bosque.

En Estados Unidos, me dicen, los venados se han vuelto ya una plaga. Hay que cazarlos por millones a fin de que su número no crezca. ¿Será? Aquí los venados son para mí un milagro que debe contemplarse con la emoción con que un milagro se ha de ver.

P

Don Abundio, el del rancho, no conoce el mar. Ni falta que le hace: conoce muy bien su tierra.

—Entiendo, señor licenciado, que va usted a Veracruz.

—Así es, don Abundio. Mañana salgo para allá.

—Si Dios quiere. Y entiendo, licenciado, que en Veracruz hay mar.

—Sí que lo hay don Abundio. Y lindo.

—Muy bien. Me han dicho que el agua de mar es buena pa' las reumas. Quiero encargarle que me traiga un litrito de esa agua. Si mi pedido importa un gasto yo acá se lo repongo.

—No será necesario, don Abundio. El agua de mar es gratis: nadie tiene que entubarla. Yo le traeré ese litro de agua de mar para sus reumas.

—Gracias, señor licenciado. Y que sea de la del mero centro. Dicen que es la más buena.

—Del centro del mar le traeré el agua, don Abundio.

En menos que se persigna un cura loco.

P

Nadie en el rancho sabe de qué vive doña Ninfa, la mujer más anciana del Potrero. Quizá vive de milagro.

«Nada tengo —dice ella— pero Dios me tiene». No pide y todos le dan. Su pobreza ofrece a los demás esa riqueza que consiste en dar.

Hace unos días un hombre de la ciudad llegó a su casuca de adobes y le informó que *por su edad y su condición social* tenía derecho a recibir cien pesos al mes de uno de esos programas de asistencia que aplica hoy el Gobierno.

—¡Ah, qué bueno! —se alegró doña Ninfa—. ¡Así tendré para darles a los pobres!

Yo llevo libros al Potrero de Ábrego para leer allá. Sin embargo, el mejor libro es el Potrero.

P

Con la helada se fue el azul del plúmbago.

El frío mató la flor y pintó de un feo pardo oscuro el verdor de sus ramas y sus hojas. Miro ahora el espectro de la planta y el alma se me pone triste.

Pero vendrá mañana el sabio jardinero y podará el arbusto casi de raíz. Vendrá también mañana la sabia primavera, y de la vida que duerme abajo de la tierra hará una nueva vida, y otra vez el azul del plúmbago será como un pequeño cielo en mi ventana.

Siempre habrá heladas en el mundo.

Pero siempre habrá plúmbagos también.

P

Habr  vacas más chichonas, pero no que den más leche.

P

Hay en el cementerio de  brego una tumba.

Para el que no sabe ver, las tumbas son imagen de la muerte. Para el que no sabe oír, hablan del final.

Y, sin embargo, al lado de esa tumba creció un  lamo de los que aquí llaman *estrella* por la forma de sus hojas y por el color de plata de su envés. En ese árbol se escucha, al despuntar el alba y en las tardes, el canto de los pájaros, y en cada rama suya se ve un nido, promesa de la vida.

Quizás hago mucha fuerza a la imaginación, pero gusto de pensar que las hojas de ese árbol son ojos que me miran: los ojos de aquellos que se fueron y que siguen aquí con la presencia que el recuerdo da. A la vida sigue siempre la muerte. *Es ley de vida*, suele decir la gente.  Por qué no dice: *Es ley de muerte*? Porque presiente que, así como después de la vida viene la muerte, después de la muerte seguirá la vida. Nos lo dice esta tumba en su silencio. Nos lo dice este árbol con sus nidos.

P

Cuando el huerto de durazneros se pintó de rosa me dijo don Abundio:

—Disfrute esto, señor, que pronto pasará.

Después, cuando una larga sequía nos agost  las sementeras y nos mat  de sed a los ganados, me dijo don Abundio:

—No se apure, señor. Esto pronto pasará.

En efecto: se fue bien pronto la belleza de las flores en los durazneros, pero cada una se volvió esperanza cierta de un sabroso fruto. Y se fue también la desolación de la sequía: ahora el campo es como una mullida alfombra de verdor.

Todo pasa. Nosotros pasaremos también. Pero la recia sabiduría de don Abundio contiene una promesa: si todo pasa es porque todo queda. Se va la vida, pero otra vez regresa. La estamos viendo irse. Ya la veremos regresar.

Come santos y caga diablos.

P

El que cree que una cosa —cualquier cosa— es sencilla, es porque no sabe nada de ella.

Hasta la más humilde cosa tiene magia y lleva en sí un halo de misterio. Todo es sagrado; ante el diverso e infinito mundo de lo existente deberíamos postrarnos con reverencia. Me explico que un científico no vea a Dios, pero me asombraría que un poeta no lo viera.

Ahora estoy mirando este baúl. Más de cien años tiene ya de estar aquí, en nuestra casa del Potrero. Es un mueble sencillo; muestra la austeridad de la gente y las cosas potrereñas. Pero al abrirlo surgen más perfumes de los que guarda el más añoso vino: huele a pino, a albahaca, a limpieza de sábanas nupciales, al membrillo y a la manzana que cuatro generaciones de mujeres han puesto aquí para aromar su ropa... Huele a recuerdos, esa forma de vida perdurable...

Este baúl es un altar. Pongo la mano sobre la comba de su tapa y me parece que estoy tocando toda la redondez del mundo.

P

Legó otra vez el frío.

Después de las heladas de enero tuvimos un engañoso veranillo. Salió el sol, y el duraznero y el geranio, confundidos, pensaron que había llegado ya la primavera y sacaron sus flores a la luz para que vieran el azul del cielo.

Mentira. Aquello era mentira. Cuando apenas los pétalos se abrían vino otra vez el golpe del invierno y los mató.

Así se abre a veces el corazón a la esperanza cuando no es tiempo de esperanza todavía. Una de las cosas que las flores y el corazón han de aprender es a esperar. Siempre llega la luz, y llega siempre el esplendor renovado de la vida.

Todo el secreto está en saber esperar. Esperar siempre.

Al que se ha de condenar es por demás que le recen.

P

Hay en el cementerio de Ábrego una tumba. El tiempo ha borrado las palabras escritas en su lápida, pero si supiéramos escuchar las palabras que de las tumbas salen oiríamos esto.

«Yo fui amigo del agua. La sentí siempre como parte de mí, igual que si la sangre de mis venas me corriera por fuera. Casi podía verla abajo de la tierra; cuando iba por el campo la sentía bajo mis pies.

»Corté una vez unas varas, y entre mis manos se doblaban ahí donde había agua. Luego ni las varas siquiera requerí: el agua me avisaba de su presencia subterránea en modos que ni yo mismo me podía explicar. Una vez tuve en mis manos el plano de un terreno lejano, y señalé el punto en el que estaba el agua.

»Dejé de hacer todo eso porque los hombres reñían por el agua, o la ensuciaban o la hacían objeto de su mezquino comercio y de su envidia. Cuando llegué al final de la vida, sin embargo, marqué el sitio de mi tumba. Corre un hilito de agua por debajo de ella. Y en mi sueño el agua canta para mí».

Hay en el cementerio de Ábrego una tumba. A su alrededor es más verde la hierba y las flores tienen más color.

P

Me estoy haciendo viejo —dice don Abundio—, pero no estoy envejeciendo.
Y añade:

—Unos quieren morir lo más viejos posible. Yo quiero irme lo más joven que pueda.

Se acerca don Abundio a los noventa años. Es claro que ya no puede hacer muchas cosas que hacía antes. «Pero hago otras que antes no podía hacer —declara—. Pensar, por ejemplo... Recordar... O simplemente sentarme a no hacer nada cuando me da la gana».

Tan pronto empezó el año don Abundio me propuso plantar otra huerta. La quiere de ciruelos Santa Rosa. «Me gusta el árbol —razonó—. Y más me gusta el nombre». Es que Rosa se llama su mujer. Y me dijo:

—Para no hacernos viejos, licenciado, debemos hacer algo nuevo.

Pa' los pobres se hizo la horca.

P

Viene un cenizontle al árbol de mi casa y canta, y la mañana se levanta a oírlo.

Por la noche hay un grillo en el jardín: el fin del día se alarga en el acorde monocorde de la pequeña canción, mínima como la voz de una violeta.

Cenizontle matutino y grillo nocturnal... Las complicadas armonías con que el ave hace malabarismos en la luz se vuelven ritmo elemental cuando en la noche canta el grillo. Igual el tráfago del día que se aquieta en la sombra.

E igual también, supongo, la tarde de la vida. En ella todo se hará mansa quietud, simplicidad gratisima. Entonces, guardando en la memoria la espléndida melodía del cenizontle, deleitaré el oído con la sencilla música del grillo, tan semejante al latido del propio corazón.

P

Hay en el cementerio de Ábrego una tumba. El tiempo ha borrado las letras de su lápida y nadie recuerda ya quién está ahí. Pero este día hay viento, y el viento ha levantado el polvo del panteón, y el polvo habla en el viento y dice:

«Mientras viví nunca pensé que iba muriendo, y no pensé cuando morí que renacía. Ahora sé que la vida y la muerte son una misma cosa, Más aún: sé que en verdad no hay muerte. Solo la vida existe y todo lo llena con su eternidad. Ahí te espero».

¿Quién dice esas palabras? No lo sé. Quizá las digo yo. O quizá —quién sabe— las estás diciendo tú. El viento va llevando las voces de la tierra, y en esa tierra vamos todos, y todos somos esa tierra. Oigamos en el viento estas palabras: *La tierra es el cuerpo de Dios*. ¿Quién dijo esas palabras? No lo sé. Quizá las digo yo. O quizá —quién sabe— las estás diciendo tú.

P

*No hay dolor que al alma llegue
que a los tres días no se acabe.*

P

¿Adónde se fueron? Nadie sabe, pero ya no veíamos golondrinas en el Potrero de Ábrego. Por un misterio que nunca conocimos dejaron de venir. Ya no mirábamos sus volatines ni escuchábamos su jubiloso piar, ni nos congratulábamos por la buena ventura que recibiríamos si una hacía su nido en nuestra casa.

De pronto, por un misterio que no conoceremos nunca, volvieron las golondrinas otra vez. Mientras escribo mis caligrafías las miro hacer las suyas sobre la plana azul del cielo, y oigo sus voces como de niñas que cometen travesuras.

Doy gracias por este amable don que se fue un día y que otro día regresó. Ahora que estoy aquí gozo a la golondrina igual que gozo la flor de breve vida que se llama *amor de un rato*. Cuando ya no esté gozaré su recuerdo, y en el recuerdo la miraré como ahora la estoy viendo, toda levedad y toda gracia, con la belleza que tiene la belleza que no va a durar.

P

La tierra es buena siempre, aunque sea mala.

(Dirá un predicador: «Y el hombre siempre es malo, aunque sea bueno»).

En esta tierra que decían mala pusimos don Abundio y yo un centenar de pencas de nopal. Después nos fuimos y nos olvidamos de ellas.

Yo daba por seguro que se perderían. Aquello era un erial; las liebres hallarían en las pencas un alimento inesperado y las acabarían.

De esto hace unos diez años. Algunas desaparecieron, sí. Pero ayer regresamos a ese páramo y he aquí que donde no había nada hay ahora una tupida nopalera. Volveremos a recoger las dulces tunas y tiernos nopalitos que harán sabrosa la mesa cuaresmal.

La tierra es buena siempre.

Los hombres olvidamos; ella no.

Ahora con tambora, porque con violín se atora.

P

Caminé hace unos días los veintiún kilómetros que hay entre Saltillo, mi ciudad, y la comunidad montañesa llamada Sierra Hermosa.

De madrugada empecé la caminata, y en apacible soledad. Subí por el camino del Cuatro, antigua vía por donde bajaban las carretas que traían el carbón, la leña y aquellos trigos arteaguenses que —dijo Alessio Robles— eran mejores que los que se daban en Ucrania.

Abajo la ciudad, otra ya y la misma siempre. Arriba el cielo, jactanciosamente azul. Y yo en el medio, donde se escuchan a un tiempo la voz de las alturas y el llamado de lo terrenal.

Cuando el sol estaba en el cenit llegué a Sierra Hermosa. Me recibió el olor de las cocinas, donde reside la soberanía de mujeres dueñas de saberes ancestrales. Gocé el yantar sabroso de la gente del campo. Aquí en mi casa siento que soy yo. Allá en la montaña siento que soy otro. ¿Llegará el día en que sepa quién soy?

P

Las ventanas de las casas del Potrero son pequeñas, tanto que apenas dejan penetrar la luz.

¿Por qué son tan pequeñas las ventanas? Me cuentan los ancianos que sus antepasados las hacían así por los frecuentes asaltos de los indios. Otros guardan oscuros recuerdos de Santa Anna: según el tamaño de las ventanas, dicen, era el tamaño del impuesto que por ellas podía cobrar la autoridad.

Sin embargo, la ventana de mi cuarto es grande y alta. Toda la luz puede pasar por ella, y todo el aire. Cuando la abre doña Rosa siempre dice:

—Que entre la gracia de Dios.

Quizá por eso es grande la ventana, porque grande es la gracia que reparte Dios.

Por la ventana de mi cuarto veo el cielo y la tierra. Si alguien me mira los verá también.

P

De dónde saca don Abundio esas reflexiones con las que a veces me sorprende? El viejo cuidador de nuestro pequeño rancho familiar dice cosas que ponen a pensar.

El otro día, por ejemplo, hablábamos de un cierto señor que tiene mucho dinero. Nadie conoce bien a bien el origen de su fortuna. Y dijo don Abundio:

—Nuestros pasos contarán al final más que nuestros pesos.

Yo no entendí de pronto el sentido de su frase, pero después supe lo que quería decir. Cuando lleguemos al término de nuestra vida el dinero importará muy poco. Lo valioso será el bien que hayamos hecho a lo largo del camino.

Le digo a don Abundio:

—Tiene usted razón. En el futuro cuidaré un poco menos mis pesos y un poco más mis pasos.

Me responde:

—A'i usted sabe.

P

P

Hablar de las violetas puede ser cosa cursi, pero hablar de una violeta no. ¿Por qué no hablar de ti, mínima flor que vives como si no supieras que hay invierno? Te miré esta mañana en el jardín y eras una pupila azul que me miraba a través de la celosía de las hojas. Tuve el deseo de arrodillarme, no para verte más de cerca, sino para dar gracias por tu ser y por ser yo contigo. Pero algo me contuvo. Ahora sé que fue el miedo a la cursilería.

Hice mal. Las flores no son cursis. Si lo fueran no existiría la rosa, ni la margarita de pétalos oráculos, ni aquel inolvidable nomeolvides. ¿Por qué entonces ha de ser cursi hablar de flores?

Florido voy, violeta, por haberte visto. Mi día está pintado con tu azul. Perdura en mí tu aroma. Por ti quedó santificada mi alma. Eso que en los libros de devoción se llama *olor de santidad* debe ser una fragancia de violetas.

P

A mí ningún buey me brama, y menos en mi ranchito.

P

Hay en el cementerio de Ábrego una tumba. Quienes saben oír las voces de las tumbas en ella escuchan esto:

«Una cosa aprendí al final de los años de mi vida. Aprendí que para los años no hay final. Termina uno y otro empieza. Se va este y el que le sigue llega. El tiempo de un hombre no es el tiempo del Hombre. La Vida sigue existiendo después de mi vida. Yo salí de mi vida, pero no salí de la Vida. En ella seré otra vez. No sé cómo, ni cuál será esa nueva vida para mí, pero mi tiempo no es todo el tiempo. Para los años no hay final ni hay término para la vida. Se va el año y viene otro. Se va la vida y otra viene. Volveré con el tiempo. Volveré con la Vida».

Eso dice la tumba del cementerio de Ábrego. También dice que solo el que no sabe de la vida cree en la muerte.

P

Son largas las noches del invierno, y frías. Esta mañana el paisaje es blanco y silencioso. Cayó en la madrugada eso que en el Potrero llaman *candelilla* —casi nieve, casi hielo—, y todo quedó cubierto de una alba soledad.

Yo miro por la ventana el campo y no lo reconozco. Se me ha extraviado la familiar visión. ¿En dónde está el camino? ¿Dónde quedó el cauce del arroyo? Entre la huerta los árboles parecen extraños arrecifes de coral que se desangró.

A todos lados llega el invierno en el Potrero, menos a las cocinas. En cada fogón arde un pequeñito sol. Yo me siento en la silla de tule, junto al fuego, y bebo una taza del recio café que en el rancho se bebe. Por encima de la chimenea el viento serrano ulula como un coyote hirsuto. Yo no lo escucho: yo oigo el crepitar de la leña y el borbollar del agua en el caldero, monótono ronroneo de gato. Mi corazón no tiene frío. Por fuera de él pasa el invierno con su cortejo de fantasmas blancos.

Ora sí se vende pulque, ya apareció la medida.

P

Este peral da frutos grandes, redondos y amarillos. Tantas peras da el árbol que sus dueños no alcanzan a recogerlas todas: alrededor del tronco hay una alfombra de oro que las aves y los insectos de Dios visitan cada día.

El peral es alto y es frondoso. Cuando se eleva el sol sobre Las Ánimas su sombra llega al estanque y se refleja en él. Al acabar la tarde la sombra del peral es el camino por donde entra la luna al huerto en soledad.

El peral es viejo. Me dice don Abundio: «Yo todavía era niño y él ya era árbol». Generaciones de pájaros carpinteros han dejado en sus ramas la escritura de los sonoros picos. Siempre he oído hablar de este peral señero que una vez dio sesenta cajas de su fruto. Ya no da tanto, es cierto, pero todavía da: nadie se acerca a él sin recibir el regalo de una pera hecha de azúcar y cristal, o sin gozar el refugio de su sombra, o sin oír el concierto de su banda de música de pájaros. Miro cómo el peral se da todo a los demás, y leo en él la lección de lo que yo debería ser.

P

Son las siete de la mañana en el Potrero. Abro la ventana —para que entre la gracia de Dios, dicen las gentes— y oigo los ruidos mañaneros: risas de niños que van a la escuela; gritos de mujeres que se llaman unas a otras; voces de hombres que arrear a sus animales. Es el sonido de la vida. Las siete de la mañana es hora mágica.

Son las tres de la tarde en el Potrero. Hasta el viento que baja de la sierra se ha aquietado. Nadie va por las casas. Roza apenas la tierra el sol de invierno. Todo calla. Es el silencio de la vida. Las tres de la tarde es hora mágica.

Son las once de la noche en el Potrero. Van por el aire los aullidos de los coyotes y los persigue el ladrido de los perros del rancho. Llega a mi cuarto el crepitar del último leño en el fogón de la cocina, y se oye el *tic tac* acompasado del viejo reloj que está en la casa desde antes de estar yo. Es la eternidad de la vida. Las once de la noche es hora mágica.

Todas las horas de la vida son mágicas. Toda la vida es mágica.

P

Hay en el cementerio de Ábrego una tumba. El viento que sopla en los otoños lleva por las calles del pueblo sus palabras:

«A nadie amé en la vida y no dejé que alguien me amara. Por egoísmo viví solo, y morí solo también, porque la soledad es el único fruto que el egoísmo da.

»No visiten mi tumba, la de las flores grises. Aquí no llegan ni los pájaros y hasta la luz del sol se vuelve opaca al dar por las mañanas en su losa. No se acerquen: todavía hay en mí sombras de egoísmo y pueden oscurecer las luces del amor que hay en ustedes y que adivino sin poder sentirlo».

Hay en el cementerio de Ábrego una tumba. Nos dice que la muerte es cosa triste cuando aquel que murió no tuvo vida.

P

Don Abundio soñó una vez que en el fogón de la cocina de su casa había dinero enterrado. Lo tumbó todo, y nada. Escarbó luego en el lugar donde el fogón había estado, y nada. Se llamó a sí mismo *pendejo* y dijo:

—Eso me pasa por hacer caso de los sueños.

Años después don Abundio vendió esa casa. El nuevo dueño quiso hacerle un arreglo a la campana del fogón. Cuando le dio el primer golpe para quitar el enjarrado cayó un largo chorro de moneditas de oro.

La esposa de don Abundio, doña Rosa, lo llamó *pendejo* y dijo:

—Eso te pasa por no soñar bien los sueños que sueñas.

P

Este cabrón trae huaraches y me viene a taconear.

P

Desde mi cama, por la ventana de la casa campesina, veo la huerta arrellanada en la penumbra del amanecer. Los manzanos entregaron ya su último fruto y sus hojas empiezan a pintarse de color sepia pues se disponen a salir en el retrato del otoño.

Sobre la loma, al otro lado del arroyo, el caserío es como un barco inmóvil en el quieto horizonte de la noche. La ropa tendida se agita en el aire recién creado y finge los gallardetes de la nave.

Se vuelve claro el cielo. Miro los campos en reposo: cumplida la faena se echan a descansar igual que un manso perro. Termina de bañarse la mañana y sale goteando de rocío. En la copa del pino se vierte el primer rayo de sol.

Dios, que es la vida, esparce una indulgencia plenaria sobre el mundo. Entra por la ventana su indulgencia y se me acuesta encima como una amable amante que me poseyera, húmeda de amor.

P

Doña Rosa es mujer sabia. Perdonará el lector la redundancia. No es de las que andan dando consejos por ahí. Dice que los consejos que se dan a quien los pide los da Dios; pero los que se dan sin ser pedidos, esos los da el diablo.

Doña Rosa tiene un hijo. El hijo es tenido por una esposa. Así, muy raras veces ve a su madre. Vive ella en el Potrero, y su hijo pasa por el camino, rápido, en su camioneta, y no llega ni a saludarla casi nunca. Las vecinas se enojan y frente a doña Rosa dicen mal del muchacho.

—Déjenlo —les pide doña Rosa—. Al cabo también es padre.

Quiere decir que, así como su hijo la trata, igual será tratado él por sus hijos.

Doña Rosa es mujer sabia. Perdonará el lector la redundancia.

P

Si nos hemos de morir, ya vámonos enfermando.

P

He subido a la montaña que está frente al Potrero. Fui caminando por la antigua vereda de los leñadores hasta llegar a lo alto, donde residen los más altos pinos. Allá no alcanzó el fuego de los últimos incendios, y todavía esos nobles gigantes se yerguen para rozar las femeninas formas de las nubes.

Desde arriba se ven pequeñas, muy pequeñas, las casas de mi rancho. Y se ve pequeñito, muy pequeño, el jet que pasa dejando una larga estela blanca. Estamos solos el pino, la montaña y yo. Los tres nos sobresaltamos cuando un pájaro azul pone en el aire su estridente grito.

Desciendo junto con el sol, que ya traspone el último picacho. Me espera la cocina, olorosa a humo de leña. En la fogata hierve el agua para el sabroso té de yerbanís. Llega la noche, más alta en el Potrero, y más profunda. Por el Camino de Santiago baja hasta mí la luz de las estrellas. Escucho, lejos, ladrar a los perros del pastor... Termina un día más de Dios...

P

Hablo con don Abundio de los pasados tiempos y le digo:
—Lo malo es que todo cambia.

—Sí —responde él—. Y lo bueno es que todo cambia.

Es cierto. Mueren las costumbres a las que estábamos ya tan acostumbrados y nacen otras nuevas, extrañas y distintas, ajenos hábitos a los cuales no nos podemos habituar. Pero esos nuevos usos se vuelven pronto como los anteriores, parte de nuestra vida diaria, y a ellos nos amoldamos como a la mano un guante, y son los que extrañaremos cuando otros usos lleguen, porque lo nuevo nos parece siempre mejor que lo pasado.

Tiene razón el viejo campesino.

Lo malo es que todo cambia.

Lo bueno es que cambia todo.

Tú te das golpes de pecho nomás cuando te atragantas.

P

En el Potrero de Ábrego... El día ha sido corto; la noche será larga, ya con largor de invierno. He leído estas cosas de fray Luis de León, con más de león a veces que de fray, y apago la luz de vela que me iluminaba.

Pongo ahora en la almohada la cabeza y doy gracias a Dios en sus criaturas. Gracias a las ovejas que dieron esta lana de la cobija que me quita el frío, y gracias al pastor que las apacentó. Gracias a la mujer que bordó la orla de la sábana, pues puso una orla de belleza en la planicie de su monotonía. Gracias al árbol que dio madera para el lecho, y al artesano que con sabiduría la labró. Gracias por la noche que nos hace esperar el día, y gracias por el día que vendrá —siempre vendrá otro día—, y por el día que se fue, con el cual me fui también un poco yo...

Termino mis gratitudes, hasta donde las puedo terminar. Llega el sueño y en él me sueño de diferente modo que como me sueño en la vigilia. El día ha sido corto. La noche será larga en el Potrero de Ábrego. Es decir, en el mundo... Y será larga en el mundo. Es decir, en el Potrero de Ábrego.

P

Hay en el cementerio de Ábrego una tumba. En ella están los restos de don Amador. La gente decía de él que no dormía nunca, pues trabajaba de sol a sol su huerto y se pasaba la noche entera en sus lecturas. La luz de su lámpara ardía hasta el amanecer.

Sobre la tumba de don Amador se leen dos palabras: «Vivió. Murió». El propio don Amador redactó ese lacónico epitafio. Ahora, cuando la noche es más de noche y no hay ninguna luz, dice don Amador desde su tumba:

«Es cierto mi epitafio. “Vivió. Murió”. Igual puede decirse de cualquier hombre, sea lo que haya sido él entre las dos palabras. Pero ahora conozco la verdad. Y esa verdad la puedo declarar con otras dos palabras: “Murió. Vivió”. Tengo otra vida ahora que con la muerte comenzó. Nacer es empezar a morir, y morir es un nuevo nacimiento. Nacer. Morir. Dos palabras para escribirse en círculo».

Hay en el cementerio de Ábrego una tumba. Y hay una cuna en el caserío de Ábrego.

El que con leche se quema hasta al jocoque le sopla.

P

A la sombra de este nogal, me cuenta don Abundio, se sentaba don Francisco de la Peña, tatarabuelo de mi esposa, a ver el paso de las tropas coahuiltecas que iban a combatir contra el francés.

Hace unos años le cayó un rayo al noble árbol. Si los árboles tienen corazón —yo creo que lo tienen— ese terrible golpe partió el suyo. Se desgajó su tronco, quedaron secas sus ramas y su fronda... «Usted ordena cuándo, licenciado», me dijo Erasto, el leñador.

No di la orden. ¿Quién puede ordenar que se derribe una catedral, así esté en ruinas? Pasó el tiempo. Y un día el nogal reverdeció. Ya no es el mismo de antes, pero es el mismo de antes: guarda las memorias queridas del ayer, y a su sombra descansamos los que vivimos hoy. El rayo puede herir el tronco y el ramaje, pero en la oculta raíz late la vida, y ella nos hace siempre renacer.

P

Mientras dormíamos cayó la nieve, y cuando despertamos el monte azul se había vuelto blanco, y blanca estaba la tierra color ocre, y blanco era el verdor del huerto y el solar.

Esta nieve es una blanda caricia de Dios. La amamos por callada, y por buena la amamos. Con la primera visita del sol se fundirá y llegará por secretos laberintos a los abismos minerales. Saldrá después tornada en agua clara que calmará la sed del campo y de los hombres.

Hermana blanca, hermana nieve, inmóvil agua promesa de abundancias: bienvenida seas, y perdona si nuestro paso rompe tu alba belleza, extendida como un armiño real sobre el paisaje. Quédate con nosotros unos días, nieve hermosa, y vuelve luego a los senos de la tierra y amasa con ella nuestro pan.

P

P

Don Abundio relata historias reales que parecen inventadas, y dice descomunales mentiras que presenta como verdad irrecusable.

Cuenta de un compadre suyo a quien cierto día visitó. Al llegar a la puerta de la casa escuchó adentro voces destempladas. Era su compadre, que gritaba: «¡Vieja desgraciada! ¡Ya me tienes hartó, zorra! ¡Me voy! ¡Me voy de esta casa para siempre!».

Temeroso de algún desaguisado llamó a la puerta apresuradamente. Le abrió el dueño de la casa. Se veía tranquilo. Cauteloso, le dijo don Abundio:

—Oí gritos, compadre.

—Sí —respondió el tipo—. Mi señora salió y estoy ensayando por si alguna vez me atrevo.

Narra esa historia don Abundio, y la remata:

—Yo ni a ensayar me atrevo.

P

Me asomo a la noria y miro el cielo en el cristal del agua. Ha llovido estos días; el pozo se ha llenado con un agua tan fina que parece aire, tan pura que parece una virgen que ni siquiera sabe que lo es.

Muy cerca está la casa, azul y anaranjada. Desde lejos se ve como el juguete que un niño hubiera olvidado después de jugar en la pradera.

Este lugar se llama Los coyotes. En la sierra cercana tienen los animales sus cubiles, y ahí paren las hembras a sus hijos. Por la noche nos llega con el viento el gañir de los cachorros, y oímos los extraños ruidos que hacen las madres para tranquilizarlos. Los coyotes son buenos proveedores: la semana pasada cuatro gallinas nos faltaron. En aquel sereno paisaje la muerte está esperando...

Está esperando la muerte, y la vida también está esperando. Una y otra son la misma cosa. Me lo dice el agua de la noria, que ahora está en la tierra como una visitante que volverá después a la eterna nube de donde salió.

Tres mujeres juntas, ni difuntas.

P

Doña Rosa la del Potrero tiene una nieta casadera. Se llama Rosita, como ella, y está de novia con un mocetón del rancho La Purísima que la visita todos los fines de semana.

Doña Rosa es mujer que sabe las cosas de la vida. Le dio a la muchacha una libretita, y le dijo:

—Tu novio te va a pedir lo que los hombres piden. No se lo des. Dile: «Te lo debo». Pero delante de él apunta en esta libreta cada petición y lleva bien la cuenta. Dile que cuando se case contigo le pagarás todo lo que le quedaste a deber. Y con intereses, si quiere.

Posiblemente Rosita no conoce bien a los hombres, pero doña Rosa sí.

P

Hay en el cementerio de Ábrego una tumba. Si pudiéramos escuchar lo que las tumbas dicen, esto es lo que oiríamos:

«En los sepulcros de los reyes medievales aparecía su estatua, yacente sobre la losa de la tumba. El monarca podía haber muerto viejo ya, decrepito y consumido por los años; o quizá le arrebató la vida un mal que lo dejó contrahecho, deformado por llagas o bubas purulentas. Sin embargo, en la efigie funeraria el difunto aparecía siempre bello y joven, como fue en la flor de edad.

»Los anónimos escultores no adulaban. ¿A qué adular a un muerto? Querían significar que la muerte del ser querido debe borrar en nosotros cualquier mal recuerdo de su vida, de modo que lo veamos solo en sus aspectos buenos, con las galas de belleza con que nos revestirá a todos la infinita misericordia de Dios».

Hay en el cementerio de Ábrego una tumba. No tiene sobre su losa efigie alguna, pero nos recuerda que siempre debemos dar a nuestros muertos el bálsamo de la bondad y del perdón.

Si usted es el aguacate, que me hagan el guacamole.

P

Las cuatro estaciones del Potrero tienen más ritmo que las de Vivaldi.

Primavera, verano, otoño, invierno guardan aquí la perfecta armonía del universo, como si obedecieran a un exactísimo metrónomo.

Ahora que es otoño las hojas de los árboles caen junto con las del calendario.

A mí eso no me entristece, como a los poetas, que miran en la caída de las hojas una metáfora de la muerte.

Yo soy vecino de la tierra. Sé por tanto que estas hojas de octubre son las mismas que el árbol tendrá cuando regrese abril.

El mejor poema es la naturaleza.

Y todo en ella es una metáfora de vida.

P

En su jardín de Ábrego doña Sara tiene una maceta, y en ella una plantita que da pequeñas flores. Don Abundio le pregunta el nombre de esa mata. Contesta ella:

—Se llama *amistad*.

—¿Por qué se llama así? —vuelve a preguntar el visitante.

Responde doña Sara:

—Porque sus flores cambian de color de la mañana a la tarde, y se marchitan en la noche.

El viejo no sonríe. Se queda pensativo. Ella lo nota y dice:

—Pero no haga usted caso, don Abundio. Ya sabe usted cómo es la gente.

Don Abundio calla. No le dice que precisamente por eso se ha entristecido. Porque ya sabe cómo es la gente.

P

La leche se vende en cántaros, el azabache por gotas.

P

Hay en el cementerio de Ábrego una tumba. Quienes saben oír lo que las tumbas dicen escuchan en esa tumba estas palabras:

«Ahora que miro con ojos que todo pueden ver sé dónde está el oro que buscan los hombres en la tierra, conozco la residencia del diamante y las grutas en donde esplenden las más preciosas piedras. Bien podría decir a mis amigos el camino para llegar a esos tesoros. Pero sé que en verdad no son tesoros: son inerte materia, metal, piedras... Tesoros son aquellos que ni siquiera juzgamos riqueza en nuestra vida: el afecto de quienes viven con nosotros, el trato con los amigos buenos, los sencillos goces que cada día trae consigo. La vida es el tesoro. Si no sabes vivirla en el amor y el bien perderás el tesoro mayor, el más hermoso».

Eso dice la tumba del cementerio de Ábrego. Su voz no es escuchada, sin embargo: los hombres andan ocupados en buscar inerte materia, metal, piedras...

P

P

Adon Nabor el río le llevó tres vacas, y a doña Lucha sus nogales grandes. A nosotros el agua nos arrebató los perales que daban fruto ya en el huerto.

Del techo del cuarto del abuelo cae una pequeña lluvia pertinaz. *Gotera*, dicen todos. *Lágrima*, digo yo.

Cuando suceden catástrofes como esta las gentes del Potrero declaran con la serenidad que da el sufrimiento repetido: «Lo hace quien puede». Añaden luego una pregunta sin respuesta: «¿Y a quién *siguemos?*». Eso quiere decir: «¿A quién perseguimos por esto? ¿A quién le reclamamos?».

Tardarán las cosas en volver a ser como antes. Pero volverán a ser como antes. Parirán las vacas que a don Nabor le dejó el río; doña Lucha verá crecer los nogales que aún tiene, y otros perales plantaremos nosotros en el huerto. La tierra no deja de ser madre. Nosotros somos hijos suyos, y nunca nos abandona. Se irán las aguas bravas, saldrá de nuevo el sol, y será otra vez el milagro de la flor y el fruto.

También eso lo hace quien puede.

P

Con un verso mal cantado se jode la letanía.

P

Doña Rosa ha terminado de poner en orden su castaña. Por acá llamamos *castaña* a un baúl cuya cubierta abombada tiene la forma de ese fruto.

En su castaña doña Rosa guarda sábanas y colchas. Las tiene ahí en perfecto arreglo, limpias como una virgen que va al tálamo. Suele poner entre ellas una manzana o un membrillo, o ramitos de menta perfumada. Cuando abre su castaña doña Rosa se extiende por el cuarto un suave aroma que debe ser como el olor de santidad.

Yo quisiera tener mi vida igual que doña Rosa tiene su castaña, limpia y en orden, sin otras cosas que las necesarias. Pero no vivo aquí, en el rancho, donde todo tiene la sencillez y claridad del agua, y donde nada sobra y nada falta. A mí me falta todo porque me sobra todo. Miro la santa simplicidad de esta castaña y en ella quisiera guardar mi alma. Se volvería limpia y perfumada, como las colchas y sábanas de doña Rosa, que huelen a Dios.

P

Los sábados en el Potrero son más sábados. El paso de las horas se hace lento, como si también ellas quisieran disfrutar las horas.

Caminé en la tarde por la huerta. Los árboles, tan niños como mis nietos unos; otros mayores ya, como mis hijos, y los más de ellos viejos como yo, estaban en paz. Mostraban solo el verde tierno de sus hojas nuevas. Cuando volví a la casa sus ramas se agitaron levemente movidas por el primer viento de la noche. Me pareció que me decían adiós. Por las dudas les hice yo también un ademán de despedida.

Al otro día amaneció el día.

—Ven a ver —me dijo mi señora.

Fui a la ventana. La huerta era un hermoso lienzo blanco y de color de rosa. Por la noche habían florecido los ciruelos y los durazneros.

Y pensé que los milagros más hermosos suceden cuando no estás viendo.

Madrugamos, almorzamos, y después de comer nos vamos.

P

A esta señora del Potrero los vecinos le dicen *La Pinta*.

Se lo dicen a sus espaldas, desde luego, pues ella no conoce el remoquete, y si lo conociera seguramente se encalabrinaría. Pero toda la gente le dice así: *La Pinta*.

Ella misma se ganó el apodo. Sucede que está muy orgullosa de su origen. Afirma que, aunque no lleva el apellido, descende de los Peña, primeros pobladores de Ábrego, dueños de aquellas tierras extensísimas y aquellos ganados incontables. Hace notar lo rubio de sus cabellos, lo claro de sus ojos, la blancura de su tez, y luego manifiesta con orgullo:

—Díganme *La Pinta*.

Eso significa: «Díganme a quién me parezco». La gente, sin embargo, obsequia lo que parece ser su deseo y le dice *La Pinta*.

Cosas de ingenio peregrino se ven y se oyen en el Potrero de Ábrego. Yo me río de ellas. Doña Rosa, la mujer de don Abundio, meneaba la cabeza y me dice: «De qué poco se ríe».

P

Hay en el cementerio de Ábrego una tumba. A la caída de la tarde esta voz se escucha en ella:

«La muerte me dio el don de comprender la vida. Ahora sé cuál es la mayor sabiduría. Gocé la flor y la canción, el amor y la risa, el fiero vino y el bondadoso pan. Con esos sencillos elementos está hecha la vida de los hombres, y yo la disfruté y gocé esos amables materiales. Entenderá la vida quien entienda que aun sin su presencia seguirá habiendo flores y canciones, amor, risas, bebedores de vino y comedores de pan. La más grande ciencia radica en entender —y en aceptar con serenidad— que la vida seguirá sin ti. Si aprendes eso a tiempo sabrás gozar más de la vida y te irás de ella sin pesadumbre ni rencor».

Hay en el cementerio de Ábrego una tumba. Lo que dice esa tumba es la verdad.

No es por a'i, María, voltiáte.

P

¿Cuántos millones de años necesitó la naturaleza para pulir esta piedra y darle tal tersura que en mi mano se siente como caricia de mujer?

La encontré en el arroyo del Potrero y la llevé a mi casa igual que si llevara una preciosa gema. La miraba y me parecía ver algo sagrado. Y es que creo que aun en el silencio mineral suena la voz de Dios. Todas las cosas son su creación; en todas, por lo tanto, late el impulso creador. La callada piedra nos dice la historia del universo.

No supe dónde guardar este tesoro. Habría querido ponerlo en un joyero, o como ofrenda sobre el altar de un templo. Al día siguiente regresé al arroyo y en su cauce volví a dejar la piedra. Vendrán las lluvias de la primavera y en su corriente la llevarán quién sabe adónde. Quizás al mar. Sus aguas son un gran vientre de mujer. De ahí venimos todos, tras la fecundación del espíritu divino. Piedra y hombre son una misma cosa. Y con ellos es una misma cosa Dios.

P

Don Abundio el del Potrero dice que él es hombre de la tierra, y que en cambio su compadre Odón es hombre muy del cielo.

En efecto, don Odón tiene fervores de cruzado. O por lo menos de cristero. Canta con voz potente el himno de los guadalupanos: *¡Mexicanos, volad presurosos...!*, y en las procesiones para pedir la lluvia lleva el estandarte de San Isidro Labrador como si portara una bandera de combate, pues piensa que la sequía es cosa del demonio.

Don Odón tiene un hijo adolescente. Para evitar que en su cuarto haga cosas propias de su edad, que él considera impropias, le escribió con un carbón en la pared esta quarteta: *Mira que te mira Dios. / Mira que te está mirando. / Mira que vas a morir. / Mira que no sabes cuándo.* En la parte de atrás de la puerta de la letrina le dibujó un enorme ojo rodeado de rayos flamígeros a cuyo pie puso estas palabras ominosas: *Dios te ve.*

—¡Ah que mi compadre! —menea la cabeza don Abundio—. Por mirar al cielo no ve las cosas de la tierra.

P

Beso y beso y ya nomás, pocas veces o jamás.

P

Miro la nube que pasa sobre el picacho de Las Ánimas.

Miro el hielo que pinta un blanco gris en la cumbre de la alta sierra llamada el Coahuilón.

Miro el agua del arroyo que cruza por la labor de Los Coyotes...

Y pienso que todo es la misma cosa: la nube, el hielo y la corriente del arroyo. Todo es agua.

Ahora considero la variedad de seres que hay en la infinitud del universo: la piedra, el árbol, el animal, la estrella...

Y pienso que todos son la misma cosa: vida.

Y amor, que es el origen de la vida.

Doy gracias, entonces, porque soy uno y al mismo tiempo soy todo. Soy yo, y soy la piedra, el árbol, el animal, la estrella.

P

Esta nube que viene por el cielo como una enorme vaca negra es una nube de granizo.

Temblamos todos al mirarla: si deja caer su carga aquí golpeará a las manzanas en los árboles, y en ellas pondrá una cicatriz que las afeará. Así golpeadas no sirven ya para el mercado.

Entonces los rancheros llaman a sus esposas. Ellas hacen una cruz de ceniza sobre el suelo, y luego un *inocente*, un niño, blande un machete en alto a fin de asustar a la nube y que se vaya. Después todos juntos rezan antiguas oraciones a la Virgen y a San Isidro Labrador.

Yo desde la ventana veo todo y me conduelo del inútil rito. ¿Qué pueden unas mujeres y un niño contra la nube inexorable? Pero pasa la nube sobre el rancho, y el granizo cae lejos, en el monte.

—¡Increíble! —exclamo al mismo tiempo con alivio y con asombro.

Me pregunta extrañado don Abundio:

—¿Increíble qué, licenciado?

Esto se puede hacer sin tomar agua bendita.

P

Hay en el cementerio de Ábrego una tumba. Al lado de esa tumba se ve una flor. La tumba es gris; la flor, azul. Me acerco y escucho ahí una voz:

«No tuve fe mientras viví. ¿Cómo pude vivir sin tener fe? No tuve esperanza. Mi vida fue una continua desesperación. Y no tuve caridad, que es otro nombre del amor. Por eso viví solo y morí solo, que es una triste forma de morir.

»Ahora sé que debemos tener gran fe en la fe, y esperar la esperanza, y amar siempre al amor. Sin esas tres virtudes la vida se hace gris. Con una sola de ellas, el amor, que a las otras dos envuelve, la vida puede pintarse con el mismo color que tiene el cielo».

Hay en el cementerio de Ábrego una tumba. Afuera hay más, porque es una tumba la vida de todos aquellos que no tienen fe, ni esperanza, ni amor.

P

En el Potrero de Ábrego tenemos un meteorólogo infalible.

Es el viejo nogal que preside la huerta llamada La Carrera porque ahí tenían lugar antiguamente las competencias de caballos.

Cuando las ramas de ese árbol centenario, desnudas por el otoño y el invierno, dejan que asomen sus primeros brotes, entonces sabemos con absoluta certitud que no vendrá ya ninguna helada.

Nunca ha fallado el pronóstico de este sabio meteorologista. Por él nos guiamos todos. Jamás nos ha engañado su silencioso anuncio de la primavera.

Ayer lo visité, y sin palabras, solo viéndolo, le hice la consulta. Sus ramas carecen todavía de retoños. No guardaremos aún en la castaña, por lo tanto, las cobijas de lana que en el invierno usamos para cubrirnos por las noches.

Debemos escuchar la voz de la naturaleza. En ella está siempre la verdad.

Que dos se vuelvan tres, cosa muy fácil es.

P

¿Adónde va esta vereda? —le pregunto a don Abundio. Me contesta:
—Arriba.

Junto a la cruz que llaman «de Rivera», que nadie sabe ya por qué está ahí, comienza ese sendero que nadie sabe adónde va. Lo veo subir por la falda de la sierra y perderse luego entre los pinos. Un día, hace ya años, decidí seguirlo. Se me escondió en el risco, a medio cerro. Busqué en vano, por ver si continuaba. No lo hallé. Luego emprendí el regreso, porque caía ya la tarde y miraba lejano el caserío.

Ahora le pregunto a don Abundio:

—¿Adónde va esa vereda?

Y me contesta:

—Arriba.

P

En el cielo del rancho la luna está en menguante.

Sobre el perfil del horizonte los álamos empiezan a pintar sus hojas con el sepia y el ocre del otoño.

Se irá la luna; se irán las hojas de los árboles; pero a la vuelta de los días y las semanas un resplandor de luna llena llenará el cielo otra vez, y luego del reposo del invierno los álamos tendrán en primavera nuevas hojas.

Somos como la luna. Somos como el álamo. Con ellos formamos parte del universo de la vida. Si la luna es creciente después de ser menguante ¿no creceremos también nosotros en una nueva vida? El verano se hace otoño, pero después del invierno llega otra primavera. Con nosotros será igual. Somos el álamo y la luna. Somos el universo.

P

¡Ora sí, violín de rancho, ya te agarró un profesor!

P

Don Abundio es sabio conocedor de la naturaleza humana. La otra tarde se topó con un amigo al que hacía algún tiempo no miraba.

—¡Qué gusto verte! —le dijo al tiempo que lo abrazaba con alegría—. ¡Pensé que te habías muerto!

El otro, sorprendido, preguntó:

—¿Por qué pensaste eso?

Contestó don Abundio:

—Porque últimamente he oído hablar muy bien de ti.

Don Abundio es gran conocedor de la naturaleza humana. Sabe que solo hablamos bien de los demás cuando ya no pueden escucharnos.

P

Dos perros hay en el Potrero de Ábrego. Se llama uno Solito, pues así, solito, apareció en el rancho un día. El otro, gordezuelo y chiquitajo, responde al nombre de Frijol.

El Frijol y el Solito son grandes cazadores. Y son también grandes amigos. Todas las mañanas salen juntos a la labor a buscar tuzas. Entre los dos las persiguen con estratagemas infalibles: el roedor que huye de uno de los perros va a caer indefectiblemente en las fauces del otro.

Un par de tuzas cazan cada día, nada más, lo suficiente para saciar el apetito mañanero. Pero hay una cosa que a cualquier observador habrá de interesar y que a mí me emociona: cuando cazan la primera tuza van y la dejan a la orilla de la labor. Solo hasta que cazan la segunda se ponen a comer los dos.

Desde el camino veo las cacerías del Frijol y el Solito y me pregunto por qué los hombres somos tan díscolos, tan envidiosos, si hasta los perros de rancho saben trabajar juntos y compartir los frutos del trabajo.

En el pequeño cementerio de Ábrego hay una tumba sin inscripción ni lápida. Pero en las noches en que no sopla el viento se puede oír ahí una voz:

«No leí jamás los libros escritos por los hombres. Bastante ignorante es ya uno sin leerlos. Pero por casualidad me enteré de que los chinos dicen que todo hombre debe engendrar un hijo, plantar un árbol y escribir un libro.

»Me impresionó la frase, pese a que en mis tiempos se creía que los chinos servían solo para almidonar camisas, y quise cumplir aquel mandato. Me apliqué primero a la tarea más urgente y comencé a engendrar hijos. Escasamente habrá algún rancho de la sierra en que alguien no tenga los ojos como yo.

»Luego me puse a plantar árboles. Los hijos se me fueron; los árboles jamás. A los hijos les di yo; los árboles me dieron a mí.

»Y eso fue lo que hice. Engendrar muchos hijos; plantar muchos árboles. Quiero decir que viví porque hice surgir vida.

»Lo demás, lo del libro, no importa. Quienes los escriben sacan libros de un anaquel, los leen, escriben el suyo, y vienen otras manos y lo ponen en el anaquel.

»Yo tuve hijos. Yo planté árboles. Viví. El libro se los debo».

Don Abundio es padrino de una boda.

—Brindemos —dice a la concurrencia— por la salud de los novios.

Alzan la copa y beben todos.

Ahora —prosigue el viejo socarrón— bebamos a la salud de la criatura.

—¿Cuál criatura? —pregunta, hosco, el padre de la novia.

Responde con gran sonrisa don Abundio:

—La que esta noche van a empezar a hacer estos muchachos.

Todos ríen —el papá de la novia no tanto—, y su risa es como una gozosa canción.

Admiro mucho a don Abundio. Cuando este hombre del Potrero era joven —me dicen— parecía un viejo por su prudencia y su saber. Ahora que es viejo parece un joven por su amor a la vida, por su constante alegría de vivir.

*La cabra: en el monte es muy latosa;
en la mesa es muy sabrosa, y en la bolsa es muy ruidosa.*

P

Don Zenón, que vive en el rancho, es dueño de los siguientes bienes: una labor pequeña, un cuarto hecho de bloques, un burro, una becerra, dos marranitas criollas, una decena de gallinas, veinte chivas que él mismo pastorea, un sombrero y tres mudas de ropa.

Chebo, también del rancho, vive en un jacal de tierra con techo de palma y no tiene otra cosa que un perro que viene cuando le dicen *perro*.

Don Zenón está muy satisfecho de sí mismo porque saluda siempre a Chebo.

—No porque él sea pobre —dice solemne—, le va uno a negar el saludo.

El otro uno, que es uno, oye a don Zenón y piensa que todo en esta vida es relativo.

Hasta uno.

P

Cuando me hice cargo del pequeño rancho de nuestra familia le pedí su consejo a don Abundio.

—Lo primero que debe hacer —me dijo— es un pozo para sacar agua. Enseguida solicite un crédito bancario. Y por último cómprese un tractor.

La triple sugerencia me desconcertó. Le pregunté:

—¿Por qué esas tres cosas?

Me respondió:

—Por lo que dice el refrán: «Con agua, dinero y tractor, cualquier pendejo es agricultor».

Y al decirme eso el viejo socarrón puso cara de inocente.

Yo creo que a más de aquello se necesitan dos grandes virtudes para ser agricultor: amar la tierra y tener paciencia, mucha paciencia. Se ha dicho que la ciencia de la agricultura es muy sencilla. Se aprende en cien lecciones solamente. Lo malo es que se recibe una lección cada año.

No soy agricultor, pero he logrado que nuestro rancho sea productivo. Le pregunta alguien a don Abundio: «¿Qué saca de este rancho el licenciado?». Responde él: «Letras».

P

Asomo por la ventana de la casa en silencio. Afuera la indecisa mañana tiene un embozo de neblina. El rancho parece dormido todavía; apenas se adivinan las sombras de las casas y los cercanos árboles.

Pesa la niebla sobre el ánimo como un vestido de metal. El mundo es un fantasma pesaroso. Ni la tierra se ve ni puedo hallar el cielo. Solo puedo apoyarme en mí, y ese es muy pobre apoyo.

De pronto se agitan las ramas de los manzanos en el huerto. Sopla el viento que llega de la sierra y los hilos de la neblina se destejen. Aparece el pecho azul del cielo y en él la redondez del sol, dorada condecoración. Y el mundo se levanta como uno de esos paisajes plegadizos de los antiguos libros de los niños: la ramazón enhiesta de los árboles, el irisado tendedero de ropa, la fila de las casas, el cortejo de gente y animales por el camino.

Entonces se conforta el alma con una sencilla verdad que se olvida en las noches oscuras o en las mañanas nebulosas: los cielos y la tierra están ahí; ahí están siempre, aunque yo no los vea.

P

Es clara y honda la noche en el Potrero de Ábrego; semeja un río de aguas quietas que corre allá en lo alto.

Crepita la fogata. Cada uno bebe en silencio su mezcal. De repente, nos llegan por el viento aullidos de coyote. Los perros, nerviosos, atisban la sombra y gruñen quedamente. Don Abundio arregla los pliegues del jorongo en que se envuelve y rompe a hablar como si también él crepitara.

—La gente no sabe que el coyote es muy agradecido. Una vez puse una trampa en la labor. Cuando fui a revisarla había caído una coyota. Me dio lástima porque a su lado estaban dos coyotitos, sus cachorros. Ella se me quedó viendo con ojos de mujer. Me acerqué y levanté el fierro que le cogía la pata. La coyota se fue cojeando despacito; volteaba y me movía la cola. Un mes después iba yo por la loma y sentí un ruido. Era la coyota. Traía en el hocico una gallina golona. Vino como una perra mansa y me la puso en los pies de regalo. Los coyotitos me hacían fiestas igual que si me conocieran.

Calla don Abundio. Callamos todos. Los muchachos se miran entre sí disimulando bajo la copa una sonrisa cómplice. Y es que no se le puede creer a don Abundio. Campesino viejo, cuando cuenta mentiras parece que está diciendo la verdad, y cuando dice la verdad parece que está contando una mentira.

P

Por fiar y porfiar te puedes arruinar.

P

Tarde de otoño; tarde ya. El frío se asoma por las ventanas y llama a la puerta de la casa del rancho. No le abrimos.

En la cocina el chocolate humea. Es del bueno, de ese que aquí se llama *de metate*. En jarro de barro se calienta en la estufa, y antes de servirlo se bate con el molinillo para que forme en la taza la sabrosa espuma.

En estos momentos recuerdo unos versos de encomio a ese prodigio mexicano: *Es tan santo el chocolate / que de rodillas se muele, / juntas las manos se bate, / y viendo al cielo se bebe.*

Venga más frío. Vendrá más chocolate; dará calor al cuerpo y confortación al alma. Si todos los hombres del mundo bebieran un chocolate como el que ahora estoy bebiendo yo, se acabarían las guerras y reinarian en toda la redondez del orbe, para siempre, el amor y la paz.

P

Fueron primero grandes goterones: la lluvia repasó todo el método de Krupa sobre las hojas de la higuera. Después se hizo mansa y humilde, franciscana, y fue igual que un beso de mujer sobre la frente.

Llovió con largueza, como una lenta bendición. La copa del alcatraz se llenó de eucaristías de agua. Pronto las gárgolas empezaron a pronunciar su nombre.

Cuando llegó la noche fue la primera noche del mundo. Había estrellas, gotas que no cayeron, y cada brizna de la hierba mojada tenía una luciérnaga húmeda e inmóvil. Luego llovió otra vez...

La lluvia es Dios que se diluye.

Por la ventana tendí las manos a la lluvia.

Se me mojaron de Dios.

P

El que protesta, que cuide su cresta.

P

Hay en el cementerio de Ábrego una tumba. Si pudiéramos oír las voces que de las tumbas salen esto es lo que oiríamos:

«Fui el hombre más rico del lugar. Tuve tierras que llegaban más allá de donde mis ojos podían ver, y más ganado que el que mis administradores podían contar. Pero vencí al dinero. Lo hice bueno en vez de que él me hiciera malo. Lo que tuve lo compartí con todos, sobre todo con los más pobres. Mis parientes me preguntaban con enojo por qué les daba tanto. Y respondía yo:

»—Porque son unos animalitos de Dios.

»Un día me llegó la muerte. Ya la esperaba yo: jamás caí en el error de muchos ricos, que creen que no les llegará jamás. No temblé al verme ante la presencia del Señor, porque nadie tembló al verse en la presencia mía. Y entonces Él me dijo sonriendo:

»—Anda, entra, animalito de Dios.

»Y aquí estoy. Es el segundo cielo en el que he estado».

P

Don Abundio posee la socarronería del campo, pero es dueño también de su cortesanía.

Tenía yo poco tiempo de conocerlo —de esto hace mucho tiempo— y una tarde que fui a su casa lo encontré a gatas en el suelo, sirviendo de caballito a uno de sus pequeños nietos.

—¡Caramba, don Abundio! —le dije en son de burla—. ¡A su edad!

Sin levantarse me contestó:

—Dígamelo cuando sea usted abuelo.

Pasaron los años, cada uno más aprisa que el anterior, y un día don Abundio me vio a gatas en el suelo, gozoso caballito para mi nieta, que reía feliz. Pensé que el viejo me iba a asestar una de las frases más odiosas que hay en nuestra lengua: «Se lo dije».

Nada dijo. Pasó de largo con la vista al frente, como si no hubiera visto a la niña ni al caballo. Después, en la cocina, le dije para justificarme:

—Ya soy abuelo, don Abundio.

Me respondió con la frase de congratulación que se usa en el Potrero:

—Bien *haiga*.

Quien solo se come su gallo solo ensilla su caballo.

P

Camina la artera gata por el pretil de la azotea. Sus movimientos son de tigre y serpiente. Así, me digo, debe caminar la muerte, con esos mismos pasos.

Hay una paloma sobre el muro. No ha visto a la fiera que se acerca. Llega la gata, se detiene y se recoge sobre sí misma como la flecha en el arco. Va a saltar. Morirá la paloma, de seguro.

A mí me gustan las palomas. Doy un grito y la paloma vuela. Sonrío satisfecho. Sé que me he interpuesto en el camino de la muerte.

Esa tarde voy a la bodega del maíz. Escucho leves gañidos que vienen de un rincón. Me asomo: son gatitos nacidos hace poco. Los está amamantando su madre, la gata del pretil. Ahora no sonrío. Sé que me he interpuesto en el camino de la vida.

P

En lo alto del Coahuilón brilla la nieve. Azul se mira el cielo, verde el alto bosque, blanca la nieve igual que un alma niña.

—¡Qué bonita la nieve allá arriba! —digo a don Abundio.

—Más bonita será —responde el viejo— cuando llegue acá abajo convertida en agua para regar el trigo.

Don Abundio siempre me da la contra. Así me enseña mucho. Lo que ahora he aprendido es que las buenas intenciones son como nieve arriba de los montes: deben volverse obras buenas acá abajo, en la tierra, pues solo de ese modo germinará la mies que cultivamos, el trigo bueno de la paz y el amor.

P

De caballo, pistola y mujer, solo el dueño ha de saber.

P

El pájaro carpintero llega con nimia puntualidad de tren británico. Las siete de la mañana acaban de sonar cuando se empieza a oír en la ventana de madera el picoteo del picamaderos.

Yo me mantengo inmóvil con una buena intención, pues el más leve movimiento, aun el que hago para voltear a verlo, hace que el ave emprenda el vuelo. Pero escucho la música del afanoso gambusino de carcomas, y su taladro rítmico es mi señal para iniciar el día.

Quiero mucho al cumplido artesano de penacho rojo. En la ciudad añoro su exactísimo reloj. Acá no se conocen esos ritmos, ni esa puntual rutina que se ve en el campo, donde las cosas suceden como deben suceder y se suceden como deben sucederse. Acá todo es trastorno, y gira uno en el torno tras no se sabe qué...

Regresaré a mi casa campesina y el carpintero alado me saludará con su matutino *toc toc toc*.

P

Saltapared se llama este pequeño pajarillo gris. Lo amó López Velarde y bautizó un poema con su nombre.

La gente del Potrero cree que el saltapared anuncia una visita. Las mujeres miran el ave cerca de su casa y dicen luego:

—Va a venir alguien.

Y alguien llega, en efecto, casi siempre.

Yo quisiera que un saltapared rondara mi solar. Tengo abiertas las puertas y ventanas, y hay en la mesa un pan recién horneado, un vaso de aguamiel y un trozo de cuajada hecha con la robusta leche de las cabras. Cubre la mesa un mantel bordado por manos de doncella con dibujos de pájaros y mariposas. Parece que los dibujos van a salirse del mantel para ir hacia las dalias, metidas hasta la cintura en un búcaro lleno con agua de la noria.

Llega, saltapared, y avísame que ya viene la visita que aguardo. Recibida será con el alma abierta. Y cuando vaya yo a la casa que me espera, sé tú mi heraldo, y tu leve presencia anuncie mi llegada.

*Libreme Dios de caballo mañoso,
que yo me libraré del brioso.*

P

En silencio, con movimientos rítmicos, los muchachos esparcen sobre la sementera el abono traído de los corrales de las cabras. Me gusta el acre olor del sirre. Los académicos dicen que se llama *sirle*, pero las cabras no hacen caso y siguen dando sirre con cotidiana asiduidad.

Contemplo la obra terminada. Los jornaleros, apoyados ahora en el mango de sus azadones para descansar, son una perfecta estampa de Millet. Estoy al mismo tiempo en el Potrero y en el Louvre. Don Abundio interrumpe mi contemplación:

—¿No le parece, licenciado, que el sirre y el dinero se parecen mucho?

—¿En qué? —pregunto yo.

—El sirre, si no lo usas y no lo distribuyes, es solamente caca. El dinero también.

Al escuchar aquello siento ganas de reír. Pero me contengo: la filosofía no es cosa de risa, sean cuales fueren las palabras en que se manifiesta.

P

Canta este pájaro en la más alta rama del alto árbol, y su canción es una flor que se abre al viento.

Yo no me muevo, pues si me muevo la canción se irá. La oigo con el respeto con que se escucha un sagrado himno. Los trinos son tintineo de monedas de oro, y cuelgan una guirnalda de luz en los rayos del sol.

No vuelvo la mirada para mirar al ave que ahora hace más vívida mi vida. Si la mirara suspendería su canto y el mundo ya no sería el mismo. En mi silencio inmóvil dejo que el pájaro dicte sus partituras al cielo.

Alguna vez, quizá, no habrá canciones en mi vida. Pero entonces recordaré y del cielo regresará este canto que oigo ahora, y otra vez será mi vida un tintineo de monedas de oro.

Si con atolito se está aliviando, atolito vámosle dando.

P

Hay en el cementerio de Ábrego una tumba. Si supiéramos escuchar las voces de las tumbas oiríamos lo que esta trata de decirnos:

«Toda mi vida la dediqué a ganar dinero. Al final lo único que tuve fue dinero. Morí rico, pero viví pobre. ¿De qué sirve en la muerte la riqueza? Gané dinero, sí, pero al ganarlo perdí todo lo demás y me perdí a mí mismo. Aquel que nada más gana dinero nada gana. Ahora esas monedas y ese cúmulo de billetes, acciones y títulos de propiedad me pesan como una lápida. Son, en verdad, mi lápida».

Eso dice la tumba de aquel hombre. Su callada palabra nos enseña que el dinero no solo pasa: pesa. El mayor castigo que cae sobre quienes dedican su vida a hacer dinero es que el dinero los deshace.

P

De dónde viene y adónde va este viento que va y viene? Ahora sopla por el rumbo de Las Ánimas; luego llega del alto cerro llamado el Coahuilón.

Anoche el aire hizo que el postigo de la ventana golpeará y golpeará, con lo que despertó a las sombras que dormían en el rincón del cuarto. El día amaneció con la cara llena de tierra, igual que si hubiera vuelto de algún viaje a caballo.

Viento marceño llama aquí la gente a este descompasado viento. Es un aire enemigo. Descompone el pajar; quiebra las ramas de los árboles y hace que los hombres y los animales anden de mal humor unos con otros.

Yo no he salido hoy a la huerta por su causa. Me asomo a la ventana y veo una planta rodadora que va empujada por ese viento que nadie sabe adónde va y de dónde viene. Me asomo a la ventana, y me veo.

P

¡Atráncate, bandolón, ora que tienes tocada!

P

Doña Rosa, mujer de don Abundio, se preocupa por sus nietos hombres. Llegaron ya a la edad del rijo, y la buena señora teme que se echen algún compromiso por ahí.

Los padres de los muchachos procuran quitarle esa inquietud. «Son buenos muchachos, mamá —la tranquilizan—, y las muchachas con que se juntan son también muchachas buenas». «Sí —concede ella—. Pero entre santa y santo pared de cal y canto».

Don Abundio, al fin hombre realista, les da a sus nietos un consejo práctico: «Hagan como cuando eran niños y cogían la fruta de la huerta ajena. Agarraban todo lo que colgaba por afuera, pero a la huerta nunca se metían».

Doña Rosa se escandaliza. «¿Cómo les dices eso, Abundio?». Contesta el viejo, socarrón: «Yo sé por qué lo digo. Y tú también».

P

Hermoso nombre tienen estos pinos: se llaman pinos donceles.

Son los que en la sierra se conocen como piñoneros. Ellos nos dan de vez en cuando abundante cosecha de dulcísimos piñones, pequeños frutos en los que caben todas las delicias de este mundo y los otros.

Cinco centenares de pinos donceles teníamos preparados ya para plantarlos en la falda de la lomita de Las Melgas. No los habíamos puesto en su lugar porque las lluvias no llegaban. Pero empezó a llover, y ahora esos pinos parecen en verdad donceles que con su gallardía juvenil adornan el paisaje.

Yo no veré su fruto. Los pinos piñoneros son lentos en crecer. Pero el mejor sembrador —dicen— es el que no siembra para sí. Hubo otros que para mí sembraron. Lo único que hago es corresponder.

P

Al bagazo, poco caso.

P

Esta pequeña flor no tiene nombre.

He preguntado cómo se llama y nadie sabe. Probablemente si a la misma flor le hiciera esa pregunta ella tampoco podría contestarla.

Es pequeñita esta flor, y es azulina. Su azul es tímido; un azul que casi no se atreve a ser declaradamente azul. Y tiene un leve aroma, tan leve que es casi apenas el recuerdo de un aroma.

Yo quiero a esta flor porque pasa inadvertida. Nadie nunca se detiene a verla. A ella no le importa. Pone su tenue nota azul en la grisura de la tierra, y si alguien se le acerca le regala su perfume.

Esta pequeña flor no tiene nombre. No lo necesita. Pero si lo tuviera quizá se llamaría con el nombre de la mujer amada.

P

En la ciudad mis amigos hablan de fútbol y de ese otro juego más pedestre, la política. No sé por qué cuando los llevo al rancho les da por hablar de cosas diferentes.

El tema de la muerte salió a la conversación el otro día. Cada uno empezó a decir el sitio donde deseaba ser sepultado. Uno quería descansar en el pequeño cementerio de su lugar nativo: ahí sus padres duermen el eterno sueño. Otro aspiraba a quedar para siempre en la preciosa cripta familiar que sus abuelos hicieron erigir en el panteón de la ciudad.

—Y usted, don Abundio —preguntó alguien al viejo cuidador de nuestra huerta—. ¿Dónde quiere que lo entierren?

—En la tierra —contestó él.

Todos rieron aquella salida que juzgaron graciosa y burladora. Yo también me reí: no debemos dejar que los amigos lloren solos, o que solos rían. Pero sé que en la respuesta del anciano está la sabiduría fundamental de aquel que sabe que todos volveremos a la tierra, pues de la tierra hemos salido todos.

Como dueño de mi atole, lo menearé con mi dedo.

P

En el Potrero el aire se convierte en agua.

Día y noche trabaja Dios para nosotros, y el soplo de su viento hace girar las aspas de los papalotes. Fluye el pequeño chorro cristalino y cae en el estanque de los juncos y las ranas.

A mí me gusta ver el agua porque me gusta ver la vida. Agua mar, agua río, agua laguna, agua acequia, agua arroyo, agua lluvia o agua manantial, el agua es vida. La tierra siempre siente sed de agua, y yo siento siempre sed de vida.

Ahora veo girar las aspas del papalote grande. Son como pétalos de una plateada flor abierta al sol de la mañana. Bebo un sorbo del agua que nos regala el papalote; es decir, bebo un sorbo del agua que nos regala Dios. Gira la flor de plata, y yo leo en su giro una perfecta lección de teología.

P

Don Abundio dice cosas que a doña Rosa, su mujer, no le hacen gracia. La otra noche, por ejemplo, dijo:

—Allá en aquellos años había en el Potrero la costumbre de que el hombre fuera montado en el burro mientras su esposa iba detrás, a pie. Costumbre muy sabia era esa, y es una lástima que hayamos dejado que se pierda.

Preguntó la señora, amoscada:

—¿Qué tiene de sabia esa costumbre?

Respondió el viejo:

—Las mismas mujeres pedían ir caminando mientras sus maridos iban en el burro. Decían que de ese modo al llegar la noche no agarraban cansado a su señor.

Todos ríen, menos doña Rosa. Le dice a su esposo:

—Tú hace mucho tiempo que no andas en burro.

Todos ríen otra vez, menos don Abundio.

Al que nació barrigón, ni aunque lo faje un arriero.

P

Ahora los picachos de la sierra están cubiertos de nieve. Su blancura es una bendición. Con la llegada del sol de marzo la nieve se hará pequeños hilos de agua que llegarán a las labores y dejarán la tierra en punto para las siembras de la primavera.

Yo conozco esa nieve, porque antes conocí esa agua. Sé, por lo tanto, que son la misma cosa. Ahora allá en la cumbre, mañana acá en el valle, el agua es una misma bendición.

Así la vida. Hoy nuestra, alguna vez ya no, siempre será la misma vida, una sola, eternamente repetida. Mañana, cuando corra de vuelta el agua por la acequia, el agua que es nieve ahora en la montaña no habrá de recordar que fue nieve. Así nosotros: tampoco recordamos. ¿Hemos estado en una cumbre? ¿En otro valle? No lo sabemos. Una cosa sabemos sí, de cierto: que hay una vida eterna, que somos parte de esa vida, y que late en nosotros la misma eternidad.

P

Hay en el pequeño cementerio de Ábrego una tumba.

«No sé si creí en Dios. Pero creí en la vida siempre, y quizás es lo mismo. En las mil manifestaciones de la vida yo vi a Dios, y en la vida encontré su eternidad porque la vida no acaba jamás. ¿Cómo puede la vida tener muerte? No termina jamás la vida, nunca. Se transforma tan solo. Yo lo aprendí en la naturaleza: se va la primavera y llegan los fríos del invierno, pero se va el invierno y renace otra vez la primavera. Ese ritmo de vida lo pude aprender porque lo vi. Quizás hay otro que no conozco y que ahora no puedo entender. Quizás al invierno de la muerte ha de seguir una primavera de resurrección. No lo sé, pero lo siento en el fondo de mí. Y el sentimiento es a veces la forma mejor de la sabiduría».

En esa tumba del pequeño cementerio de Ábrego hay una pregunta.

Quien ahí duerme conoce la respuesta ya.

San Agustín predicando pierde ante un burro negando.

P

Nadie sabe quién hizo la vereda que sube hasta la cumbre de la alta sierra llamada el Coahuilón.

Yo la he seguido muchas veces y he llegado a la cima desde la cual se mira el caserío de Ábrego del tamaño de una estampilla de correos. Ahí el aire se afina, y el claro azul del cielo se enreda en la copa de los pinos. Ahí, donde no hay nadie, siento el Todo.

En abril de 1966 subí por primera vez a esta montaña. Otra vez la subí hace unos días. Ella es la misma. Yo ya no soy el que antes fui. Por mí ha pasado mucha vida. Por mí han pasado muchas vidas. También esta piedra gigante que es la sierra ha sabido de incendios y de tempestades. Madre montaña, hermana, aquí está siempre. Pienso que así estaremos todos; que todos somos, como ella, dueños de la eternidad. Luego desciendo la vereda y llego al caserío, a las voces y ruido de la gente. Y el sueño de eternidad se desvanece en mí, y se me borra la vereda que conduce a lo alto.

P

El granizo no conoce la piedad.

Es inmisericorde. Es implacable. No perdona a la flor ni tiene compasión del fruto. Se burla de la oración de las mujeres y de las maldiciones de los hombres. Se ríe si cubres tus árboles con telas protectoras: él las vence con su peso y quiebra sus ramas y te quiebra a ti.

Granizó ayer en mi huerto. Los granizos tenían el tamaño de las canicas con que jugué de niño. En el techo de la casa se oían como balazos. Pronto la tierra se pintó de blanco. Blanco muerte.

¿Cuánto tiempo duró la tempestad? Unos minutos. Toda la eternidad. Mañana don Abundio hará su broma acostumbrada: «El granizo me acabó la huerta, licenciado». «A mí también, don Abundio». «Ah, vaya. Entonces la cosa no estuvo tan mal».

La gente del Potrero mira el suelo cubierto con las hojas que tumbó el granizo y dice: «Lo hace quien puede». Algunos dirán que eso es resignación. Yo digo que es fe. Y con la fe viene siempre la esperanza.

Muchos cabitos de vela hacen un cirio pascual.

P

En la alta noche el silencio se vuelve dueño de las cosas. Grande es la casa del Potrero; sus aposentos, espaciosos; altos los techos y gruesas sus paredes de recio adobe centenario. En las horas nocturnas parece que la casona se habita a sí misma, y solo se oyen en las habitaciones los ruidos que nacen de la oscuridad.

Son ruidos amados y conocidos bien: el gotear de la gota metronómica en el filtro del agua en la cocina; el crujir del ropero catedralicio en la recámara; el suave frufnú de las cortinas movidas por el aire que deja pasar alguna rendija en la ventana...

Amanecerá otro día de Dios y entrarán en la casa los sonidos del mundo y de la vida. Pero estos suaves ruidos nocturnales se quedan en el alma y la acompañan durante el tráfigo del día. El alma los atesora y hace con ellos una íntima canción.

P

Doña Mariquita, la de San Francisco, cerca de Los Lirios, tenía en su casa un animal salvaje.

Quiero decir que tenía un gato.

Hermoso gato era ese gato. Blanco desde el bigote hasta el último pelo de la cola, merecía muy bien el nombre que le puso su bondadosa dueña: Capullo.

Capullo dedicaba la mitad del día a dormir y la otra mitad a matar. Tan pronto abría los ojos subía al viejo pirul frente a la casa y hacía su presa entre los aterrorizados pajarillos. Me pregunto qué sentirían ellos al recibir la muerte en forma de una súbita sombra blanca que les caía de pronto.

Implacable era Capullo. Y, sin embargo, cuando le hablaba su ama con voz queda de anciana aquella fiera se dulcificaba. Descendía del árbol como sinuoso acróbata y untaba sus ronroneos a la enagua talar de Mariquita.

Yo, niño en perpetuo asombro —en ese trance sigo todavía—, me maravillaba al ver aquello. Aprendí entonces que el amor, el más sencillo amor, puede convertir en panal de miel hasta el acre corazón de los más fieros.

A tu tierra, grulla, que esta no es la tuya.

P

El altar de la pequeña iglesia del Potrero se llenó de maravillas.

Maravillas... Así se llaman estas pequeñas flores rojas y blancas y amarillas y de color jaspeado, que tienen la forma de una campanita. Con ellas, ensartándolas en un hilo, las niñas y los niños hacen collares y guirnaldas que luego llevan a la capilla como ofrenda.

Y es que ayer celebramos a Panchito, el santo de Asís, cuya pobreza y humildad permiten el diminutivo. La madre de mi esposa fue terciaria franciscana y vive ya en la paz de Dios. Ella llevó al rancho la imagen del *Poverello*, que ahora nos ve desde su nicho con la misma mirada de bondad que tenía aquella mujer tan buena, segunda madre para mí.

¡Cuántas maravillas hay en la capillita de Ábrego! Y cuántas maravillas hay también en nuestra vida; maravillas de todos los colores, entre ellos el azul tenue del recuerdo y el verde intenso de las esperanzas.

P

Estos pájaros se llaman primaveras y llegan a la huerta por los días en que la primavera llega. Tienen el pecho café; son vocingleros y andan siempre en bandadas numerosas.

Unos días están aquí y después se marchan. Así como vinieron: de repente, así se van. Son como la estación que les da nombre: también la primavera llega de repente; también de súbito se va.

Ahora miro estos pájaros cantores y luego ya no los miraré. Se irán no sé adónde. Pero una cosa sé de cierto: volverán el próximo año, pues ninguno han dejado de venir. Son como la estación que les da nombre.

P

El buen gavilán no chilla, nada más papalotea.

P

Hay en el cementerio de Ábrego una tumba. Por las tardes, cuando el perfume de las flores que llaman maravillas se vuelve más intenso, de esa tumba sale una tenue voz que dice:

«Fui la maestra del pueblo. Los niños pensaban que yo sabía mucho, porque podía decirles que nueve por siete son sesenta y tres. Pero cuando me preguntaban por qué hay rosas que no son color de rosa, o por qué a veces llueve cuando hay sol, o por qué nos ponemos tristes al caer la tarde, no les podía contestar. Yo ya sabía que no sabía nada.

»Ahora lo sé todo. La muerte es la respuesta a todas las preguntas de la vida. Espero aquí una nueva vida, y entonces sabré la respuesta a todas las dudas de la muerte».

Así dice esta tumba del cementerio de Ábrego. Sus palabras van en el perfume de las maravillas en la tristeza de la tarde.

P

Hemos quitado los manzanos viejos, los que murieron de tiempo, para poner en su lugar nuevos renuevos.

A la orilla del huerto están los árboles caídos, y son sus secas ramazones anuncio del invierno que se va. Hicimos ya los pozos para los otros arbolitos: cuando lleguen y los plantemos se verán como niños que echan a caminar.

Vendrán los hombres con sus hachas y harán leña de los manzanos idos. La leña del manzano es perfumada; arde calladamente, sin la crepitación de la bravía leña del encino o del nogal. Cuando a mi tiempo se le llegue el tiempo, y sea yo también árbol caído, querré irme así, como el manzano viejo, en el silencio, y desearé que tenga mi recuerdo un vago aroma, como el de él.

P

No porque me vea en guaraches piense que soy guarachero.

P

Ha llegado la noche y voy a cerrar la ventana que da al huerto. Está lleno de luciérnagas. Parece que las estrellas se han sacudido el polvo del camino y que su polvo de luz ha caído en mi solar.

Ahora la noche es mágica por la visión de esa miríada de diminutas esmeraldas. El aire, suspendido en sí mismo, se queda quieto y no turba el prodigio silencioso.

Para decir su amor se encienden las luciérnagas. Su resplandor me enseña que el amor ilumina no solo a quien lo lleva, sino también a todos los que están alrededor.

P

El otoño, ese gran pintor, llegó ya al huerto.

Los árboles lo reciben bien: saben que es el anuncio del invierno, pero saben también que el invierno anuncia una nueva primavera.

El otoño es el descanso antes del sueño invernal. Cumplida su misión de dar fruto los nogales, los durazneros, los manzanos, tienden sus ramas para desperezarse. Un cuervo pasa sobre el huerto y se pierde en la neblina del paisaje.

Yo estoy aquí en silencio, como si me encontrara en una catedral. Doy gracias por los árboles y por su fruto, y agradezco igualmente al cuervo y la neblina. Ellos hablan de la vida, lo mismo que los árboles.

Ahora descansará la vida, para vivir otra vez «a vuelta de año», según se dice aquí, que es lo mismo que decir «a vuelta de vida». Los años pasarán. Habrá otros árboles y otra neblina y otro cuervo, pero serán el mismo cuervo y la misma neblina y los mismos árboles.

También habrá otro yo.

P

A l' hora de los frijoles manteca es lo que hace falta.

P

He caminado por la vereda que lleva a lo alto del Diamante. Así se llama un monte cercano a mi ciudad. Yo tengo ahí una cabaña que hice en los tiempos de la juventud. Tiene una chimenea esa cabaña, y tiene también una ventana por donde se mira toda la tierra y todo el cielo que los ojos humanos pueden ver.

Ha llovido estos días, interminablemente. En cada aguja de cada pino hay una gota de agua. Mañana, con cielo claro, el bosque será un jardín de vidrio hecho por Seide, Tiffany o Lalique.

Es tarde ya. La chimenea es coreografía de fuego. No hay otra luz que la que dan las llamas. En la pared las sombras forman un cambiante cortejo de figuras. Son una imagen de la vida, que hoy es y al rato ya no es. Pero aquí estoy, en mi cabaña. Contra las sombras tengo luz, y tibieza contra el helor de afuera. Estoy en paz conmigo y con el mundo. Cuando aparezca el sol daré las gracias por el día, igual que ahora doy las gracias por el don misterioso de la noche.

P

Nada más cortando güevos se enseña uno a capador.

P

A don Abundio la gente le pregunta: «¿Cómo le ha ido, don Abundio?». Responde él: «En los bienes, mal, pero en los males, bien». La gente no entiende. Le vuelven a preguntar: «¿Cómo está eso?». Y explica el sabio viejo: «En los bienes me ha ido mal porque no he podido acumular dinero ni posesiones materiales. Pero en los males me ha ido bien porque conservo la salud, y no sufro los males de tristeza y soledad que muchas veces vienen con la vida».

¡Qué razón tiene don Abundio! De nada sirve la riqueza si no se puede disfrutar. Yo también le pido a la vida que en los males me vaya bien, no importa que en los bienes me vaya mal.

P

C como todos los años la higuera de mi jardín se ha llenado de frutos opulentos, grandes higos con suave piel morena y dulces entrañas de granate. Llegan los pájaros y comen la suavísima pulpa; llegan los insectos y liban la miel que sale de su carne abierta al sol; llegamos nosotros y hacemos merienda bajos sus ramas tendidas al aire fresco de la tarde.

A todos se da la higuera: lo mismo a los habitantes del cielo que a nosotros, los moradores de la tierra. No se reserva nada para sí. Cumplida su ofrenda anual reposará unos días y luego irá dejando caer sus hojas una a una cuando lleguen los días del otoño. Dormirá un sueño lento en el invierno y otra vez nacerá al viento de la primavera.

Yo amo a la higuera con sus higos que vienen y con sus hojas que se van. Ella es para mí la fiel imagen de la vida. Vivir es eso: dar fruto, marcharse luego silenciosamente y esperar una nueva vida que siempre llegará.

P

P

Fui a ver morir a don Antón Yervides.

Me enteré de que estaba en su lecho de agonía porque me dijo su mujer:

—Antón se está muriendo.

—¿De qué? —le pregunté.

—De nada —me contestó ella—. De todo.

Quería significar que estaba muriendo de su muerte, como en el rancho dicen. O sea, de sus años, de su edad. Es otra forma de decir lo mismo que decían los latinos hablando de las horas: *Vulnerant omnes, ultima ne cat*. «Todas hieren, la última mata».

Fui a ver a don Antón. Me dijo penosamente:

—Qué chingadera es esta de morirse, licenciado.

No me estaba diciendo que morir es cosa mala. Me decía que estaba batallando mucho para morirse. Añadió:

—Cuando a usted le toque no dé tanta lata como yo.

Pensé que en las cosas de la muerte el hombre puede poco; menos aún que en las cosas de la vida. Pero le respondí:

—Se hará lo que se pueda, don Antón.

P

Hay en el cementerio de Ábrego una tumba. Sobre ella se posa cada día un pájaro madrugador y canta la misma canción de cada día. A su lado crece un pequeño arbusto que en primavera da flores azules. Las oscuras hojas son como ojerías en cuya sombra brilla el esplendor de unos azules ojos.

Desde la tumba se oye el coro de los niños en la escuela: «Dos por uno dos; dos por dos cuatro...». Y se escucha la voz de los amantes: reclinados en el tapial del cementerio ellos también recitan su tabla de multiplicar: «Te quiero, te quiero...».

Esa tumba es la de don Ignacio de la Peña. Luchó contra el francés; levantó la casa grande que es ahora nuestra casa; plantó tabaco y trigo. Una vez, encasquillado el rifle, mató con solo un golpe de su puñal montero a un puma que lo atacó en la sierra.

Pervive la memoria de don Ignacio en un corrido. Andan por todos los rumbos sus tataranietos, sus choznos. En ellos está y en el recuerdo de la gente. Veo su tumba y pienso que no es tan tumba. Pienso que a lo mejor no hay tumbas.

Acerca del autor

ARMANDO FUENTES AGUIRRE, CATÓN. Nació en Saltillo, Coahuila. Hizo sus primeros estudios en la Escuela Normal del Estado y en el Ateneo Fuente, prestigiosa institución de la que posteriormente sería director. Luego cursó la carrera de abogado en la Escuela de Leyes de su ciudad natal, y en la UNAM. Tiene maestrías en Lengua y Literatura Españolas y en Ciencias de la Educación, y recibió el grado de Doctor Honoris Causa por la Universidad Autónoma de Nuevo León. En 1978 se le nombró Cronista de Saltillo. Creó Radio Concierto, una emisora cultural de la que sus paisanos se sienten orgullosos. Es igualmente fundador de la Facultad de Ciencias de la Comunicación de la Universidad Autónoma de Coahuila. Junto con su esposa María de la Luz sostiene desde hace más de 30 años un comedor para niños campesinos. Autor de numerosos libros, todos ellos éxitos editoriales, escribe diariamente para más de un centenar de publicaciones sus artículos periodísticos «De política y cosas peores» y «Mirador». Se le considera el columnista más leído de México.

Diseño de portada: José Luis Maldonado López

© 2017, Armando Fuentes Aguirre, Catón

Derechos reservados

© 2017, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial DIANA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección
Delegación Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: octubre de 2017
ISBN: 978-607-07-4424-2

Primera edición en México en formato epub: octubre de 2017
ISBN: 978-607-07-4418-1

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Libro convertido a epub por Grafía Editores, SA de CV

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma
de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros
México, donde podrás:

- ∞ Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- ∞ Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- ∞ Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- ∞ Votar, calificar y comentar todos los libros.
- ∞ Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com



EXPLORA

DESCUBRE

COMPARTE

Índice

Portadilla	4
PRIMERAS PALABRAS	8
Acerca del autor	470
Créditos	471
Planeta de libros	472